UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elcuartopoder01pala

EL CUARTO PODER

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CRÍTICA

	PESETAS
Los Oradores del Ateneo, un tomo.....	2
Los Novelistas Españoles, un tomo.....	2
Nuevo Viaje al Parnaso, un tomo.....	2
La Literatura en 1881 (en colaboración), un tomo.	2

NOVELAS

El Señorito Octavio, un tomo.....	3
Marta y María, (ilustrada por Pellicer), un tomo....	4
El Idilio de un Enfermo, un tomo.....	4
Aguas Fuertes (novelas y cuadros), un tomo.....	3
José, un tomo.....	3,50
Riverita, dos tomos.....	6
Maximina, dos tomos.....	6

P.1536c

EL CUARTO PODER

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ARMANDO PALACIO VALDÉS

TOMO I

47509
23/2/00

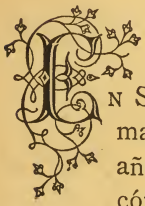
MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo
1888

ES PROPIEDAD

EL CUARTO PODER

CAPÍTULO PRIMERO

Se levanta el telón, por esta vez sin metáfora



En Sarrió, villa famosa, bañada por el mar Cantábrico, existía hace algunos años un teatro no limpio, no claro, no cómodo, pero que servía cumplidamente para solazar en las largas noches de invierno á sus pacíficos é industriosos moradores. Estaba construído, como casi todos, en forma de herradura. Constaba de dos pisos á más del bajo; en el primero los palcos, así llamados Dios sabe por qué, pues no eran otra cosa que unos bancos rellenos de pelote y forrados de franela encarnada colocados en torno del antepecho: para

sentarse en ellos era forzoso empujar el respaldo, que tenía visagras de trecho en trecho, y levantar al propio tiempo el asiento: una vez dentro se dejaba caer otra vez el asiento, se volvía el respaldo á su sitio y se acomodaba la persona del peor modo que puede estar criatura humana fuera del potro de tormento. En el segundo piso bullía, gritaba, coceaba y relinchaba toda la chusma del pueblo sin diferencia de clases, lo mismo el marinero de altura que el que pescaba muergos en la bahía ó el peón de descarga; la señá Amalia la revendedora igual que las que acarreaban «el fresco» á la capital; llamábase á aquel recinto «la cazuela.» Las lunetas eran del mismo aborrecible pelote que los palcos y el forro debió ser también del mismo color, aunque no podía saberse con certeza. Detrás de ellas había, á la antigua usanza, un patio para ciertos menestrales que por su edad, su categoría de maestros ú otra circunstancia cualquiera, repugnaban subir á la cazuela y juntarse á la turba alborotadora. Del techo pendía una araña, cuajada de pedacitos de vidrio en forma prismática, con luces de aceite: más adelante se sustituyó éste con petróleo, pero yo no alcancé á ver tal reforma. Debajo de la escalera que conducía á los palcos había un nicho cerrado con persiana que llamaban el palco de D. Mateo. De este D. Mateo ya hablaremos más adelante.

Pues ha de saberse que en tal laceria de teatro se representaban los mismos dramas y comedias que en el del Príncipe y se cantaban las óperas que en la Scala de Milán. ¿Parece mentira, eh? Pues nada más cierto. Allí ha oído por vez primera el narrador de esta historia aquellas famosas coplas:

Si oyes contar de un náufrago la historia
Ya que en la tierra hasta el amor se olvida.....

Por cierto que le parecían excelentes, y el teatro una maravilla de lujo y de buen gusto. Todo en el mundo depende de la imaginación. Ojalá la tuviese tan viva y tan fresca como entonces para entretenerles á ustedes agradablemente algunas horas. También ha visto el *Don Juan Tenorio*; y sus difuntos untados de harina de trigo, su comendador filtrándose por una puerta atada con cuerdas, su infierno de espíritu de vino y su apoteosis de papel de forro de baúles, le impresionaron de tal modo que aquella noche no pudo dormir.

En la sala pasaba, poco más ó menos, lo mismo que en los más suntuosos teatros de la Corte. No obstante, por regla general se atendía más al espectáculo que en éstos: porque aún no habíamos llegado á ese grado superior de perfeccionamiento, mediante el cual las acciones deben formar grato contraste con el lugar donde se ejecu-

tan; verbi-gracia, charlar en los teatros, reirse y retozar en las iglesias, ir graves, y silenciosos, y patéticos en el paseo, como sucede, afortunadamente, en Madrid. Ignoro si en Sarrió han subido ya á la hora presente este peldaño de la civilización.

Ni se crea que faltaban por eso algunos espíritus lúcidos que se adelantaban á su época y presentían lo que había de ser el teatro andando el tiempo. Pablito Belinchón era uno de ellos. Tenía abonado siempre, en compañía de otros tres ó cuatro amigos, el palco de proscenio, y desde allí dirigía la palabra á otros señores de más edad, abonados en el palco de enfrente; se decían cuchufletas, se burlaban de la tiple ó del bajo, y se tiraban caramelos y saetas de papel. Por cierto que el público de las lunetas, ajeno todavía á estos refinamientos de la civilización, solía hacerles callar bárbaramente con un enérgico chicheo. Las familias más importantes acostumbraban á entrar en aquellos palcos fementidos después de abierto el telón, con la misma solemnidad que si penetrasen en una platea del teatro Real, y por de contado con mucho más ruido: no es posible figurarse bien el horrísono traquido que daba aquel respaldo al ser empujado y aquel asiento al dejarlo caer con ánimo de llamar la atención.

Dígalo si no la familia que en este momento

hace su entrada triunfal en uno de ellos y permanece en pie despojándose de los abrigos, mientras los espectadores divierten por un instante la vista de la escena y la fijan en ellos, hasta que se sientan. Son los señores de Belinchón. El jefe de la familia, D. Rosendo, es un caballero alto, enjuto, doblado por el espinazo, calvo por la coronilla, de ojos pequeños y hundidos, boca grande, que se contraía con una sonrisa mefistofélica, dejando ver dos filas de dientes largos é iguales, la obra más acabada de cierto dentista establecido hacía pocos meses en Sarrió: gasta patillas cortas y bigote, y representa unos sesenta años de edad. Está reputado por el primer comerciante de la villa y uno de los primeros importadores de bacalao de la costa cantábrica. Durante muchos años monopolizó enteramente la venta por mayor de este artículo, no sólo en la villa, sino en toda la provincia, y gracias á ello había granjeado una fortuna considerable. Su esposa, Doña Paula... ¿Pero por qué se despierta tal y tan prolongado rumor en el teatro á su aparición? La buena señora, al escucharlo, queda temblorosa y confusa, no acierta á desembarazarse del abrigo, y su hija Cecilia se ve obligada á quitárselo y á decirle al oído:—Siéntate, mamá! Se sienta, ó por mejor decir, se deja caer sobre el banco y pasea una mirada extraviada por el pú-público, mientras sus mejillas se tiñen de vivo

carmín. En vano se abanica con brío y procura serenarse; nada: cuantos más esfuerzos hace por alejar la sangre tumultuosa del rostro, más empeño pone la maldita en ocupar aquel lugar visible.

—¡Mamá, qué colorada estás!—le dice Venturita, su hija menor, pugnando para no reir.

La madre la mira con expresión de angustia.

—Calla, Ventura, calla—dice Cecilia.

Doña Paula, animada con estas palabras, murmura:

—Esta chiquilla no goza sino en avergonzarme.

Y estuvo á punto de enternecerse y llorar.

Al fin, el público se cansó de atormentarla con sus miradas, sonrisas y murmullos, y fijó de nuevo su atención en la escena. La congoja de Doña Paula fué cesando poco á poco; pero quedaron restos de ella por toda la noche.

La causa de aquel incidente era el abrigo de terciopelo guarnecido de pieles que la buena señora se había puesto. Siempre que estrenaba alguna prenda de apariencia brillante, sucedía lo mismo. Y esto no por otra cosa más que porque Doña Paula no era señora de nacimiento. Procedía de la clase de cigarreras. D. Rosendo había tenido amores con ella siendo casi una niña, de los cuales nació Pablito. Así y todo, D. Rosendo estuvo cinco ó seis años sin casarse ni querer oir hablar de matrimonio; pero visitándo-

la en su casa y asistiéndola con dinero. Hasta que al fin, vencido más por el amor del hijo que el de la madre, y, más que por todo esto, por las amonestaciones de sus amigos, se decidió á entregar su oscura mano á Paulina. La población no supo del matrimonio hasta después de efectuado: tal sigilo se guardó para llevarlo á cabo. Desde entonces la vida de la cigarrera puede dividirse en varias épocas importantes: la primera, que dura un año, comprende desde el matrimonio hasta «la mantilla de velo.» Durante este tiempo, la señora de Belinchón no se mostró poco ni mucho en público; los domingos iba á misa de alba y se encerraba otra vez en casa. Cuando se decidió á ponerse la antedicha mantilla é ir á misa de once, lo mismo en la iglesia que en las calles del tránsito, la acribillaron á miradas, y se habló del suceso por más de ocho días. El segundo período, que dura tres años, comprende desde «la mantilla de velo» hasta «los guantes.» La vista de tal ornamento en las manos grandes y coloradas de la ex-cigarrera, produjo una excitación indescriptible en el elemento femenino del vecindario; en las calles, en la iglesia, en las visitas, las señoras se saludaban preguntando:—¿Ha visto V.?...—Sí, sí, ya he visto. —Y comenzaba el desuello. Viene después el tercer período que dura cuatro años, y termina en «el vestido de seda,» que dió casi tanto que mur-

murar como los guantes, y produjo general indignación en Sarrió.—Diga usted, Doña Dolores, qué nos queda ya que ver?—Doña Dolores bajaba os ojos haciendo un gesto de resignación. Por último, el cuarto período, el más largo de todos porque dura seis años, termina, ¡oh escándalo! con «el sombrero.» Nadie puede representarse el estremecimiento de asombro que invadió á la villa de Sarrió cuando cierta tarde de feria se presentó Doña Paula en el paseo con sombrero-capota. Fué un verdadero motín. Las mujeres del pueblo se santiguaban al verla pasar y pronunciaban comentarios en alta voz para que los oyese la interesada.

—¡Mujer, mira por tu vida á la Serena qué gabarra lleva sobre la cabeza!

Porque hay que advertir que á la madre de Doña Paula, la llamaban la Serena, y á la abuela y á la bisabuela también.

Excusado es añadir que desde que la cigarrera subió á la categoría de señora, ni por casualidad la dieron ya su nombre propio.

Al día siguiente, al tropezarse las señoras de Sarrió en la calle, no encontrando palabras con que expresar su horror, se daban por contentas con elevar los ojos al cielo, agitar los brazos convulsivamente y pasar de largo murmurando: «¡¡¡Sombrero!!!»

Ante aquel golpe de audacia que no tiene pa-

reja sino con los de algunos héroes de la antigüedad, Aníbal, César, Gengis-Khan, la villa quedó muda y abatida algunos meses. No obstante, cada vez que la buena de Doña Paula aparecía en público con el abominable sombrero en la cabeza ó con cualquier otra prenda propia de su alta jerarquía, era saludada siempre con un murmullo de reprobación. Y lo original del caso estaba en que ella no protestaba ni en público ni en secreto, ni aun en lo sagrado de la conciencia, contra este proceder malévolo de su pueblo natal: juzgábalo natural y lógico; no se le ocurría pensar que pudiera ser de otro modo; sus ideas sociológicas no le aconsejaban todavía rebelarse contra el fallo de la opinión pública. Creía de buena fe que al ponerse los guantes ó el abrigo de pieles ó el sombrero, cometía un acto reprobado por las leyes divinas y humanas; los murmullos, las miradas burlonas, eran el castigo necesario de esta infracción. De aquí sus temores y congojas cada vez que iba á presentarse en el teatro ó en el paseo, y el rubor que la acometía.

¿Por qué entonces, se me dirá, Doña Paula se vestía de este modo? No serán muy conocedores del corazón humano los que tal pregunten. Doña Paula se ponía el sombrero y los guantes á sabiendas de que iba á pasar un mal rato, como un chico abre el aparador y se atraca de dulce á sabiendas de que en seguida le han de azotar. Los

que no se hayan criado en un pueblo, nunca sabrán cuán apetitosa golosina es el sombrero para una artesana.

Era Doña Paula, alta, seca, desgarbada. Cuando joven había sido buena moza, pero los años, la clausura continua, á la que no estaba avezada, y sobre todo, la lucha que venía sosteniendo con el público para establecer su jerarquía, la habían marchitado antes de tiempo. Todavía conservaba hermosos ojos negros encajados en un rostro de correctas y agradables facciones.

El acto primero tocaba á su fin: se representaba un melodrama fantástico, cuyo nombre no recordamos, donde la compañía había desplegado todo el aparato escénico de que podía disponer. La cazuela estaba asombrada, y acogía cada cambio de decoración con estrepitosos aplausos. Pablito Belinchón, que había pasado en Madrid un mes el año anterior, se reía con incontestable superioridad de aquel aparato, y hacía guiños inteligentes á los del proscenio de enfrente. Y para demostrar que todo aquello le aburría, concluyó por volverse de espaldas al escenario y mirar con los gemelos á las bellezas locales. Cada vez que los preciosos anteojos de piel de Rusia apuntaban á una, la muchacha sufría un leve estremecimiento, cambiaba de postura, llevaba la mano un poco trémula al pelo para arreglarlo, sonreía á su mamá ó á su hermana sin razón alguna, se ponía

seria de nuevo, y fijaba con insistencia y decisión sus ojos en la escena; pero al instante los levantaba rápida y tímidamente hacia aquellos redondos y brillantes cristales que la ofuscaban: al fin concluía por ruborizarse. Pablito, satisfecho, apuntaba á otra belleza. Las conocía como si fuesen sus hermanas, tuteaba á la mayor parte de ellas y de muchas había sido novio: pero la pluma en el aire no era más movible y tornadiza que él en materia de amores; todas habían tenido que sufrir algún doloroso desengaño; últimamente, hastiado de enamorar á sus convecinas, se había dedicado á fascinar á cuantas forasteras llegaban á Sarrió, para abandonarlas, por supuesto, si cometían la torpeza de permanecer en la villa más de un mes ó dos.

Había razones poderosas para que Pablito pudiese disponer á su buen talante del corazón de todas las jóvenes indígenas y aun de las extrañas. Era un apuestísimo mancebo de veinticuatro ó veinticinco años, de rostro hermoso y varonil, de figura gallarda y elegante; montaba á caballo admirablemente y guiaba un tilbury ó un carruaje de cuatro caballos, lo cual nadie sabía hacer en Sarrió más que los cocheros. Cuando se llevaban los pantalones anchos, los de Pablito parecían sayas; si estrechos, era una cigüeña: venía la moda de los cuellos altos, nuestro Pablito iba por la calle á medio ahorcar con la lengua fuera: es-

tilábanse bajos, pues enseñaba hasta el esternón.

Estas y otras facultades eminentes hacíanle, con razón, invencible. Quizás algunos no hallen enteramente justificada la dictadura amorosa de nuestro mancebo en Sarrió; pero estamos seguros de que las jóvenes de provincia que lean la presente historia la juzgarán lógica y verosímil.

Cuando bajó el telón, un anciano encorvado, con luenga barba blanca y gafas, se acercó arrastrándose más que andando al palco de los de Belinchón.

—¡D. Mateo! Imposible que V. faltase—exclamó Doña Paula.

—¿Pues qué quiere V. que haga en casa, Paulina?

—Rezar el rosario y acostarse—dijo Venturita.

D. Mateo sonrió con dulzura, y contestó á aquella impertinencia dando á la niña una palmadita cariñosa en el rostro.

—Es verdad que debiera hacer eso, hija mía... ¿pero qué quieres? si me acuesto temprano no duermo... y luego no puedo resistir á la tentación de ver estas caritas tan lindas...

Venturita hizo un mohín desdeñoso donde se traslucía la satisfacción de verse requebrada.

—¡Si fuera V. siquiera un pollo guapo!

—Lo he sido.

—¿El año de cuántos?...

—¡Qué mala, qué mala es esta chiquilla!—

exclamó D. Mateo riendo y acometiéndole acto continuo un golpe de tos que le embargó la respiración algunos momentos.

D. Mateo, anciano decrépito, no sólo estropeado por los años, sino por multitud de achaques adquiridos por una vida harto disipada, era la alegría de la villa de Sarrió. Ninguna fiesta, ningún regocijo público ó privado se efectuaba en el pueblo sin su intervención. Era presidente del Liceo, sociedad de baile, desde hacía muchos años, y nadie pensaba en sustituirlo por otro; presidía también una academia de música de la cual era fundador: era vocal-tesorero del Casino de artesanos; la reedificación del teatro donde nos hallamos á él se debía, y para recompensarle de sus molestias y desembolsos, el Ayuntamiento le había permitido labrar en el hueco de la escalera el palco cerrado con persiana de que ya hemos hablado. Vivía de su retiro de coronel, estaba casado y tenía una hija de treinta y tantos años á quien seguía llamando «la niña.»

Ni se crea por esto que D. Mateo era un viejo verde. Si lo fuese, el sexo femenino no le demostraría tanta simpatía, ni le guardaría respeto alguno. Su único placer era ver divertidos á los demás, que la alegría reinase en torno suyo; para conseguirlo, hacía esfuerzos increíbles de habilidad, y se molestaba lo indecible. Su imaginación, puesta al servicio de tal idea, no descansa-

ba un instante: unas veces era un baile campestre el que organizaba; otra vez hacía construir un escenario en el salón del Liceo, y ensayaba alguna comedia; otras, contrataba compañías de saltimbanquis ó de músicos. En cuanto se pasaban ocho días sin que los vecinos de Sarrió se recreasen de algún modo, ya estaba nuestro don Mateo violento y nervioso, y no paraba hasta lograrlo. Gracias á él, podemos asegurar que no había pueblo en España, en aquella época, donde la vida fuese más fácil y agradable.

Porque los honestos recreos que sin cesar se repetían, engendraban la unión y hermandad en el vecindario. Además, D. Mateo, elemento conciliador por excelencia, formaba gran empeño en destruir todas las malquerencias y rencores que en el pueblo existiesen; al contrario de ciertos seres viles que se complacen en transmitir el veneno de la murmuración, tenía gusto en ir repitiendo á cada cual lo bueno que de él dijesen lo demás:—«Pepita, ¿sabe V. lo que acaba de decirme Doña Rosario del vestido que usted lleva?... que es elegantísimo, muy sencillo y de mucho gusto.»—Pepita se esponjaba en su palco, y dirigía una mirada de ternura á Doña Rosario, á pesar de que nunca le había sido simpática.»—Buen negocio ha hecho V. en la partida de cacao de la viuda é hijos de Villamor, amigo D. Eugenio.—Phs; regular.—En este momento

me acaba de decir D. Rosendo, que ese negocio se le ha escapado á él de las manos por tonto.» Como D. Rosendo pasa por el primer comerciante de la villa, D. Eugenio no puede menos de sentirse lisonjeado por estas palabras.

Después de haber charlado algunos instantes con la familia Belinchón, D. Mateo se despide para recorrer todos los palcos, como tenía por costumbre; pero antes dice, dirigiéndose á Cecilia:

—¿Cuándo llega?

La joven se puso levemente encendida.

—No sé decir á V., D. Mateo...

Doña Paula sonrió con malicia, y vino en auxilio de su hija.

—Debe de llegar en la *Bella-Paula,* que ha salido ya de Liverpool.

—Oh, entonces aquí lo tenemos mañana ó pasado... ¿Habrás rezado mucho á la Virgen de las Tormentas, verdad?

—¡Una novena nada menos la ha hecho! Hace días que están seis cirios ardiendo delante de la imagen—dijo Venturita.

Cecilia se puso aún más colorada y sonrió. Era una joven de veintidós años, no agraciada de rostro ni gallarda de figura; lo que más desconcertaba la armonía de aquél, era la nariz excesivamente aguileña. Sin esta tacha quizá no habría sido fea, porque los ojos eran extremadamente lindos, tan

suaves y expresivos, que pocas bellezas podían gloriarse de poseerlos tales. Ni alta ni baja, pero el talle desgarbado y los hombros un tanto encogidos. Su hermana Ventura tenía dieciséis años, y aparecía como un hermoso pimpollo, lleno de gracia y alegría: su rostro ovalado parecía hecho de rosas y claveles; apretadita de carnes y pequeña de estatura; tan sabiamente proporcionada por la naturaleza, que parecía modelada en cera; sus manos eran jazmines y sus piés de criolla, celebrados en Sarrió como nunca vistos; la suavidad y tersura de su cutis, vencían á las del nácar y alabastro: sobre la frente, alta y estrecha como las de las venus griegas, de un blanco argentino, caían los bucles de sus cabellos rubios, cuya madeja, tan espesa como dócil y brillante, le tapaba enteramente la espalda hasta más abajo de la cintura.

—¡Búrlate de tu hermana, picarilla; no tardarás en hacer lo mismo!

—¿Yo rezar por un hombre? V. chochea, don Mateo.

—Ya me lo dirás dentro de poco—repuso el anciano pasando á otro palco á saludar á los señores de Maza.

En esto se acercó Pablito al de sus papás, trayendo en su compañía á un fiel amigo que merece especial mención. Era hijo del picador que había en el pueblo, y mozo que por su figura po-

día ser el regocijo de los espectadores en un circo de acróbatas. Nada necesitaba añadir á su persona, ni polvos de harina, ni bermellón, ni tizne para quedar convertido en *clowns:* era un payaso «al natural.» Su nariz vivamente coloreada ya por la naturaleza, sus ojos torcidos, la ausencia de pestañas, su boca de lobo, la disparatada anchura de sus hombros, el arco de sus piernas y, sobre todo, las muecas grotescas con que se acompaña al hablar ó gruñir, provocan la risa, sin más pelucas y afeites. Bien lo sabía Piscis (que así se llamaba ó le llamaban) y de ello estaba fuertemente pesaroso y hasta indignado: para contrarrestar estas nativas disposiciones cómicas de su rostro, había determinado no reirse jamás, y cumplía su promesa religiosamente: además, para el mismo efecto acostumbraba sabiamente á entreverar sus palabras con las más ásperas y temerosas interjecciones del repertorio nacional, y varias de su invención particular. Pero esto, en vez de producir el efecto apetecido, contribuía á despertar la alegría entre sus conocidos.

El único que hasta cierto punto le tomaba en serio era Pablito. Piscis y Pablito habían nacido para amarse y admirarse: el punto de conjunción de estos dos astros era el género ecuestre. Piscis, adiestrado por su padre desde niño, era el mejor jinete de Sarrió; por consiguiente, para Pablito la persona más digna de ser admirada. El hijo de

D. Rosendo era el chico más rico de la población: para Piscis, debía de ser, claro está, lo más respetable y digno de veneración que había sobre el planeta. Nadie sabía á qué época se remontaba esta amistad; se había visto á Pablito y Piscis eternamente juntos, cuando niños; ya hombres no fué parte á separarlos la diversa posición social que ocupaban. El lugar de reunión de estos jóvenes notables era constantemente la cuadra de D. Rosendo: desde allí, después de celebrar siempre una larga y erudita conferencia, frente á los caballos, con parte teórica y parte práctica, salían á pasear su figura y sus profundos conocimientos por la villa, unas veces cabalgando en briosos corceles, otras en una linda *charrette*, Pablito guiando, Piscis á su lado fijo y absorto en la contemplación amorosa de los traseros de los caballos; algunas también, para dar ejemplo de humildad, caminando sobre las propias piernas.

Pablo se acercó á su familia, retorciéndose de risa.

—¿Qué te ha pasado?—le pregunta Doña Paula, sonriendo también.

—Hemos seguido á Periquito á la cazuela y le encontramos mano á mano con Ramona—dijo el joven, acercando la boca al oído de su hermana Ventura.

—¿Sí?... ¿Qué le decía?—preguntó ésta con gran curiosidad.

—Pues le decía... (una avenida de risa le interrumpió por algunos momentos). Le decía... «Ramona, te amo.»

—¡Ave María! ¡Á una sardinera!—exclamó la niña riendo también y haciéndose cruces.

—¡Si vieras con qué voz temblorosa lo decía, y cómo ponía los ojos en blanco!... Aquí está Piscis, que también lo oyó...

Piscis dejó escapar un gruñido corroborante.

En aquel momento, Periquito, que era un muchacho pálido y enteco, de ojos azules y poca y rala barba rubia, apareció en las lunetas. Las miradas de toda la familia Belinchón se clavaron en él sonrientes y burlonas; sobre todo Pablo y Venturita se mostraban grandemente rogocijados á su vista. Periquito levantó la cabeza y saludó: la familia Belinchón contestó al saludo sin dejar de reir. Tornó á levantar la cabeza otras dos ó tres veces y viendo aquellas insistentes sonrisas, se sintió molesto y salió al pasillo.

Levantóse nuevamente el telón. La decoración representaba unas cavernas del infierno, aunque no era imposible que alguien creyese que se trataba de la bodega de un barco. El acto comenzaba por un preludio de la orquesta, dignamente dirigida por el Sr. Anselmo, ebanista de la villa. Figuraban en ella como bombardinos el Sr. Matías, el sacristán, y el Sr. Manolo (barbero); como clarinetes; D. Juan el Salado (escribiente del

Ayuntamiento), y Próspero (carpintero); como trompas *Mechacan* (zapatero), y el Sr. Romualdo (enterrador); como cornetines Pepe de la Esguila (albañil), y Maroto (sereno); como figle, el Sr. Benito el Rato (escribiente de una casa de comercio y figle de la iglesia). Había otros cuatro ó cinco muchachos aprendices, que acompañaban. El Sr. Anselmo, en vez de batuta, tenía en la mano para dirigir una enorme llave reluciente, que era la de su taller.

El preludio era muy triste y temeroso; como que estábamos en el infierno. El público guardaba absoluto silencio y esperaba con ansia lo que iba á salir de allí, clavados los ojos en las trampas abiertas en el suelo del escenario. De pronto, de aquella música suave y misteriosa salió un trompetazo desafinado. El Sr. Anselmo se volvió y dirigió una mirada de reprensión al músico, que se puso colorado hasta las orejas; hubo en el público fuerte y prolongado murmullo. De la cazuela salió entonces una voz que gritó:

—Fué Pepe de la Esguila.

Las miradas del público se dirigieron hacia este menestral, que se hizo el distraído sacando la boquilla del cornetín y sacudiéndola; pero estaba cada vez más colorado.

—Si no sabe tocar que se vaya á la cama—gritó la misma voz.

Entonces el corrido y avergonzado Pepe de la

Esguila montó en cólera de pronto, dejó el instrumento en el suelo y, alzándose del asiento con los ojos encendidos y agitando los puños frente á la cazuela, gritó:

—¡Ya te arreglaré en cuanto salgamos, Percebe!

—¡Chis, chis! ¡Silencio, silencio!—exclamó todo el público.

—¡Qué has de arreglar, morral! Anda adelante y toca mejor la trompeta.

—¡Silencio, silencio! ¡Qué escándalo!—volvió á exclamar el público.

Y todos los ojos se volvieron hacia el palco del alcalde.

Era éste un hombre de sesenta á setenta años, bajo de estatura y muy subido de color, el pelo bien conservado y enteramente blanco, las mejillas rasuradas, la nariz borbónica, los ojos grandes, redondos y saltones. Parecía un cortesano de Luis XV ó un cochero de casa grande.

Don Roque, que así se llamaba, se revolvió en el asiento y dió una voz.

—¡Marcones!

Un alguacil octogenario se acercó al respaldo del palco con la gorra azul de grande visera charolada en la mano. El alcalde conferenció con él algunos momentos y Marcones subió á la cazuela bajando poco después con un joven en traje de marinero, agarrado del brazo. Ambos se acercaron al palco presidencial.

D. Roque comenzó á increparle, procurando apagar la voz y consiguiéndolo á medias. Se oía de vez en cuando:—«¡Zopenco!»..., «no tenéis pizca de educación»... «animal de bellota»... «¿te figuras que estás en la taberna?» El marinero aguantaba la rociada con los ojos en el suelo.

Una voz gritó desde el patio:

—Que lo lleven á la cárcel.

Pero desde la cazuela contestó otra al instante:

—Que lleven también á Pepe de la Esguila.

—¡Silencio! ¡Silencio!

El alcalde, después de haber reprendido y amenazado ásperamente á Percebe, le dejó volver otra vez á su sitio, con gran satisfacción de la cazuela, que lo recibió con hurras y aplausos.

La orquesta callada un instante, tornó á su infernal preludio; y antes que éste se terminase, comenzaron á salir por las trampas del escenario hasta una docena de diablos con sendas y enormes pelucas de estopa, el rabo de etiqueta, y teas encendidas en las manos. Así como se hallaron sobre el entarimado y cerradas convenientemente las trampas, dieron comienzo, como es lógico, á una danza fantástica; pues bien sabido es de antiguo que no pueden estar juntos cuatro demonios sin entregarse con furor al baile. Los espectadores seguían con extremada curiosidad

sus vivos y acompasados movimientos. Un chiquillo lloró: el público obligó á su madre á que lo sacase.

Mas héte aquí que con tanto ir y venir, pasar y rozarse los ministros de Belcebú en aquel no muy amplio recinto, una tea llegó á prender fuego á la peluca de uno de ellos. El pobre diablo, sin darse cuenta de ello, siguió bailando cada vez con más infernal arrebato. El público reía á carcajadas esperando el próximo desenlace de aquel incidente. En efecto, cuando sintió caliente la cabeza más de la cuenta el espíritu maligno, se apresuró á arrancarse la peluca y la careta, quedando al descubierto el rostro de Levita, donde se pintaba el terror.

—¡Levita!—gritó el público alborozado.

El granuja que tenía este apodo, privado de sus atributos infernales, confuso y avergonzado, se retiró de la escena.

Al poco rato empezó á arder otra peluca. Nuevos murmullos y mayor ansiedad por ver la metempsícosis de aquel ángel exterminador. No se hizo esperar; al cabo de pocos minutos la peluca y la careta volaban por el aire como encendido cometa.

—¡Matalaosa!—gritaron todos. Una inmensa carcajada sonó en el teatro.

—Mátala, no te descubras que te vas á constipar—dijo uno desde la cazuela.

Matalaosa se retiró avergonzado como su compañero Levita.

Todavía ardieron otras dos ó tres pelucas, poniendo á la vergüenza á otros tantos pillastres de la calle que servían de comparsas en el teatro. El baile se terminó al fin sin más incendios.

Una vez sepultados de nuevo en el Averno los demonios que se habían salvado de la quema, se presentaron en la escena un gallardo mancebo, de oficio pastor, á juzgar por el pellico que le tapaba la espalda, y una hermosa doncella de idéntica profesión; los cuales, en el mismo punto, siguiendo el antiguo precepto que obliga á todo pastor á estar enamorado y á toda pastora á mostrarse esquiva, comenzaron su diálogo, donde las quejas amorosas y los tiernos lamentos de él contrastaban con las indiferentes carcajadas de ella.

Alegres y regocijados se hallaban todos, lo mismo los del patio que los de la cazuela, con las sabrosas razones que pasaban en la escena, cuando á la puerta del teatro se oyó una gran voz que dijo:

—D. Rosendo, está entrando la *Bella-Paula*.

El efecto que aquel inesperado grito produjo, fué inexplicable. Porque no sólo D. Rosendo se levanta como impulsado por un resorte y se apresura con mano trémula á ponerse el abrigo para salir, sino que por todo el concurso se esparció un

fuerte rumor acompañado de viva agitación que estuvo á punto de interrumpir el diálogo pastoril. Los menestrales del patio lanzáronse acto continuo á la calle: de la cazuela bajaron con fuerte traqueteo casi todos los marineros que allí había; y de los palcos y butacas salieron también numerosas personas. A los pocos minutos no quedaban apenas en el teatro más que las mujeres.

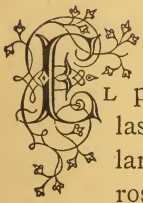
Cecilia se había quedado inmóvil, pálida, con los ojos clavados en la escena. Su madre y hermana la miraban en tanto con semblante risueño.

—¿Por qué me miráis de ese modo?—exclamó volviéndose de pronto. Y al decir esto se puso fuertemente colorada.

Doña Paula y Venturita soltaron una carcajada.

CAP. II

Del feliz arribo de la "Bella-Paula„



El pelotón de espectadores corrió por las calles en dirección al muelle. Delante, rodeado de seis ú ocho marineros, de su hijo Pablo y algunos amigos, iba D. Rosendo, silencioso, preocupado, escuchando los comentarios de sus acompañantes que los pronunciaban con la voz entrecortada por la fatiga.

—Tiene suerte D. Domingo; llega con más de media marea—dijo un marinero aludiendo al capitán de la *Bella-Paula*.

—¿Qué sabes tú si llega ahora? Bien puede estar fondeado desde la tarde—contestó otro.

—¿Dónde?

—¿Dónde ha de ser, mamón? en la concha—replicó el otro enfureciéndose.

—Si hubiera estado se vería, tío Miguel.

—¿Cómo lo habías de ver, papanatas?... ¿Has estado por si acaso en la peña Corvera?

—La bandera de la *Bella-Paula* se ve por encima de la peña, tío Miguel.

—¡Qué bandera ni qué mal rayo que te parta!

—¿Qué carga trae, D. Rosendo?—preguntóle al armador uno de los que le acompañaban.

—Cuatro mil quintales.

—¿Escocia?

—No; todo Noruega.

—¿Viene á bordo el señorito de las Cuevas?

D. Rosendo no contestó. Al cabo de un momento de marcha cada vez más precipitada, se volvió diciendo:

—Á ver; es necesario avisar á D. Melchor que está entrando la *Bella-Paula*.

—Yo iré—contestó un marinero destacándose del pelotón y marchando á internarse otra vez en el pueblo.

Llegaron al muelle. La noche estaba fría, sin estrellas: el viento acostado; la mar en calma. Dejaron el antiguo y diminuto muelle y se dirigieron á la punta del Peón recién construída que avanzaba bastante más por el mar. Brillaba en la oscuridad tal cual farolillo de los barcos anclados: apenas se advertía la espesa red de su jar-

cia; los cascos aparecían como una masa negra informe.

Los recién llegados no vieron un grupo mucho mayor de gente que se apiñaba en la punta misma del malecón hasta que dieron sobre él. Todos guardaban silencio con los ojos puestos en la mar, esforzándose por advertir entre las tinieblas las maniobras del buque. Las olas, que rompían blandamente contra las peñas más próximas, blanqueaban de vez en cuando en la oscuridad.

—¿Dónde está?—preguntaron varios de los espectadores del teatro sacándose los ojos por ver algo.

—Allí.

—¿Dónde?

—¿No ve V. aquí, hacia la izquierda, una lucecita verde?... Siga V. mi mano.

—¡Ah, sí, ya la veo!

D. Rosendo subió al segundo cuerpo del paredón, y encontró allí ya á D. Melchor de las Cuevas. Era éste un caballero alto, muy alto, enjuto, afeitado á la usanza de los marinos, esto es, dejando la barba por el cuello como una venda. Tenía más razón para ello que la mayoría de los vecinos de Sarrió que se afeitaban de este modo, pues pertenecía al honroso cuerpo de la Armada, si bien en calidad de retirado. Pero en los puertos de mar, particularmente cuando la población es pequeña, como la en que nos hallamos,

el elemento marítimo predomina y se infiltra de tal modo, que todos los habitantes, sin poderlo remediar, sin darse cuenta de ello, adoptan ciertos usos, palabras y formas de vestir de los marinos.

Habría sido apuesto y galán el señor de las Cuevas en sus tiempos juveniles; porque hoy, á los setenta y cuatro años, es un hombre brioso, erguido, de vivos y penetrantes ojos, nariz aguileña, noble y descubierta frente: toda su figura anuncia energía y decisión.

Estaba en pie sobre uno de los asientos adheridos al pretil del paredón, con unos enormes anteojos de mar dirigidos hacia la lucecita verde que brillaba con intermitencias allá á lo lejos. Era con mucho la figura más elevada que salía del grupo de espectadores.

—¡Don Melchor, V. aquí ya!... Acabo de enviarle un recado á su casa.

—Hace una hora que he venido—repuso el señor de las Cuevas, separando los anteojos de la cara.—He visto la barca desde el mirador poco después de puesto el sol.

—Debía suponerlo: ¿cómo se le había á V. de escapar nada que pase por ahí afuera?

—Tengo mejor vista que cuando era un mozo de veinte años—dijo D. Melchor con firme entonación y en voz alta para que le oyesen.

—Lo creo, lo creo, D. Melchor.

—A quince millas veo virar una lancha bonitera.

—Lo creo, lo creo.

—Y si me apuran un poco—profirió en voz más alta aún,—les cuento las portas á las fragatas que cruzan para el Ferrol.

—Arríe, arríe un poco D. Melchor—dijo una voz.

Hubo en la oscuridad carcajadas reprimidas, porque el señor de las Cuevas inspiraba respeto profundo á toda la marinería.

El viejo marino volvió airado la cabeza hacia el sitio donde había salido la cuchufleta; esforzóse en penetrar las tinieblas en silencio algunos instantes, y al cabo dijo con voz ronca:

—Si supiese quién eres, pronto te arriaba yo en banda á la mar.

Nadie osó decir una palabra, ni hubo el más leve conato de risa. En Sarrió se sabía que el señor de las Cuevas era muy capaz de hacerlo como lo decía. Había servido en la marina de guerra más de cuarenta años, gozando siempre opinión de oficial bravo y pundonoroso, pero al mismo tiempo de una severidad que rayaba en barbarie. Cuando ya ningún comandante de buque se acordaba de nuestras antiguas ordenanzas marítimas, D. Melchor se empeñaba en ponerlas en práctica y en todo su rigor. Contábase con terror en el pueblo, que había ahogado á un mari-

nero por pasarlo tres veces debajo de la quilla, según prescribía la ordenanza para ciertas faltas, y á más de ciento había derrengado á palos ó les había levantado el pellejo con el chicote. Además no había en Sarrió piloto ó marinero que se las pudiese haber con él en lo referente á la mar, lo mismo en el conocimiento del tiempo, que en las maniobras de los barcos; en todos los secretos de la navegación.

La lucecita verde se iba acercando con lentitud: percibíase ya el bulto de la *Bella-Paula* á simple vista, y además otros dos ó tres puntitos negros cerca de ella que cambiaban á menudo de sitio: eran la lancha del práctico y los botes auxiliares para tirar del barco cuando fuese necesario. Como el viento no soplaba apenas, la corbeta mantenía izadas todas las velas. Sin embargo ya estaba demasiado cerca del paredón para que esto no constituyese un peligro. Al menos D. Melchor así lo entendió, porque comenzó á jurar por lo bajo y á mostrarse inquieto. No pudiendo resistir más, á sabiendas de que no le habían de oir, gritó:

—Aferra las gavias, Domingo. ¿Qué aguardas?

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se vieron sobre las cofas los bultos casi imperceptibles de los marineros.

—¡Acabáramos!—exclamó D. Melchor.

—¡Sí, que D. Domingo se chupa el dedo!—

dijo por lo bajo el marinero á quien el señor de las Cuevas había amenazado.

El casco de la corbeta, pintado de negro con una banda blanca en la obra muerta, se destacó al fin con pureza del fondo oscuro. Los ojos de los espectadores, habituados ya á las tinieblas, veían perfectamente todo lo que pasaba á bordo. Sobre el puente había dos bultos, el del capitán y el del práctico; en la proa uno, el del piloto.

—¿Y la escandalosa?—gritó de nuevo D. Melchor.

La escandalosa de mesana, como si obedeciese á su voz, cayó. La barca siguió acercándose cada vez con más pausa. El viento no conseguía henchir las velas bajas; la cangreja pendía del palo lacia y desmayada como un vestido de baile usado. Pronto quedaron aferradas aquéllas y arriada ésta, y el barco comenzó á caminar con sosiego desesperante remolcado por los dos botes. Las figuras de los remadores se levantaron acompasadamente sobre los bancos; y la voz de los patrones gritando: —¡Hala avante! ¡hala duro!—rompió con brío el silencio de la noche.

Pero los tirones eran tan débiles con relación á la masa, que el buque apenas se movía. Cuando al cabo de un cuarto de hora consiguió acercarse unas treinta brazas de la punta del peón, largó un cabo, que uno de los botes trajo al malecón para ayudar á virar á la corbeta.

—¡Capitán, capitán!—gritó uno con voz extentórea desde el grupo.

—¿Qué hay?—contestaron del buque.

—¿Viene á bordo el señorito de las Cuevas?

—Sí.

—Pues ojo con el señorito de las Cuevas... Los demás que se ahoguen.

La broma produjo gran algazara en la muchedumbre. Volvió á reinar el silencio. La corbeta comenzaba á virar, apoyada en el cabo de tierra, que rechinaba con la tensión. La gente del muelle se puso á hablar con la de á bordo. Pero ésta se mostraba silenciosa, taciturna, atendiendo á las maniobras más que á las preguntas que les dirigían. Entonces el temperamento burlón de la marinería en aquella comarca se ostentó de nuevo; los de tierra comenzaron á dar vaya á los de á bordo, sobre todo á un cierto sujeto que parecía un montón de pelos, á quien apodaban Tanganada, el cual se movía de un lado á otro, con la gracia de un oso, manejando los cables, y lanzando gruñidos de desprecio á la muchedumbre.

—Oyes, Tanganada; ya tendrás gana de comer una cazuela de bacalao, ¿verdad?

—Alégrate, Tanganada; hay sidra en el lagar de Llandones.

—¿Hacía calor en Noruega?

—¡Allí te quisiera ver yo, ladrón!—gruñó Tanganada, mientras aferraba una vela.

Los marineros saludaron la frase con grandes carcajadas.

—¡Larga tierra!—gritó el práctico desde el puente.

—¡Hala á bordo!—contestó el marinero que tenía el socaire soltando el chicote. El cable cayó al mar, y comenzó á subir velozmente por el costado del buque.

Éste se encontraba al abrigo del malecón, pero no había marea bastante para atracar al antiguo muelle. El capitán dió una voz al piloto.

—¡Fondo!

El piloto dijo á los marineros que tenía á su lado:

—¡Arría!

El ancla cayó al mar con un ruido estridente de cadenas. La barca se dispuso á virar sobre ella.

—¿Vas á amarrarte á tierra, Domingo?—preguntó D. Melchor.

—Sí señor—contestó el capitán.

—No hay necesidad; amárrate en dos. Dentro de una hora podrás enmendarte.

—Tanto me cuesta uno como otro—dijo en voz baja el capitán alzando los hombros, y luego en voz alta añadió:

—¡Echa la de uso!

Otra ancla cayó al mar con el mismo ruido.

—¿Cómo le va á V., tío?—dijo una voz dulce y varonil desde á bordo.

—Hola, Gonzalito. ¿Llegas bueno, hijo mío?

—Perfectamente; voy á allá ahora mismo.

Y se bajó con gran agilidad por un cable al bote.

—Vamos á esperarle—dijo D. Rosendo poniéndose á andar.

Pero la mano del señor de las Cuevas le sujetó como unas tenazas por el brazo.

—¿Dónde va V., hombre de Dios?

—¿Qué es eso?—preguntó el armador asustado.—¡Ah, es cierto! ¡No me acordaba que estaba en el segundo paredón!... La oscuridad... Tanto tiempo aquí... El mareo de estar con la vista fija en el barco... ¡Dios mío! ¿Qué hubiera sido de mí si V. no me sujeta?

—Pues nada, se hubiera V. deshecho los sesos contra las losas de abajo.

—¡Virgen Santísima!—exclamó D. Rosendo poniéndose horriblemente pálido. La frente se le cubrió de un sudor frío, y las piernas le flaquearon.

—No tenga V. miedo por lo que ya pasó, amigo. Bajemos á recibir á Gonzalito.

Bajaron en efecto al muelle, donde acababa de saltar un joven alto, rubio, de gallardo aspecto, vestido con un largo gabán que casi le llegaba á los piés.

—¡Tío!

—¡Gonzalo!

Se fueron acercando, hasta que quedaron abrazados los dos gigantes. También D. Rosendo saludó con efusión al joven; pero estaba tan preocupado con el peligro que había corrido su existencia, que al instante volvió á ponerse sombrío y melancólico. Apenas pudo contestar á las preguntas que el contramaestre le hizo, pidiéndole instrucciones por encargo del capitán.

Pusiéronse en marcha luego hacia la casa de D. Melchor, situada en lo más alto de la villa, señoreando una extensión inmensa de mar. Durante el camino, Gonzalo dejó que su tío fuese delante, y un poco acortado hizo algunas preguntas á D. Rosendo acerca de su familia.

—¿Cómo está Doña Paula? ¿Le ha desaparecido ya la rija del ojo? ¿Y Pablo? ¿Continúa con la misma afición á los caballos? ¿Y Venturita? Estará hecha una polla ya ¿verdad?... (Pausa.) ¿Cecilia está buena?—terminó preguntando rápidamente.

Á todas sus preguntas contestó el señor de Belinchón con monosílabos.

—¿Sabes, Gonzalo—dijo parándose de pronto, —que por un poco me mato ahora mismo?

—¡Cómo!

Le contó con proligidad el percance del muelle. Terminado el relato cayó en una profunda consternación.

—¿Supongo que la familia ya estará en la cama?—preguntó Gonzalo después que hubo de-

plorado bastante (al menos en su concepto) el peligro del comerciante.

—No; están en el teatro... No sabe uno dónde la tiene; ¿verdad, querido?

—¡Hola! ¿Hay compañía?

—Sí, desde hace unos días. ¿Crees que me hubiera matado, Gonzalo?

—Phs... tal vez se hubiera V. roto una pierna, ó las dos... ó una costilla.

—¡Menos malo!—exclamó el señor de Belinchón dejando escapar un suspiro.

En esto se habían internado ya bastante en la población, y al llegar á cierta calle, D. Rosendo se despidió del tío y del sobrino. Dióle éste la mano con visible tristeza.

—Voy al teatro á buscar á la familia. Hasta mañana; que descanses, Gonzalo.

—Hasta mañana... Recuerdos.

El señor de las Cuevas y su sobrino se emparejaron caminando lentamente la vuelta de la casa del primero. Cayó entonces sobre el viajero un chaparrón de preguntas, no relativas á su estancia en Inglaterra, sino todas ellas referentes al viaje por mar. «¿Qué tal el viento? de bolina siempre, ¿verdad?... ¿No se os cayó alguna vez? El barco no cabecearía mucho; viene bien cargado... ¿Y las corrientes? No marearíais siempre con toda la tela, ¿eh? ¿A que habéis arrizado á la salida de Liverpool? ¡Conozco, conozco el paño!

Contestaba Gonzalo con distracción á las preguntas, que por otra parte, entendía á duras penas: iba cabizbajo y melancólico. Observándolo al fin su tío, se paró en firme y le dijo:

—¿Qué tienes, Gonzalito? Parece que estás triste.

—¿Yo? ¡Cá! No señor.

—Juraría que sí.

Siguieron otro rato en silencio, y D. Melchor, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Ya sé lo que tienes!

—¿Qué?

—Mal de la tierra. Á mí me ha pasado siempre lo mismo. Cuando saltaba en tierra después de algún viaje, me entraba una desazón, una tristeza, un deseo tan grande de volverme á bordo! Duraba dos ó tres días hasta que me iba acostumbrando. El caso es que tenía afán de llegar al puerto; pero una vez en él echaba de menos la vida de á bordo. No sé lo que tiene el mar que atrae, ¿verdad?... ¡Aquel aire tan puro!... ¡Aquel movimiento!... ¡Aquella libertad!... Á que sientes ganas de volverte al barco, ¿eh?—terminó diciendo con una sonrisa maliciosa que acreditaba su extremada perspicacia.

—Malditas... De lo que tengo gana, tío, voy á decírselo en confianza... es de ver á mi novia.

D. Melchor quedó asombrado.

—¿De veras?

—Lo que V. oye.

Reflexionó un momento el señor de las Cuevas, y al cabo dijo:

—Bien; si quieres puedes ir al teatro á saludarla... Mientras tanto, yo voy á ver cómo se enmienda Domingo.

—¿De qué se ha de enmendar? Es una persona excelente—repuso el joven sonriendo.

El tío, sin comprender la ironía, le miró con desprecio.

—Vaya, veo que vienes tan ignorante como has ido... Te aguardo para cenar.

—No me aguarde V., tío—contestó Gonzalo, que ya estaba lejos.—Quizá no cene.

Y sin tomar carrera, pero con extraña velocidad, gracias á sus descomunales piernas, salvó las calles, alumbradas por algunos raros faroles de petróleo, en dirección al teatro. Cualquiera que le tropezase en aquella hora le diputaría por un inglesote de los muchos que llegan á Sarrió mandando barcos unas veces, otras á reconocer cotos mineros ó á montar alguna industria. Su estatura colosal, su corpulencia, no son los signos característicos de la raza española, siquiera nos hallemos en una de las provincias del Norte: luego, aquel gabán tan largo, las botas de tres suelas, el sombrero de forma exótica, denunciaban claramente al extranjero. Pues mirándole al rostro acababa de completarse la ilusión, por-

que era blanco y terso y adornado con larga barba rubia, los ojos azules, ó más propiamente garzos, al igual de los que se ven casi sin excepción en las razas septentrionales. Aprovechemos los cortos momentos que nos quedan antes que llegue al teatro para proporcionar al lector algunos datos biográficos acerca de este mancebo.

La familia de las Cuevas á la cual pertenece, venía siendo de gigantes y marinos, desde tiempo inmemorial. Marino había sido su padre, marino su abuelo, marinos sus tíos, y marinos también los hijos de éstos. Gonzalo quedó huérfano de padre y madre cuando no contaba ocho años de edad, dueño de una fortuna no despreciable, administrada por su tío y tutor D. Melchor, en cuyo poder y guarda le dejó el padre al morir. Bien quisiera el viejo marino que su pupilo continuase la no interrumpida tradición del linaje de las Cuevas en cuanto á la carrera. Para despertarle la afición ó inclinarle á la marina, le compró una preciosa balandra donde ambos se paseaban por las tardes ó salían de pesca.

Pero todos los propósitos del buen caballero se estrellaron contra las aficiones terrestres de su sobrino: de la mar no le gustaban á éste más que los peces; pero aderezados ya y humeando en medio de la mesa. Todavía transigía, no obstantante, con la caldereta merendada allá en algún recodo de la costa, sentado sobre una peña don-

de manase agua fresca potable. A los catorce años, era Gonzalo un muchacho espigado y robusto, que estudiaba en el colegio privado de Sarrió la segunda enseñanza y se examinaba todos los años en la capital, obteniendo ordinariamente la calificación de *bueno* y una que otra vez, muy rara, la de *notablemente aprovechado*; bien quisto de sus compañeros por su condición noble y franca, y respetado también por virtud de sus puños formidables. Los caballeros de la villa le agasajaban á causa de su posición y la familia á que pertenecía; los marineros y demás gente del pueblo le amaban por su carácter llano y comunicativo.

Después de graduado bachiller en Artes, permaneció en Sarrió tres años todavía sin hacer nada. Levantábase tarde, se iba al casino y allí pasaba la mayor parte del día jugando al billar, en el cual llegó á ser extremado. A pesar de ser el niño mimado de la población, visitaba pocas casas: prefería la vida estúpida y depravada del café, á la cual se había habituado. No obstante, como no era cerrado de inteligencia y su exuberante naturaleza rebosaba de actividad y de fuerza, las empleaba una que otra vez en el estudio de algunos ramos de la ciencia. Aficionóse á la mineralogía, y muchas tardes, abandonando el casino y el billar, se iba por los contornos de la villa en busca de piedras minerales y ejemplares

de fósiles, llegando á reunir una rica colección. A ratos le dió también por ejercitarse en el microscopio: hizo traer uno costoso de Alemania y comenzó á examinar diatomeas y á prepararlas admirablemente sobre unos cristalitos que él mismo cortaba. Por último, habiendo caído en sus manos un libro sobre la fabricación de la cerveza, entregóse con ahinco á su estudio, pidió á Inglaterra otros varios y comenzó á imaginar que acaso en Sarrió se obtendría un resultado feliz y pingües beneficios con esta industria desconocida. Se le ocurrió montar una fábrica; pero habiendo comunicado el proyecto con su tío, este varón esforzado creyó oportuno lanzar una serie de gritos inarticulados, fuera todos ellos del diapasón normal, terminados los cuales se le oyó exclamar:

—¡Cómo! ¡Un Cuevas metido á cervecero! ¡El hijo de un brigadier, el nieto de un contralmirante de la Armada! Tu estás desarbolado, Gonzalo. Bien dice el refrán que la ociosidad es madre de todos los vicios. Si hubieses ingresado en la Escuela de Marina como yo te aconsejaba, á estas horas serías ya guardia-marina de primera, y estarías corriendo el mundo sin pensar en tales guanchadas.

Gonzalo se calló, pero no dejó de seguir leyendo sus métodos de fabricación. Comprendiendo que sin visitar por sí mismo las fábricas principales y sin estudiar con seriedad el asunto no alcan-

zaría resultado alguno, se resolvió á seguir la carrera de ingeniero industrial en Inglaterra. Cuando se arrojó á decírselo á su tío, no le sonó mal al marino el nombre de ingeniero; pero el calificativo de industrial volvió á despertar en su espíritu la misma tempestad de odios y rencores que le había producido la cerveza.

—¡Industrial, industrial! Hoy cualquier limpiabotas se llama industrial. Hazte buenamente ingeniero de caminos, canales y puertos, ó de minas.

Por este tiempo conoció, ó para hablar con más propiedad, trató, pues en Sarrió todos se conocían, á su novia actual, la señorita de Belinchón. Un día su tío le envió á casa del rico comerciante con encargo de preguntarle si podía darle una letra sobre Manila: D. Rosendo no se hallaba en su escritorio, que estaba en la planta baja de la casa, y como el negocio era urgente, Gonzalo se decidió á subir. La doncella que le abrió estaba con prisa.

—Pase V., D. Gonzalo; la señorita Cecilia le dirá dónde está el señor.

Penetró en un cuarto desarreglado, con montones de ropa por el suelo y una mesa en el centro, donde la hija primera de los señores de Belinchón estaba aplanchando una camisa en traje no adecuado á su categoría; un vestidillo raído y un pañuelo atado á la cintura como las artesanas,

en los piés unas zapatillas bastante usadas. No se ruborizó porque el joven la encontrase en aquel arreo ni en tan baja ocupación, ni exclamó como otras muchas harían en su caso:

—¡Jesús, en qué facha me encuentra V.! llevando las manos al pelo ó á la garganta.

Nada de eso; suspendió un momento su tarea, sonrió con dulzura y aguardó á que el joven hablase.

—Buenas tardes—dijo éste poniéndose colorado.

—Buenas tardes, Gonzalo—contestó ella.

—¿Podría ver á su papá?

—No sé si está en casa. Voy á ver—repuso la joven, dejando la plancha sobre la mesa y pasando por delante de él.

Cuando ya se había alejado un poco, se volvió para preguntarle:

—¿Su tío está bueno?

—Sí señora, sí..... Digo, no..... hace algunos días que no se levanta de la cama..... Tiene un catarro fuerte.

—¿No será cosa de cuidado?

—Creo que no señora.

La joven continuó su camino sonriendo; le hacía gracia que Gonzalo la llamase señora no habiendo cumplido los dieciséis años y contando él más de veinte. Ambos, sin haberse hablado «de grandes,» se conocían como si fuesen hermanos: se encontraban todos los días en la calle, en el

paseo, en el teatro, en la iglesia. «De pequeños» recordaba Cecilia que cierta tarde en la romería de Elorrio bailando la giraldilla con otras chicas de su edad, se llegaron unos pillos á estorbarlas, tirándolas del pelo desde fuera, empujándolas con fuerza y metiéndose en el corro gritando para hacerlas perder el compás. Gonzalo, que era un grandullón de trece años, viendo aquella fea tosquedad, acudió en su auxilio, y puntapié va, trompada viene, soplamocos á uno y puñada á otro, en un instante puso en dispersión á los tres ó cuatro descorteses mozuelos. Los ojos de las diminutas bailarinas le contemplaron con admiración, y en aquellos corazones femeninos de cinco á diez años quedó grabado para no borrarse jamás un sentimiento de gratitud hacia el heróico mancebo. Otra vez, años adelante, un día de San Juan, Gonzalo cedió á ella y su familia la balandra para pasearse por el mar, pues los botes y lanchas escaseaban en tal ocasión. Mas ninguna de estas circunstancias engendró el trato entre ellos: si los encontraba muy de frente, Gonzalo solía llevarse la mano al sombrero; si no, pasaba de largo como si no los viese, á pesar del conocimiento, ya que no amistad íntima, que su tío mantenía con el Sr. Belinchón. La vida exclusiva de café, el ningún trato con las mujeres, habían hecho de Gonzalo un joven apocado y vergonzoso.

—Pase V., Gonzalo; papá le espera en la sala —dijo la joven cruzando de nuevo por delante de él.—Que se alivie su tío.

—Muchas gracias—respondió acortado;—y al alejarse caminando hacia atrás, como era tan alto, dió una cabezada con la lámpara de la antesala, que por poco la hace venir al suelo.

Miró con angustia hacia arriba, se apresuró á sujetarla, y se puso muy colorado.

—¿Se ha lastimado V.?—preguntó Cecilia con interés.

—¡Cá! no señora... al contrario... ¡caramba, por un poco la rompo!

Y se retiró cada vez más confuso.

Hallábase nuestro mancebo en aquel punto y sazón en que los hombres se enamoran de una escoba. La edad del amor se había retrasado para él un poco; esto suele acontecer en todos aquellos en quienes los músculos tiranizan á los nervios. Por eso la señorita de Belinchón, aunque nada linda, despertó repentinamente en él cierta simpatía que es fácil transmutar en pasión. Y como consecuencia de aquella brevísima entrevista, Gonzalo pasó desde entonces alguna que otra vez sin necesidad por delante de la casa de los Sres. de Belinchón mirando con el rabo del ojo á los balcones, cuidó más del aliño del traje y la persona, iba á misa de diez los domingos á San Andrés, donde Doña Paula y sus hijos la

oían, en el teatro solía dirigirle con disimulo vivas miradas y alguna que otra vez se aventuraba á soltarle un sombrerazo; pero en cuanto lo hacía se ponía colorado y miraba con susto á todas partes, temblando de que aquel naciente sentimiento de su alma fuese descubierto.

¡Inocente Gonzalo! Mucho antes de que él se diese cuenta cabal de tal inclinación, la villa entera la conocía. Nada se puede ocultar, sobre todo en lo que toca á las relaciones de sexo á sexo, á los ojos zahoríes de las comadres de un pueblo de escaso vecindario. Y no sólo se conoció, pero hasta se daba como cierto el matrimonio en plazo más ó menos lejano. Pasaban los meses, no obstante, y aquello no avanzaba un paso. Los testimonios que Gonzalo daba de su afición seguían siendo los mismos; la mayor parte de los días se reducían á pasar después de comer por delante de la casa del rico comerciante, para ir al casino. Cecilia solía estar cosiendo detrás de los cristales; mano al sombrero; sonrisa; adelante; luego el billar, y hasta otro día. Don Melchor le encargó otras dos veces recados para D. Rosendo, pero tuvo la buena suerte de hallarle siempre en el despacho. Decimos buena suerte, porque Gonzalo temblaba ante la idea de subir á la casa y tropezarse con Cecilia.

Había cumplido ya los veinte años. La idea de hacerse ingeniero industrial y ocuparse en algo

útil, volvía de vez en cuando á su espíritu en medio de aquella vida holgazana. El compañero que tornaba de alguna academia militar, la conversación con algún ingeniero inglés, la frase de desprecio que escuchaba en el casino acerca de los que no tenían carrera, despertábanle de pronto el deseo. Al fin un día le dijo á su tío que si le daba permiso se iba á Inglaterra á estudiar algo y ver mundo. Como D. Melchor nada podía oponer á este justo y laudable propósito, pocos días después, Gonzalo recorría algunas casas de parientes y amigos, donde hacía años que no ponía los piés, para despedirse, y una tarde apacible y bella de primavera se embarcaba en el bergantín redondo *Vigía* con rumbo á la Gran Bretaña.

¿Se acordaba de Cecilia? No lo sabemos. En temperamentos como el de nuestro mancebo, el fuego de las pasiones tarda mucho tiempo en prender, puesto que á la postre causa grandes estragos.

Pasaron tres años. Terminó la carrera de ingeniero que es breve y práctica en Inglaterra, y se determinó á visitar las principales fábricas de este país y de Francia y Alemania. En el tiempo que duraron sus estudios el recuerdo de Cecilia asaltábale de vez en cuando, sin causarle, por supuesto, emoción muy viva. Allá en la primavera cuando la sangre circula con más fuerza por las venas y la madre naturaleza con

el verdor de los campos, los vívidos colores de las flores, los juegos de la luz, el aire tibio embalsamado, y sobre todo, por medio de sus interprétes más fieles, los pájaros, nos incita para que en modo alguno consintamos que la especie humana se extinga, Gonzalo pensaba en el matrimonio. Y siempre que tal idea surgía en su mente, presentabásele de improviso hecha carne en la niña primera de los señores de Belinchón: —«Pase V., Gonzalo; papá le espera.» «¿Se ha lastimado V?»—Volvían á sonar en sus oídos aquellas palabras y el acento cariñoso con que fueron pronunciadas encendía en su corazón virgen una chispa de simpatía. La joven no era hermosa, pero sus ojos sí, y sobre todo revelábase en ella el atractivo del sexo por el aire modesto y sencillo, el timbre de la voz, la delicadeza exquisita, enteramente femenina de sus modales. «No me disgustaría casarme con ella» pensaba dejando escapar un suspiro; porque juzgaba imposible que se atreviese á decir á ésta ni á ninguna señorita palabra alguna de amor. Hasta entonces no conocía de tal pasión más que el aspecto material y grosero, las relaciones fugaces y tristes de las mujeres que le abocaban por la noche en las calles de Londres y París.

Un día escribiendo á cierto amigo íntimo de Sarrió se le ocurrió preguntarle si Cecilia Belinchón se había casado. Contestóle que aún perma-

necía soltera y que si era muy cierto que algunos galanes la rondaban seducidos quizá por el dinero de Belinchón más que por las gracias de su hija, hasta ahora no se sabía que hubiese dado oidos á nadie. Al leer esto, se le subió la sangre al rostro al ingeniero industrial; tuvo la fatuidad de pensar (que se le dispense por Dios) que Cecilia rechazaba á los pretendientes á su mano... porque á ninguno encontraba tan guapo como él. Entonces imaginó declararle su amor por medio de una carta: estando tan lejos no tendría vergüenza. Sin embargo, la tuvo, y cuando trató de coger la pluma para hacerlo, antes de trazar el primer renglón, volvió á dejarla al representarse la sorpresa que la joven recibiría. Pasaron algunos días; la idea no le abandonaba; por medio de mil sutiles razonamientos procuraba persuadirse á escribir la epístola amorosa: si se reía de él ¿qué? no había de verlo. Con no volver más á Sarrió estaba concluído; y si volvía ya procuraría no encontrársela de frente. Al fin la escribió; túvola guardada en el cajón de su mesa varios días: la idea de echarla al correo le aterraba. Para decidirse á ello, necesitó beberse unas copitas de ron. Cuando estuvo un poco mareado sacó la carta del cajón, lanzóse á la calle con brío, y en el primer buzón con que tropezaron sus ojos ¡zás! la encajó.

¡Dios mío, qué he hecho! Disipóse la borrachera; se puso colorado hasta las orejas, como

si por el agujero de aquel buzón le estuviesen mirando los ojos burlones de todos los vecinos de Sarrió; y se apresuró á meter los dedos en él por ver si aún podía atrapar el malhadado sobre. Nada; se lo había engullido con la voracidad de un tiburón, y lo estaba ya digiriendo. Ocurriósele entonces presentarse en las oficinas de Correos y reclamarlo; pero allí le exigieron tales formalidades, que antes de pasar por ellas prefirió dejar correr la suerte.

Pasó ocho días en gran zozobra. A la hora de repartir las cartas en la fonda, experimentaba una ansiedad que le sofocaba, esperando ver llegar encerradas en un sobrecito las feas y colosales calabazas, castigo justo á su demasía y sandez. Transcurrieron, no obstante, los ocho días y aun los quince, y la contestación no parecía. Se fué calmando con la esperanza vaga de que la carta no hubiese llegado á su destino: si había llegado, forjábase la ilusión de que Cecilia la habría roto sin dar cuenta á nadie. Mas hé aquí que, cuando ya no la esperaba, se encuentra á la hora de almorzar sobre el plato una carta de España, letra desconocida de mujer. Es irrepresentable la congoja que le acometió; se puso tan blanco como el mantel; el corazón quería saltársele de su pecho. Abrióla con mano trémula... ¡Ahaaa! suspiró descansando, después de haberla devorado en dos segundos. Llevóse la

mano al pecho, limpióse el sudor con el pañuelo, y volvió á tomar la carta y á releerla con calma.

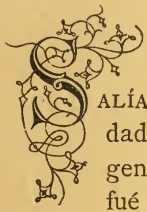
Era, en efecto, de Cecilia, y estaba escrita en un tono suavemente irónico, que nada tenía, sin embargo, de ofensivo. Manifestábase sorprendida de su repentina é inopinada declaración. ¿Qué mosca le había picado al cabo de cuatro años de ausencia? Sus padres, que antes que ella habían abierto la carta, estaban igualmente sorprendidos, y opinaban que era un paso irreflexivo, propio de los pocos años, un capricho del momento, del cual ya estaría probablemente arrepentido. Ella compartía enteramente esta opinión. Sin embargo, la habían consentido, y aun aconsejado que contestase, por tratarse de un joven del pueblo, con cuya familia mantenían relaciones de amistad.

Esta epístola le puso contentísimo de pronto: no eran las desdeñosas calabazas que esperaba. Después se puso triste, y al minuto otra vez alegre, leyéndola y releyéndola por ver si daba en la clave. ¿Eran ó no eran calabazas? Apresuróse á contestar, pidiendo perdón de su atrevimiento, y confirmando su declaración anterior con nuevas y vehementes frases. Replicó al cabo de algunos días la niña en términos más blandos y afectuosos; tornó á escribir Gonzalo; cruzáronse retratos; intervino Doña Paula. En suma, al cabo de poco tiempo, se encontraban ambos jóvenes

en relación formal; comenzó á hablarse de matrimonio; mediaron cartas entre D. Melchor y su sobrino; después visitas entre aquél y D. Rosendo. Finalmente todo quedó arreglado, conviniéndose que á la primavera regresaría Gonzalo, y se efectuaría el casamiento.

CAP. III

En que la pareja enamorada comienza á pensar en el nido



SALÍAN ya del teatro los que habían quedado. Gonzalo tropezó con la ola de gente que vomitaba la puerta, y así como fué reconocido, se apresuraron á rodearle y saludarle sus antiguos amigos. El primero que le echó los brazos al cuello, fué D. Mateo, después vino D. Pedro Miranda y su hijo Periquito, en seguida el alcalde D. Roque, después don Victoriano y su esposa Doña Rosario y sus tres hijas. En un instante se formó círculo en torno del joven, quien se apresuraba á contestar con efusión á los plácemes, abrazos y apretones de manos que de todos sitios le venían; los marine-

ros, las mujeres del pueblo tomaban parte en aquellas manifestaciones de cariño lo mismo que los *señores*. No se oían más que exclamaciones de admiración y alegría.

—Cuánto has engordado, Gonzalito.—¡Vaya un real mozo!—¿Por qué no creces como él, Periquito?—D. Gonzalo, les come V. las sopas en la cabeza á todos los mozos de Sarrió.—Crecer no ha crecido, lo que ha hecho es doblar de cuerpo. —Ven acá, granadero, dame un abrazo apretado.

Un patrón de barco afirmó que se parecía como una gota de agua á otra al Príncipe de Gales. Acaso Gonzalo fuese un poco más alto.

El robusto corpachón de éste, alzábase sobre el grupo; daba la mano por encima de las cabezas á los amigos que no podían llegarse á él, y su noble y bondadosa fisonomía, sonreía á todos.

Don Mateo, alzándose sobre la punta de los piés y tirándole del brazo para que se doblase, pudo decirle al oído:

—¡Qué función te has perdido, Gonzalo! Lástima que no hayas llegado por la tarde. La tiple cantó como un ángel... ¡Y el baile!... El baile, te digo chico que ni en Bilbao ni en la Coruña lo sacan mejor... Pero no te disgustes, que yo haré que se repita antes que se vaya la compañía... ó poco he de poder...

Pero Gonzalo no atendía. Con los ojos clava-

dos en la puerta, esperaba inquieto y afanoso la salida de la familia de Belinchón, que como principal y de las más encopetadas, se retrasaba siempre para no confundirse con la plebe. Por fin á la luz del farol que ardía sobre el marco de la puerta, divisó la fisonomía de Doña Paula y en seguida la de Cecilia. Avalanzóse trémulo á saludarlas. La hija se puso colorada como un pavo, es natural, y la madre también; esto es menos natural. ¿Qué le tocaba hacer á él? Ruborizarse igualmente; y esto fué lo que llevó á cabo de un modo perfecto. A los tres les temblaba la voz, y después de preguntarse por la salud, no supieron qué decirse. Las miradas cargadas de curiosidad de la gente contribuía á embarazarlos. Felizmente llegó Pablito con Ventura, que se habían rezagado, y nuestro joven saludó al primero afectuosamente y dirigió á la segunda una ceremoniosa cabezada.

Pablo sonrió.

—¿Qué, no la conoces? Es mi hermana Ventura.

—¡Oh! ¿Cómo había de conocerla? Es una mujer... ¿Como está V. Ventura?

La niña le alargó la mano mirándole con expresión maliciosa y burlona que acabó de desconcertarle.

Pusiéronse en marcha hacia casa. Venturita echó á correr delante arrastrando á su hermano.

Detrás marchaban Doña Paula, Cecilia y Gonzalo. Cerraba la marcha D. Rosendo con su buen amigo D. Pedro Miranda. Las calles estaban oscuras: solo ardían á aquellas horas los faroles de esquina. La distancia entre los tres grupos, se fué haciendo cada vez mayor.

Gonzalo comenzó á hacer esfuerzos desesperados por sostener la conversación con su futura esposa y suegra; pero aquélla no despegaba los labios, dominada, sin duda, por la vergüenza, y doña Paula andaba muy lejos de ser una madame Stael. Como tampoco él había colaborado en el Diccionario de la Conversación, el resultado era que ésta no prosperaba. Por cartas había llegado á tener confianza: Doña Paula ponía á menudo postdatas en las de Cecilia: Gonzalo replicaba con alguna cuchufleta, mandaba estampitas, caricaturas para Ventura, y se portaba en todo como un miembro de la familia. Pero ahora los tres experimentaban malestar embarazoso: nuestro joven en su vida había hablado con la señora de Belinchón, y con Cecilia sólo había cruzado las palabras que hemos dicho. Luego, allá delante, Venturita reía á carcajadas con su hermano, y los novios presumían fundadamente que estaban ellos sobre el tapete. No obstante, cuando ya se acercaban á casa, la plática fué tomando calor y había algunos síntomas para creer que muy pronto iba á reinar la confianza.

Formóse un grupo á la puerta de la morada de los señores de Belinchón, que estaba situada en la Rua Nueva, la calle más principal de Sarrió, y era grande y suntuosa para lo que allí se estilaba. Como Gonzalo no había cenado aún, don Rosendo le invitó á subir á hacerlo con ellos tan de veras, y con palabras tan apremiantes, que el joven, que no deseaba otra cosa, concluyó por aceptar. Despidiéronse el Sr. Miranda y su hijo Periquito, y la familia Belinchón, con el nuevo individuo que iba á formar parte de ella, subió á la casa. En el recibimiento, las señoras se despojaron de los abrigos y las toquillas. La luz volvió á turbarlos. Gonzalo pudo ver bien entonces á su novia, y observó que no había ganado nada en los años de ausencia. Estaba más alta, pero más delgada también: los amores no ponen gordas á las niñas; la nariz, con esto, se le había pronunciado todavía más. Sólo aquellos ojos hermosos, suaves, inteligentes, persistían en brillar como dos estrellas. La transformación de Venturita, aquella niña que veía cruzar para el colegio, colgada del brazo de la doncella dando saltitos para no perder el paso, le llamó poderosamente la atención. Era una mujer, una verdadera mujer, no tanto por la estatura, como por la redondez y amplitud de las formas, como por la firmeza singular de su mirada y cierto brillo malicioso que la acompañaba. Examináronse ambos como

dos extraños de una rápida ojeada. Gonzalo le dijo por lo bajo á Doña Paula:

—¡Qué cambio el de Venturita! Es una joven preciosa.

Por bajo que lo dijo la niña lo oyó: se puso seria con afectación, hizo un leve mohín de desdén con los labios, y se fué derecha al comedor, ocultando el cosquilleo placentero que aquel requiebro tan espontáneo la había causado.

La mesa estaba puesta: una mesa patriarcal de provincia, abundante, limpia, sin flores ni los demás refinamientos elegantes que la civilización va introduciendo. Y al acercarse á ella, el embarazo de Gonzalo había desaparecido; parecía que ayer había cenado allí también. Una ráfaga de alegría sopló sobre todos; cambiáronse palabras y risas; Gonzalo abrazaba á Pablito y le preguntaba por sus caballos; Doña Paula arreglaba la distribución de los cubiertos; Venturita, sentada ya, se atracaba de aceitunas, tirando los huesos á su hermana y haciéndole guiños provocativos, mientras ésta, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, se llevaba el dedo á los labios pidiéndole discreción. D. Rosendo había ido á ponerse la bata y el gorro, sin los cuales le habría hecho daño la cena. Su esposa invitó al joven forastero á sentarse en el puesto vecino al de Cecilia. Pero ésta se había pasado al otro extremo de la mesa, y allí se disponía á sentarse.

—¿Qué haces, chica? ¿Por qué no vienes á tu sitio?—le preguntó Doña Paula con sorpresa.

La joven se levantó, sin contestar, ruborizada, y vino á sentarse al lado de su novio.

La clásica sopa de manteca con huevos, humeaba ya en el centro de la mesa.

—Mira, haz plato á Gonzalo... Comienza ya á servirle—le dijo después sonriendo bondadosamente, como mujer que profesaba ideas semejantes á las expresadas por San Pablo en su célebre epístola.

Cecilia se apresuró á obedecer, colmando el plato de su futuro. Este poseía ordinariamente un apetito excelente, apropiado á su grande humanidad; ahora sobrexcitado por el aire del mar y algunas horas de ayuno, era voraz. Comió sin dejar migaja, sin cortedad alguna, cuanto le ponían delante, y eso que Cecilia, como podrá suponerse, no tenía la mano corta en servirle. Cuando empezaba á comer, Gonzalo perdía la vergüenza; la necesidad apremiante de su organismo giganteo se imponía. En cambio, Cecilia apenas si tocaba en los manjares. Viendo en su plato dos pedacitos de jamón del tamaño de dos avellanas, preguntóle el joven:

—¿Para quién hace V. ese plato, para el loro?

—No; es para mí.

—¿Y no tiene V. miedo que se le indigeste?

Era la primer chanza que se autorizaba con su futura. Ésta contestó sonriendo:

—Nunca cómo más.

Doña Paula acercó la boca al oído de Venturita, y le dijo:

—¿No reparas con qué ceremonia se tratan?

Venturita se lo dijo al oído á Pablo, y éste á su padre. Todos cuatro soltaron á reir, mirando á los novios, mientras éstos, confusos, preguntaban con la vista la razón de aquella súbita alegría.

—Mamá, ¿quieres que les diga de qué nos reímos?

—Díselo.

—Pues bien, señores, pensamos todos que podrían VV. ir apeándose el tratamiento.

Los futuros esposos bajaron la cabeza sonriendo.

La alegría de los comensales se expresaba ruidosamente, se charlaba, se bromeaba. Pablito asaba á preguntas á su próximo cuñado, acerca de las carreras de caballos, *skating-ring*, y otros asuntos más ó menos transcendentales, relacionados con el *sport*. Sólo el gozo de Cecilia era concentrado y silencioso: advertíase en las mejillas teñidas de vivo carmín: de vez en cuando ponía el dorso de la mano sobre ellas para enfriarlas, aunque sin lograrlo. Cuando creía que no la miraban, pasaba largos ratos con los ojos

fijos en su novio. Aquel bravo engullir, incesante, signo de vida y de fuerza, la sorprendía y la cautivaba á un mismo tiempo: contemplábale arrobada, adorando en él al símbolo del poder masculino. Estas largas miradas estáticas no se le escapaban á Venturita, quien hacía muecas á Pablo ó á su madre, para que las observasen. Gonzalo pagaba las atenciones de su novia con un «muchas gracias» rápido, sin volver el rostro hacia ella por temor de ruborizarse. Al levantarlo para contestar á Pablo, sus ojos tropezaban siempre con los de Venturita, cuya mirada risueña y maliciosa le turbaba momentáneamente.

Levantáronse al fin de la mesa y se diseminaron. Don Rosendo y Ventura desaparecieron: Pablo, después de charlar algunos instantes, concluyó por irse también. Quedaron solamente en el comedor Doña Paula y los novios; y todos tres fueron á sentarse en un rincón de la estancia en sillas bajas. Al poco rato no se oía más que un cuchicheo discreto, como si estuviesen confesando. Unidas las tres sillas, adelantando los cuerpos hasta tocarse casi las cabezas, comenzaron á charlar animadamente. Doña Paula abordó al instante la magna cuestión.

—Estamos á veintiocho de Abril... De aquí al primero de Septiembre no hay más que cuatro meses—dijo, echándoles una larga mirada entre risueña y enternecida.

Si fuese posible que Cecilia se pusiese más colorada, se hubiera puesto. El rostro de Gonzalo se contrajo con una sonrisa sin expresión, y bajó los ojos.

Después de haberlos mirado otro rato, gozándose en su confusión, siguió Doña Paula:

—Es necesario ir pensando en el equipo de ropa...

—¡Mamá, por Dios! Es muy pronto—exclamó la joven avergonzada, mientras el corazón quería salírsele del pecho.

—No es pronto, Cecilia; tú no sabes el tiempo que aquí echan las bordadoras en cualquier cosa. Un mes ha empleado Nieves para bordar dos escudos á la chica de Doña Rosario... Y más pesada que ella todavía es Martina...

—Nieves borda muy bien.

—No, como bordar no hay en la villa quien le ponga el pie delante á Martina... Tiene manos de oro.

—A mí me gustan más los bordados de Nieves.

—Pues si quieres que ella te borde la ropa, por mí...—dijo Doña Paula mirando á su hija con una condescendencia maliciosa.

—¡No digo eso, mamá! —exclamó ésta toda apurada.—Sólo digo que me gusta más el bordado de Nieves que el de Martina.

Al poco rato ya había consentido en discutir la cuestión de la ropa.

Tratáronla en todos sus aspectos con la gravedad y el cuidado que merecía. A quién se encargarían los juegos de sábanas de batista, á quién los ordinarios, quién haría las camisas, dónde se comprarían los manteles, etc., etc., Todo fué tratado, medido y ponderado. Doña Paula emitía su opinión; Cecilia aparentaba contradecirla, pero en el fondo ¿qué le importaba? Lo que embargaba su alma y hacía palpitar su corazón era aquella proximidad del matrimonio, reconocida expresamente. Así, que su voz salía temblorosa y algunas veces se le anudaba en la garganta sin querer salir, sus ojos soltaban efluvios de dicha, tenían el brillo suave y misterioso de los luceros en las noches serenas de invierno.

—¡Qué calor!—exclamaba de vez en cuando, y apoyaba las manos en sus mejillas encendidas.

Gonzalo asentía con estúpida sonrisa á cuanto decían, y estiraba á menudo sus desmesuradas piernas que, por la escasa altura de la silla, se le dormían.

Y cuando se concluyó con la ropa blanca, comenzaron con la de color, y la conversación se enredaba, y Cecilia sin mirar á su novio le veía, y los ojos de Doña Paula, posados alternativamente en uno y en otro, se iban enterneciendo cada vez más, y los alientos se cruzaban; los hombros de los futuros esposos se tocaban. Aquel suave cuchicheo, la dormida luz de la lámpara

que apenas los envolvía, el contacto frecuente con el brazo de su amado, iban hinchendo el seno de Cecilia de una emoción voluptuosa que la desasosegaba. No pudiendo resistirla levantóse dos ó tres veces para besar con vehemencia á su madre. Á la tercera vez ésta se hizo cargo de lo que aquello significaba, y exclamó mirándola con ojos risueños y compasivos:

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita mía!

Cecilia se tapó los suyos con las manos y estuvo así un rato.

—¿Qué tienes?—le dijo al fin Doña Paula.

—Nada, nada.

Pero continuó cubriéndose los ojos.

—Vamos, ¿qué tienes, hija mía?

—No tengo nada—contestó destapándose al fin. Su cara sonreía; pero tenía los ojos húmedos.

—Ya sé, ya sé—dijo la señora.—¿Quieres el éter? ¿Sientes opresión?

—No siento nada; estoy muy bien.

La plática se enredó de nuevo. Doña Paula expresó la idea de que Gonzalo se viniese á vivir con ellos. Éste se resistió un poco, porque comprendía que esto iba á disgustar á su tío. No obstante, concluyó por ceder á los ruegos de ambas. ¡Era tan natural que no quisieran separarse!

—Pueden VV. tener independencia; yo me encargo de ello. Hay una sala grande, la sala amarilla... ya sabes, Cecilia... Tiene una al-

coba espaciosa... Sólo falta el despacho para Gonzalo; pero ya he pensado en eso. Al lado de la sala está el cuarto de la ropa, que aunque da al patio, tiene muy buena luz. Hoy está hecho un asco; pero haciendo obra en él puede quedar una habitación muy decente... ¿Quiere usted verlo, Gonzalo?

El joven manifestó que no había necesidad; que pasaba por todo lo que ella dijese; que ya lo vería... Sin embargo, la señora insistió y tomando una palmatoria los guió al otro extremo de la casa.

—Esta es la sala... Grande ¿no es verdad? Dos balcones... La alcoba; caben muy bien dos camas... cuanto más una—añadió mirando á su hija, que se hizo la distraída cerrando un balcón. —Vamos ahora á ver el cuarto de la plancha.

Y salieron de la sala, y salvando un corredor y dando una vuelta, entraron en otro cuarto lleno de armarios y otros trastos.

—No se asuste V. por la distancia. Este cuarto está pegando á la sala; no hay más que abrir una puerta de comunicación.

Gonzalo se inclinó hacia su novia y le dijo por lo bajo:

—¿Por qué no me tratará mamá de tú, como tu papá? Díselo de mi parte... yo no me atrevo.

Cecilia entonces se acercó al oído de su madre y murmuró con voz apagada, llena de vergüenza:

—Gonzalo se alegraría de que le tratases de tú.

—¿Qué dices, niña?—preguntó Doña Paula, poniendo la mano en la oreja.

Cecilia levantó un poquito la voz, haciendo un terrible esfuerzo.

—Dice Gonzalo que ¿por qué no le tratas de tú como papá?

—Ah... me alegro que haya salido de él. No me atrevía... Bueno, pues en cuanto se abra una puerta aquí, en esta pared, ya puedes pasar de la sala al despacho sin cruzar el pasillo... ¿Te gusta la habitación? ¿Es bastante grande?

—Demasiado. Mis negocios, por ahora, no exigen tanto.

Á Cecilia le retozaba en el cuerpo una pregunta; estaba inquieta; varias veces estuvo por tomar la palabra, pero el temor la retenía. Allá, al fin, en una pausa larga, se aventuró á decir:

—Falta una cosa, mamá.

—¿Qué falta?

La joven se detuvo un instante, como para tomar arranque, y dijo al fin con voz temblorosa:

—Falta un cuarto para arreglarse Gonzalo.

—Es verdad; no me había hecho cargo... ¿Dónde tendría yo la cabeza? Pues ahora no encuentro sitio aquí cerca... Aguarda un poco... aguarda... Podríamos bajar la despensa al sótano y quedaba un cuartito, que bien arreglado, acaso serviría... Lo que hay es que no comunica

con estas habitaciones; tendrías que cruzar el pasillo.

—¡Qué importa eso!

Fueron de nuevo al comedor y se sentaron en el mismo rincón. Poco después de hacerlo apareció Venturita con un peinador blanco que dejaba ver enteramente la garganta de alabastro y una parte de su hermoso seno virginal: traía sueltos por la espalda los cabellos, y calzaba unos lindos pantuflos bordados. Venía á despedirse para ir á la cama; acercóse á su madre y la dió un beso en la mejilla, haciendo, mientras tanto, muecas maliciosas á su hermana, que Gonzalo no podía ver.

—Vaya, buenas noches—dijo alargando á éste la mano.

—Buenas noches—repuso él mirándola estático, con cierta especie de embelesamiento que no pasó inadvertido para la niña.

Iba á retirarse; pero un sentimiento de coquetería la hizo volverse desde la puerta y preguntar á Cecilia:

—¿Dónde has colocado el calzador? He tenido que venir con chinelas por no hallarlo...

Y al mismo tiempo mostró su lindo pie.

—Pues allá está, en el cajón de la mesa de noche.

—¡Si supiérais qué sueño tengo!—dijo avanzando más y colocando una mano sobre la cabe-

za de su hermana.—¿Sabéis con qué se quita esto?—añadió sonriendo.

Gonzalo la examinaba con atención. Era realmente una criatura perfecta: cuanto más de cerca se la observase, más se admiraban las singulares partes de que estaba dotada: la epidermis era suave y brillante como el raso, de un color rosa desvanecido; la boca húmeda y fresca, de labios rojos un tanto grandes que descubrían al abrirse dos filas de dientes menudos é iguales; los cabellos dorados, sedosos, abundantes; un revistero de salones estaría en la obligación de decir que le caían por la espalda como una cascada de rayos de sol, ó cosa así. Su única imperfección consistía en la estatura; si tuviera la de su madre nadie se atrevería á ponerle un reparo, exceptuando, por supuesto, sus amigas.

Notando que la examinaban, no acababa de marcharse; daba vueltas en redondo para que se la viese bien por todas partes, adoptaba posiciones caprichosas, afectadas, dirigía preguntas impertinentes á su hermana, reía sin motivo, la cubría de besos y la sobaba sin consideración.

—Déjame, Ventura. ¡Qué retozona estás hoy! —exclamaba aquélla con su franca sonrisa bondadosa, procurando desasirse.

—Vaya, vaya, á la cama—decía Doña Paula.

—Voy.

Pero en lugar de irse se abrazaba de nuevo á

Cecilia; la hacía cosquillas aprovechando cualquier movimiento para decirla al oído:

—¡Cómo estás gozando, picarona! No le eches esos ojazos, mujer, que le vas á aturdir.—Adiós, adiós señores—concluyó por decir en voz alta... —Y dejar algo para mañana, ¿eh?

—¡Qué tonta!—exclamó Cecilia ruborizándose.

Doña Paula y Gonzalo sonrieron. Éste dijo en voz baja:

—¡Qué pelo tan hermoso!

Ventura lo oyó, y dijo sacudiéndolo:

—Es postizo.

Todos se echaron á reir.

—¿No lo cree V.?—preguntó con seriedad y acercándose.—Tire V.; verá cómo se le queda en la mano.

El joven no se atrevió, y continuó sonriendo.

—Tire V., tire V.—insistió ella volviendo la espalda y metiéndole el pelo por la cara.

Gonzalo llevó la mano á él, pero no hizo más que acariciarlo.

—¿Qué: no se le ha quedado? Es que está muy bien sujeto.

Y salió corriendo de la estancia.

Un rato todavía duró el cuchicheo secreto; se tocaron algunos puntos de la vida futura: Cecilia escuchaba á su madre disertar sobre lo que debían hacer una vez casados, sintiendo un cosqui-

lleo en el alma que apenas era poderosa á ocultar. Le había cogido una mano y se la apretaba y acariciaba con intermitencias nerviosas; de vez en cuando la llevaba á los labios y se la besaba con fuerza. Doña Paula la miraba con enternecimiento y sonreía gozándose en la felicidad que inundaba el corazón de su hija.

El reloj del comedor vibró, dando las doce y media. Gonzalo levantóse apresuradamente.

—¡Oh, qué tarde! ¿Qué dirá D. Rosendo?

—Nunca se acuesta antes de esta hora—repuso Cecilia.

—Sí; pero ya sabes que emplea mucho tiempo en cerrar las puertas—replicó Doña Paula.

Cecilia calló. Gonzalo les dió la mano con efusión, prometiendo volver al día siguiente. Después pasó al despacho del Sr. de Belinchón para despedirse.

La madre y la hija siguieron charlando en el mismo rincón sobre el mismo tema, recibiendo la primera un sin número de abrazos y besos apretadísimos.

—Esto no es para mí—decía con cierta expresión entre alegre y melancólica.

—Sí, mamá, sí—replicaba la joven abrazándola con más fuerza.

Mientras tanto D. Rosendo llevaba á feliz término la obra magna y complicadísima de cerrar las puertas y los balcones de la casa. No se con-

tentaba con cerrojos y barras de hierro. Para que en modo alguno se pudiese violar el santuario de su domicilio durante el sueño, el rico comerciante tenía la costumbre de pegar papelitos de goma en todos los cierres. Por la mañana los examinaba escrupulosamente y se cercioraba de que nadie había tocado en las puertas. Además, solía colocar por los pasillos diferentes vasijas y cacharros con el objeto de que los ladrones tropezasen en ellos.

CAP. IV

Cómo los particulares de Sarrió se congregaban en un recinto nombrado el "Saloncillo," y lo que allí se platicaba

Don Melchor de las Cuevas se levantó de la mesa, encendió un cigarro, y dijo, ofreciendo otro á su sobrino:

—Vámonos á tomar café.

Gonzalo quiso guardarlo en el bolsillo porque jamás hasta entonces se había autorizado el fumar delante de su tío; pero éste le retuvo el brazo.

—Enciende, chiquito, enciende; ya has dejado de ser grumete.

El joven sacó un fósforo y se puso á dar chupetones al cigarro con emoción.

Salieron de la casa emparejados y bajaron lentamente por la calle disfrutando del bienestar voluptuoso que sienten las naturalezas poderosas después de una comida abundante. Parecían dos cedros gigantes, majestuosos, orgullosos de su altura; y guardaban el mismo silencio que ellos cuando no les sopla el viento. Las mujeres que trabajaban á las puertas de sus casas fijaban los ojos en ambos con curiosidad tocada de admiración.

—¿Quién es el señorito que va con D. Melchor?

—Mujer, ¿no le conoces? El sobrino; el señorito Gonzalo, que llegó ayer en la *Bella-Paula*.

—¡Vaya un real mozo!

—Como su padre D. Marcos, que en paz descanse.

—Y como su abuelo D. Benito—añadió una vieja.—¡Qué familia tan noble y tan carnal!

En las boca-calles por donde se descubría un cacho de mar, el señor de las Cuevas solía detenerse un momento para echar una ojeada escrutadora.

—Por ahora bonanza. Dentro de poco terral.

—¿Las ves?—dijo con expresión de triunfo al cabo de un instante.

—¿Qué?

—Las lanchas, hombre, las lanchas. ¡Cómo lo han olido!

—No veo nada—repuso Gonzalo sacándose los ojos por columbrarlas en el horizonte.

—Continúas como antes; no ves más que la sopa en el plato—manifestó el tío sonriendo con lástima.

El café de la Marina hervía ya de gente. El rumor de las conversaciones y disputas, el campaneo de las copas, el choque de las fichas de dominó contra el mármol de las mesas, formaba un ruido ensordecedor. Estaba situado en una plazoleta que formaba la Rua Nueva al desembocar en el muelle, y una de sus fachadas miraba al mar. Reuníanse en él la mayor parte de los capitanes y pilotos que estaban en Sarrió de paso, y casi todos los que sin ejercer el oficio habitaban en la villa, con más los vecinos que sentían de un modo ó de otro inclinaciones marítimas. Al atravesar por medio fueron llamados á gritos de diferentes mesas. D. Melchor era el hombre más popular, el más querido y respetado que entraba en aquel café. Fué necesario acercarse á saludar á unos y á otros, y presentarles á Gonzalo. Aquellos lobos se extasiaron mirándole; le apretaban la mano hasta descoyuntársela, y le ofrecían con todas las veras de su corazón una copa de ron y marrasquino. Cuando la rehusaban hablando de subir á tomar café arriba, la tristeza más honda se pintaba en sus rostros curtidos.

D. Melchor tenía, en efecto, la costumbre de tomarlo en el Saloncillo. Éste era un aposento del piso principal de aquella casa, que tenía

comunicación con el café por medio de una escalerilla de hierro. Por ella subieron al cabo tío y sobrino. Ya estaban reunidos los notables del pueblo, sentados en un diván corrido, con sendas mesillas japonesas delante, donde cada cual tomaba su café. Por una de las puertas, que generalmente estaba abierta, se veía la sala del billar donde jugaban siempre las mismas personas rodeadas de los mismos mirones. Cuando D. Melchor y su sobrino entraron, se hablaba de un proyecto de mercado cubierto para preservar de la intemperie á las pobres mujeres que vendían al raso legumbres y leche. Y Gonzalo recordó que en cierta ocasión que subió á buscar á su tío antes de irse á Inglaterra, se estaba debatiendo el mismo asunto. Los temas variaban poco en aquella asamblea. La existencia de la villa se deslizaba tranquila y serena en medio del trabajo cotidiano. Los únicos acontecimientos que sacudían de vez en cuando su letargo, eran la entrada ó salida de cualquier barco importante, la muerte de una persona conocida, una letra protestada, el empedrado de algunas calles, la avería de algún cargamento, el alijo de un contrabando, la limpieza del muelle. Las mujeres y los muchachos estaban más socorridos de asuntos para saciar el humano afán de novedades: la llegada de un forastero guapo y elegante (gran sensación entre las niñas casaderas), que fulanito acom-

pañó á Margarita en el paseo por primera vez (¿por lo visto es cosa hecha ya?), que Severino el de la tienda de quincalla deslomó á su mujer de una paliza (¡bien empleado la está por haberse casado con ese burro!...), el traje que Fulanita sacó el día de Nuestra Señora (dicen que vino de Madrid... ¡Qué Madrid, mujer, sí yo misma se lo he visto cortar á Martina!), el baile de confianza que se dará el jueves en el Liceo. (No toca baile ese día.—Pagan los gastos los pollos á escote.) Los graves varones que se reunían en el Saloncillo desdeñaban estos temas, aunque de vez en cuando, por excepción, picaban en ellos.

Á algunos, á D. Rosendo, á D. Mateo, á don Pedro Miranda y al alcalde D. Roque, ya Gonzalo les había saludado la noche anterior. Pero estaban allí además Gabino Maza, D. Feliciano Gómez, el ingeniero francés M. Delaunay, Álvaro Peña, Marín, D. Lorenzo, D. Agapito y otros cinco ó seis señores, que se levantaron para abrazarle.

D. Pedro Miranda, de quien ya hemos hecho mención, era un hombre que pasaba bien de los sesenta, bajo de estatura y de color, las mejillas rasuradas, la cabeza monda y lironda, los ojos grandes y apagados, los ademanes tímidos. Era el propietario territorial más rico de la población y el representante genuino de la aristocracia por venir de una antigua familia de terratenientes y

no haber en la villa persona titulada que mejor la representase. No daba, sin embargo, importancia á este privilegio. Era hombre afable, modesto, que con todos los vecinos alternaba sin atender á su condición social, extremadamente servicial siempre que no se tratase de dinero, y poco amigo de imponer su voluntad ni contradecir á nadie. Pero si declinaba enteramente las preeminencias del nacimiento, en cambio era celosísimo de sus derechos de propiedad. Jamás se había conocido ni se conocerá un propietario más propietario que D. Pedro Miranda. Las instituciones de derecho vigente, las del derecho antiguo, las universidades, el ejército, la marina, la constitución política y hasta la religión, no tenían razón de ser á sus ojos sino como elementos que de un modo directo ó indirecto afianzaban aquellos derechos. La máquina asombrosa del Universo estaba formada para sustentar sus títulos indiscutibles al dominio pleno de los Praducos, caserío situado á media legua de la villa, y al directo que poseía sobre el de las Meanas, con un canon anual de ciento quince ducados. Esta conciencia clarísima de su derecho engendraba, no obstante, por exceso de claridad, algunos conflictos. Venía un colono y le decía:—Señor, Joaquín el martinetero, ha cortado ayer las cañas del nogal que colgaban sobre su huerta.—¡Pero el nogal era *mío!*—exclamaba D. Pedro enrojecido sú-

bito por la cólera y sorpresa.—Sí señor... pero como colgaban sobre su huerta...—¿Cómo se ha atrevido ese pillo á tocar en una cosa que es *mía, mía?*—Inmediatamente entablaban un interdicto, y como es natural, lo perdía. De estos interdictos había perdido ya algunas docenas en su vida, sin escarmentar jamás.

D. Roque de la Riva, alcalde constitucional de Sarrió, á quien hemos tenido el honor de comparar, cuando por primera vez le vimos en el teatro, á un cortesano de Luis XV, ó á un cochero de casa grande, no se distinguía por la pureza de la dicción; antes era ésta tan atropellada y confusa, que al interlocutor le costaba gran trabajo entenderle. No sabemos si era en la boca ó en la garganta ó en la región de las fosas nasales, donde el señor de la Riva tenía á bien machacar y atormentar las palabras; lo cierto es, que salían casi siempre transformadas en sonidos oscuros, huecos, caóticos, completamente ininteligibles. Particularmente, después de comer, se hacía imposible conversar con él; y esto, no por otra razón, según decían, sino porque D. Roque solía encargar á los pilotos amigos un vino del Rivero, tan exquisito, que nadie dejaría de beberlo, aun á riesgo de quedarse mudo. El jefe superior civil de la villa salía todas las tardes de su casa solo, en la apariencia, en realidad gratamente acompañado. Su enorme faz rasurada

quería echar la sangre por los poros, concentrándose con preferencia en el lomo gigantesco de su nariz borbónica; los ojos, con ramos de sangre también, medio velados por no poder sufrir la gran pesadumbre de los párpados, se espaciaban lentamente por todo el ancho de la calle, expresando un grado envidiable de bienestar físico; el paso grave, lento, vacilante, acusaba de igual modo una armonía perfecta entre sus facultades psíquicas y corporales. No le faltaba á D. Roque para alcanzar la bienaventuranza más que tropezar con un alguacil, ó barrendero, ó sereno, ó picapedrero, con cualquier empleado, en fin, del municipio. Desde lejos lo columbraba, y sus párpados se levantaban repentinamente, y las ventanas de la nariz se le abrían al olor de la presa. Si ésta, olfateando al tigre, se pasaba á la otra acera, ó trataba de esconderse, D. Roque le llamaba con voz de trueno.

—¡Juan, Juaan, Juaaaan!

La víctima acudía bajando la cabeza.

—¿Has llevado el oficio á D. Lorenzo?

—Sí señor.

—¿Has dicho al secretario que dejase apartado el expediente del cementerio?

—Sí señor.

—¿Has llevado las cédulas al pedáneo de San Martín?

—Sí señor.

—¿Has ido á avisar á D. Manuel que quite los escombros que tiene delante de su casa?

En fin, iba preguntando, hasta que el pobre alguacil contestaba negativamente.

Entonces, la voz de sochantre del alcalde se dejaba oir en toda la calle, y aun en los confines de la villa; sus ojos se inyectaban, y su rostro apoplético llegaba á ponerse morado. Imposible entender lo que decía, si no eran los *ajos* con que salpicaba el discurso, y aun éstos los ahuecaba de tal modo, que sólo la jota se percibía con claridad. La reprensión nunca duraba menos de quince ó veinte minutos, el tiempo indispensable para desalojar la inmensa cantidad de *ajos* que se le habían acumulado en el cuerpo desde la noche anterior. Así como hay personas que por la mañana se meten los dedos en la boca para provocar la bilis, D. Roque necesitaba indefectiblemente este desahogo para quedar á gusto. No se le había oído jamás otra interjección, pero, en cambio, de ésta poseía tal abundancia, que no le bastaba poner una á cada palabra; á veces ponía dos ó tres.

Los tenderos salían á la puerta á escucharle; pero sonriendo, sin sorpresa alguna, como acostumbrados de antiguo á este espectáculo.

—Don Roque hoy ha tirado de firme á los vencejos—le decía uno á otro en voz alta.

—Mira qué caso le hace Juan.

En efecto, el alguacil á cada vuelta en redondo que daba el alcalde, se llevaba el dedo pulgar á la boca y hacía la seña de empinar.

Don Roque prefería encontrar á un barrendero ó picapedrero en el ejercicio de sus funciones. Se acercaba á él cautelosamente por detrás, y le hincaba sus dedazos en el cuello.

—¡...ajo! so tuno, ¿qué modo de barrer es ese? ¿Te parece ¡...ajo! que yo te pago para que me dejes la mitad de la porquería entre las piedras? ¡...ajo! ¿Es esto gratitud? ¡...ajo! ¿Es esto vergüenza? ¡...ajo!

A veces él mismo en el entusiasmo del discurso empuñaba la escoba y se ponía á dar al barrendero una lección de su oficio. Los tenderos, los pocos transeuntes que cruzaban por la calle y alguna señora que se asomaba al balcón con el ruido, soltaban á reir alegremente; el barrendero mismo, á pesar de su crítica situación, no podía reprimir una sonrisa viendo á aquel energúmeno con la levita remangada dando furiosos y desconcertados limpiones al suelo.

—¡Así se barre!... ¡...ajo! (Golpe terrible de escoba.) ¡Así se barre!.,. ¡...ajo! (Otro golpe.) ¡Así se barre!... ¡...ajo! (Otro golpe.) ¡Así se barre!... ¡...ajo!

Hasta que fatigado, sudoroso y á punto de caer á tierra con un derrame, le entregaba la escoba y recogía el bastón con borlas.

Desahogado de este modo su noble pecho de la copia de ajos que le embargaba, emprendía de nuevo su camino y llegaba al Saloncillo en una felicísima disposición de cuerpo y espíritu.

Gabino Maza, era hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, oficial de la Armada, retirado antes de tiempo porque su carácter díscolo no podía sufrir la disciplina militar; de rostro moreno aceitunado, ojos pequeños y vivos con ojeras constantes que testimoniaban su temperamento excesivamente bilioso; alto, seco, musculoso, la barba y el pelo de un color negro que daba en azul; los ademanes descompuestos siempre y violentos; la voz indefinible, grave unas veces, otras, cuando se enfadaba, que era casi siempre que se ponía á hablar, chillona y aguda, de un falsete tan estridente que rompía los oídos. Disfrutaba de una pequeña renta y de un pequeñísimo retiro, con los cuales podía vivir y alimentar á su familia en Sarrió con el respeto de un caballero acomodado: en la capital de la provincia le sería ya imposible. Disputador eterno, poniendo en cada disputa, por nimia que fuese, una cantidad de pasión y de violencia verdaderamente asombrosas, ganoso siempre de llevar la contraria á cuanto se decía aunque fuese más claro que la luz del mediodía, de un pesimismo feroz y antipático para juzgar á los hombres, á tal punto que no se dió el caso jamás de que creyese puros los móviles de

una acción humana, por noble y honrada que apareciese, rencoroso y vengativo hasta la locura. Este hombre, sin embargo, no concitaba los odios del vecindario contra sí, como podía suponerse. En las aldeas y villas, por el trato íntimo, largo y constante de las personas, se penetra más en el alma de cada uno que en las grandes poblaciones. Un trato superficial, hace, en éstas, simpáticos á muchos hombres fríos, egoístas y hasta perversos; los modales corteses, las palabras afables, la sonrisa insinuante, proporcionan en seguida opinión de «persona agradable y decente.» En provincia no vale nada de esto; al contrario, se desconfía de la amabilidad excesiva y, sobre todo, de la sonrisa dulzona; se le buscan á cada hombre los pliegues y repliegues del alma con el mismo cuidado y atención con que un disecador va palpando y poniendo á la vista con el bisturí todas las fibras de la máquina corporal. Por donde son generalmente aborrecidos algunos hombres que al forastero le seducen, mientras otros duros, violentos, agresivos, suelen caer en gracia. El disimulo, que es el talento de las naturalezas rudas y vulgares, no se perdona jamás en provincia, quizá por ser el vicio predominante en todas las relaciones sociales. Los genios vivos, los temperamentos exaltados, no causan temor como los «toros claros»; hay casi siempre en ellos un espíritu justiciero, que aunque exagerado y adulterado por la pa-

sión, no acaba de hacerles antipáticos. Además, como la violencia y la exaltación son causa constante de sufrimiento, de malestar físico y moral, se juzga con razón que los hombres de tal temperamento llevan en sí mismos el castigo de sus demasías.

Gabino Maza no era aborrecido, ni excesivamente amado; los que tenían de él agravios, le murmuraban y evitaban su encuentro llamándole «envidioso» y «mala lengua»; los que no, se reían de sus exageraciones y le abocaban con gusto, sin profesarle gran afecto tampoco.

Otro de los personajes allí congregados, era D. Feliciano Gómez, comerciante en géneros últramarinos al por menor, poseedor al mismo tiempo de tres ó cuatro pataches y algunos quechemarines que hacían el comercio de cabotaje por la costa cantábrica, aventurándose una que otra vez los de más porte á llegar hasta Sevilla. De mediana estatura, la cabeza desnuda de cabellos en forma de pirámide, patillas que le llegaban hasta la nariz, la voz casi siempre enronquecida. Era hombre divertido, bondadoso, optimista; estaba soltero y vivía con tres hermanas de más edad, á quienes había hecho verdaderas señoras á fuerza de trabajo y economía. El pago que ellas le daban según pública voz, era tenerle dominado y sujeto como un niño, reprenderle agriamente las faltas más ligeras, y mortificarle y

aburrirle por todos los medios imaginables. No obstante, á él nunca se le oyó una queja de ellas.

El ingeniero belga, M. Delaunay, había llegado á Sarrió años atrás, con el objeto de beneficiar un coto minero de una poderosa compañía inglesa. La explotación no dió resultado; la compañía le retiró su comisión y el sueldo. Pero Delaunay, que poseía genio emprendedor y algún dinero, se metió sucesivamente en seis ú ocho empresas industriales. Primero montó una fábrica de papel, después otra de puntas de París, más tarde intentó formar un criadero de ostras, después fábrica de quesos y de hielo, por último quiso aprovechar unas grandes marismas que había cerca de Sarrió. Todas estas empresas habían fracasado, sin saber nadie por qué. Delaunay era inteligente, ilustrado, laborioso; conocía cada industria que iba á ejercitar como el más competente maestro, encargaba los aparatos á Inglaterra, los montaba y los hacía funcionar felizmente, obteniendo productos muy aceptables. Él achacaba sus caídas á la falta de vías de comunicación. La última de sus grandes empresas, abortada antes de nacer, le desacreditó más que ninguna otra. En una de sus excursiones por los alrededores de la villa, había visto próximos á una pequeña ría ciertos terrenos incultos que con poco esfuerzo podían reducirse á cultivo: túvolo en cuenta; levantó el plano: pocos meses después,

cuando se vió forzado á cerrar la fábrica de hielo y despedir á los obreros, acordóse de las marismas y habló de ellas á D. Rosendo Belinchón, á D. Feliciano Gómez y á dos indianos más para que le ayudasen en su magna empresa: replicaron ellos que era necesario verlas, y concertóse la excursión. Una mañana montados en sendos caballos, emprendieron secretamente la marcha hacia la ría de Orleo, distante cuatro leguas de Sarrió: al llegar cerca de ella dejaron los caballos y subieron á pie una colina, desde la cual se oteaban las marismas. ¡Cuál sería la vergüenza y confusión de Delaunay al ver los terrenos que intentaba robar al mar, cubiertos de maíz, verdes y florecientes que era una bendición de Dios! En efecto, hacía más de seis años que estaban cultivados: su equivocación nació de haberlos visto en Diciembre cuando estaban descansando. Dieron la vuelta para la villa, y el suceso produjo en ella la risa que debe suponerse.

Quedó al cabo arruinado. Vióse obligado á vivir miserablemente. Pero lejos de apagarse en su espíritu el furor de las empresas, encendióse en la pobreza con más ímpetu, de tal modo que no dejó un solo capitalista en Sarrió á quien no tantease con el fin de embarcarle en alguna; unas veces era un tranvía á la capital, otras un puerto de refugio ó unos muelles de madera, otras una gran fonda. Algunos indianos, pocos por

cierto, por él seducidos, pagaron con algunos miles de duros su inocencia. El caso es que Delaunay era hombre de talento, estudioso, enterado muy bien de todos los adelantos de la ciencia y la industria: imposible despreciarle sin cometer una injusticia.

El ayudante de Marina del puerto, Álvaro Peña, joven de treinta años, moreno, con grandes ojos negros y bigotes á lo Víctor Manuel, se caracterizaba por un odio profundo, implacable, al estado eclesiástico y á todo el que lo representase, aunque fuese su mismo hermano. Sin ser aficionado en modo alguno á la ciencia ó la literatura, poseía una biblioteca bastante numerosa, compuesta exclusivamente de libros contra la religión y sus ministros; estaba suscripto á tres ó cuatro periódicos conocidos por sus opiniones anti-clericales, y se decía que desde hacía algunos años venía ocupándose en acumular datos para un libro que pensaba publicar con el título de *La religión al alcance de todas las fortunas*, del cual varios vecinos conocían ya algunos fragmentos. Era alegre, valiente, aficionado á cuentos y chascarrillos, donde siempre jugaba papel principalísimo algún cura ó monja. No pronunciaba bien las erres.

Don Jaime Marín, propietario de cuatrocientas fanegas de pan, que con la contribución equivalían á unas seis mil pesetas, sería un gran ca-

lavera, un licencioso, un monstruo de corrupción si no tuviese por mujer á Doña Brígida. Esta eminente señora había conseguido con una saludable energía que su marido no arruinase á la familia y los echase á todos por puertas. Antes que desbaratase su hacienda logró que se le privase judicialmente de la administración de los bienes y se le encomendase á ella. No es fácil representarse la firmeza con que Doña Brígida empuñó las riendas de la casa. Ningún patricio romano tuvo jamás una idea más perfecta del *sui juris*, de los sagrados derechos que «la ciudad» había depositado en sus manos. Desde que esto acaeció, D. Jaime, á pesar de sus cincuenta y pico de años, pasó á ser en sus manos una verdadera *cosa* como previene la Instituta. En su condición de *alieni juris* hubo de sufrir la acción directa y constante de su dueño y señor, y sujetarse en un todo á su omnímoda voluntad. ¡Adiós cenas opíparas con mariscos y vino de Rueda en el café de la Marina! ¡Adiós caza de la liebre con Fermo el carnicero y Marcelino el tallista! ¡Adiós noches seductoras de tresillo! ¡Tardes de paz y de dicha en el lago de Sebastián de la Puente, adiós! La inflexible señora depositaba en sus manos cada domingo tres pesetas; ni más, ni menos. Era todo el caudal de que disponía durante la semana para sus vicios, salvo el fumar, que ella subvencionaba, comprando los cigarros por sí misma. Cuan-

do necesitaba un sombrero, ella se lo compraba, cuando un traje ó unas botas, se avisaba al sastre ó zapatero para que viniese á tomar las medidas: hasta se le impedía ir á la barbería, por temor de que se gastase los dos reales: venía el barbero á afeitarle los sábados. Por cierto, que con poca ó ninguna consideración, el rapador de barbas llegaba algunas veces á las nueve de la mañana, cuando D. Jaime estaba durmiendo.

—¿Qué hago?—preguntaba á Doña Brígida.

—Aféitele V.—contestaba la severísima señora.

El barbero, obedeciendo la consigna, se acercaba al lecho, le embadurnaba la cara de jabón y le despojaba bonitamente de las barbas sin que D. Jaime se despertase más que á medias. Echaba otro sueño, y al despertarse de veras solía decir á la criada que le servía el chocolate:

—Hoy es sábado; que llamen al barbero.

—¡Bobote, borricote, incapaz de sacramentos! —contestaba su dulce consorte desde el gabinete. —¿No ves que estás afeitado ya?

—¡Pues es verdad!—decía el buen señor palpándose la cara.

En un principio solía pedir á sus amigos ó conocidos del café algún dinero para jugar al tresillo, y bebía al fiado en el café; pero al poco tiempo ni los amigos quisieron darle nada, ni el dueño del establecimiento le fiaba ya por valor

de dos cuartos; faltó poco para que Doña Brígida le echase á rodar por las escaleras cierto día que le llevó una cuenta de ciento veinte reales.

D. Jaime quedó, pues, reducido á pasar las horas mirando jugar al tresillo y dando á los jugadores consejos que no le agradecían. Los ganancioso solían pagarle la copa de ron. Una que otra vez jugaba á las damas con D. Lorenzo, y como éste se negaba rotundamente á seguir la partida sin interés, preciso era que Marín arbitrase alguno que no fuese metal precioso. Discurrió exponer uno de los dos cigarros puros que su mujer le daba por la mañana; cuando lo perdía, aquella tarde se quedaba sin fumar; á veces buscando el desquite, perdía dos y tres que iba entregando uno á uno á su adversario en los días sucesivos. Entonces se dedicaba, como sus amigos decían, á la gramática, esto es, á pedir aquí y allí un pitillo para calmar el insufrible prurito de chupar. ¡Pobre Marín!

Lo que Doña Brígida no pudo jamás, fué hacerle acostarse á una hora regular. Tantos años de trasnochar hasta las cuatro ó las cinco de la mañana, habían formado un hábito imposible de vencer. Como reteniéndole en casa no se iba de todos modos á la cama hasta que rayaba el alba, y pasaba la noche trasteando por las habitaciones, y como el vicio de trasnochar por sí sólo es de los más baratos que se conocen, la ingeniosa se-

ñora le dejaba retirarse á la hora que quisiera. Permanecía en el café de la Marina con los últimos parroquianos; después que éstos se retiraban, todavía se quedaba mientras los mozos colocaban en su sitio la vajilla y el dueño apuntaba las últimas partidas. Cuando materialmente le echaban del establecimiento se iba á hacer compañía al sereno de la Rua Nueva, muy su amigo, y charlando con él mataba las horas que aún faltaban para el amanecer.

D. Lorenzo, D. Agapito, D. Pancho, D. Aquilino, D. Germán y D. Justo, eran *indianos*, esto es, gente á quien sus padres habían enviado á América de niños á ganarse la vida y habían vuelto entre los cincuenta y sesenta años con un capital que variaba de treinta á cien mil duros. Había de éstos más de cincuenta en Sarrió. El duro trabajo y la sujeción en que habían vivido muchos años, les hacía tener de la felicidad una idea muy distinta de la nuestra. Para nosotros la dicha consiste en gozar un placer nuevo cada día, agitarse, viajar, gozar con el cuerpo y el espíritu de la hermosa variedad de cosas que la naturaleza nos ofrece; para ellos se cifraba única y exclusivamente en no trabajar, pasar un día y otro redimidos de la dura ley impuesta por Dios á Adán después del pecado. Y la verdad es que se cebaban ferozmente en este goce singular. La mayor parte de ellos tenían su capital en papel del Estado,

cuya renta, cuando se cobra, no origina molestia alguna: levantábanse temprano por el hábito de madrugar, y andaban toda la mañana por las calles ó por el muelle en pandillas de seis ú ocho mirando la entrada y salida, la carga y descarga de los barcos. Después de comer se iban al entresuelo del café de la Marina ó al de la Amistad, y pasaban tres ó cuatro horas jugando ó mirando jugar al billar.

«¡Anda bolita de hueso, anda, entra en cabaña!—Déjela, déjela, D. Pancho, que va herida. —Sal niña, sal de la manigüita.—¡Ah, ah, qué bien mete uté, D. Lorenso!—No se ponga bravo, D. Pancho.»

El juego siempre iba salpicado de estas frases que olían á plátano y cocotero. Cuando los días eran largos, veíaseles allá á la tarde por las cercanías de la villa paseando también en pandilla ó sentados sobre el césped á orillas de una fuente. Era la hora de los recuerdos tropicales.

«¿Se acuerda uté, D. Agapito, se acuerda uté de aqueya mulatica perra que le venía á dar plasé á la tienda?—¡Y qué bien que cantaba la guaracha, la sinvergüensa!—Disen que uté alguna vese la sobaba, D. Agapito, la sobaba duro. —¿Y cómo no, D. Pancho, si á lo mejó se me iba al baile de la gente de coló con el negro de mi compare D. Justo?—¡Vaya, hombre, no diga eso que me enoha! el que se iba al baile era uté.

¡Poquita vese que le he visto trabao con eya bailando el «chiquita abajo, chiquita abajo!»

No había que contar con ellos para subvencionar la orquesta, ni el teatro, ni otro recreo público. Los jóvenes indígenas si querían divertirse necesitaban apelar al bolsillo de sus papás; ya sabían que era inútil solicitar el auxilio del oro americano. Esto les indignaba; por la espalda, y aun de frente, les llamaban roñosos, aldeanos, burros cargados de dinero. Pero los indianos tenían la piel muy dura y despreciaban tales desahogos. El que les tenía un odio declarado (¿á quién no lo tenía?) era Gabino Maza.—«¿Para qué sirven esos cincuenta vagos tirados todo el día por la calle, abriendo la boca y estirándose como los perros? ¡Si destinaran siquiera su dinero á alguna industria útil á la población!

Cuando D. Melchor de las Cuevas y su sobrino entraron en el Saloncillo, el único que se mantenía en pie en medio del corro gesticulando era este mismo Gabino Maza. No podía permanecer dos minutos sentado: la continua exaltación de su organismo, la vehemencia con que trataba de persuadir á sus oyentes, le obligaba á alzarse en seguida del asiento, lanzarse al medio del salón y gritar y manotear hasta que se le concluía el aliento y las fuerzas. Se hablaba de la compañía del teatro que había anunciado su marcha por haber experimentado pérdidas en el primer abo-

no de treinta funciones. Maza trataba de convencerles de que no había habido semejantes pérdidas, que todo era una superchería.

—¡No es verdad, no es verdad! El que diga que han perdido un céntimo ¡miente!... (*Bajando la voz y dando la mano á Gonzalo.*)—¿Cómo estás, Gonzalo? Ya sé que has llegado ayer. Vienes bueno: me alegro... ¡Repito que miente! ¿A que no se atreven á decírmelo á mí?

—Seis mil reales han perdido en las treinta funciones, según los datos que me presentó el barítono—apuntó D. Mateo.

Maza rechina los dientes. La indignación no le permite hablar. Al fin rompe.

—¿Y V. hace caso de ese borracho, D. Mateo?... Vaya, vaya (*con afectado desdén*), á fuerza de tratar con cómicos se le ha olvidado el oficio, como al herrero de marras.

—Oye tú, botarate, yo no he dicho que lo creyese; lo único que digo, es que así resulta de los datos que me presentó el barítono.

Maza da una vuelta en redondo, se coloca otra vez en medio del salón, arranca violentamente el sombrero de la cabeza con ambas manos, y agitándolo vocifera frenético:

—¡Pero, señor! ¡pero, señor! ¡no parece más que aquí nos hemos caído de un nido!... ¿Quieren VV. decirme qué han hecho de veinte mil y pico de reales que ha importado el abono, y

casi otro tanto que habrá entrado en la taquilla?

—Los sueldos son muy crecidos—apuntó el ayudante del puerto.

—¡No seas borrico, por la Vírgen Santísima, Álvaro! ¡No seas borrico... Te diré en seguida los sueldos *(contando por los dedos)*. El tenor, seis duros; la tiple, otros seis, son doce; el bajo, cuatro, son dieciséis; la contralto, tres, son diez y nueve; el barítono, cuatro...

—El barítono, cinco—apuntó Peña.

—El barítono, cuatro—insistió furibundo Maza.

—A mí me consta que son cinco.

—El barítono, cuatro—rugió de nuevo Maza.

Álvaro Peña se levanta exaltado á su vez, ardiendo en noble deseo de llevar el convencimiento á su adversario, y se entabla una contienda furiosa, descomunal, que dura cerca de una hora, en la que toman parte todos ó casi todos los socios de aquella ilustre reunión de notables. Nada más semejante á las famosas reyertas que entre los griegos pasaban delante de los muros de Ilion; el mismo fragor y cólera; la misma sencillez primitiva en los argumentos; la misma violencia candorosa y bárbara en los dictados.

«¡Habrá hombre más pollino!—¡Calla, calla cabeza de alcornoque!—¡Habló el buey, y dijo mú!—Te digo que faltas á la verdad, y si lo quieres más claro, te digo que mientes.—¡Jesús qué gansada!—Parece V. una mala mujer.»

Eran muy frecuentes, casi cotidianos, tales altercados en el Saloncillo. Como todos los que tomaban parte tenían un modo directo, enteramente primitivo de apreciar las cuestiones, parecido, por no decir igual al de los héroes de Homero, la argumentación establecida al comienzo de la disputa, seguía invariablemente hasta el fin. Había hombre que pasaba una hora repitiendo sin cesar: «¡No hay derecho á meterse en la vida privada de nadie!» ó bien: «Eso sucederá en Alemania, ¡pero como estamos en España!...» Alguno era todavía más breve, y gritaba siempre que le dejaban un hueco:—«¡Chiflos de gaita! ¿sabéis? ¡chiflos de gaita!» hasta que caía exánime en el diván.

Pero lo que perdían en amplitud los argumentos, ganábanlo en intensidad; cada vez eran expresados con mayor y contundente energía, y con más descompasadas voces, de tal modo, que raro era el día que no saliese de allí alguno ronco; generalmente eran Álvaro Peña y D. Feliciano; los más débiles de laringe, no los más voceadores. Que el Ayuntamiento había mandado podar los árboles del paseo de Riego: disputa en el Saloncillo. Que el dependiente de la casa González Hijos, se había escapado con catorce mil reales: disputa. Que el cura de la parroquia se negaba á dar certificado de buena conducta al piloto Velasco: Álvaro Peña tuvo un vó-

mito de sangre á consecuencia de esta disputa.

Ningún desabrimiento quedaba jamás después de ellas, ni había memoria de que hubiesen originado cuestión personal alguna. ¿Cómo podía haberla cuando todos habían convenido tácitamente en aceptar sin enojarse los graciosos epítetos de que hemos hecho mención? El carácter local de los temas, era perfecto. La política tenía en Sarrió muy pocos cultivadores; sólo cuando los periódicos noticiaban algún suceso de mucho bulto, se preocupaban momentáneamente con ella sus habitantes. Hacía cerca de veinte años que la representación del distrito en el Congreso estaba encomendada al opulento banquero Rojas Salcedo, el cual sólo una vez en su vida había estado en Sarrió á tomar leche de burra. Nadie pensaba en disputarle la elección: generalmente se hacía reuniéndose los presidentes y secretarios de los colegios, y apuntando en las actas el número de votos que se les antojaba. La razón de esto, era que Sarrió siempre había sido una villa comercial donde cada uno podía ganarse la subsistencia sin recurrir á los empleos del Estado. La mayoría de los jóvenes, después de haber pasado dos ó tres años en algún colegio de Inglaterra ó Bélgica, se empleaban en los escritorios de sus padres y eran sus sucesores en ellos; otros, los menos, seguían alguna carrera militar ó civil de sueldo fijo, y sólo venían de

tarde en tarde á pasar unos días con su familia.

Sarrió, hay que confesarlo de una vez, era una población dormida para todas las grandes manifestaciones del espíritu, para todas las luchas regeneradoras de la sociedad contemporánea: nadie estudiaba los altos problemas de la política, ni las terribles batallas que los diversos bandos libran en otras partes para conseguir la victoria y el poder apasionaban en modo alguno los ánimos. En una palabra, en Sarrió el año de gracia de 1860, no existía la vida pública. Se comía, se dormía, se trabajaba, se bailaba, se jugaba, se pagaba la contribución; pero todo de un modo absolutamente privado.

Cuando se cansaron de disputar los del Saloncillo y llevaban de vencida la digestión, D. Mateo les anunció, relamiéndose de gusto, que le tenía sin cuidado la marcha de la compañía; dentro de pocos días preparaba una sorpresa á los sarrienses. Después de muchos trabajos, se consiguió que desembuchara. Estaba en tratos con el célebre Marabini, frenólogo, prestidigitador; acaso el martes... sí, el martes ó el miércoles podrían admirar sus habilidades en el teatro: traía además cuadros disolventes y un lobo domesticado.

Gonzalo se había ido á la sala de billar y veía jugar el chapó á media docena de indianos, los cuales al dar el tacazo, hacían sonar como un re-

pique de campanas todos los diges de oro que pendían de sus enormes cadenas de reloj. Estas cadenas y estos diges eran el atractivo más poderoso, la tentación suprema que presentaban á sus hijos los artesanos de Sarrió para decidirles á ir á Cuba.—«¡Tonto, quién te verá venir dentro de pocos años con levita de paño fino, gran camisola planchada, bota de charol y mucha cadena de relós, como D. Pancho!» A este último embite casi ningún muchacho resistía.—«¿Que me dé siete vueltas al cuello, padre?—Sí hombre, sí, y con una porción de lapiceros de oro y guardapelos colgando.» Y allá se iban de cabeza los pobres chicos en la *Bella-Paula,* en la *Carmen,* en la *Villa de Sarrió* ó en otro barcucho de vela cualquiera, á perecer del vómito negro ó del hambre, más negra aún, fascinados por el brillo de aquellas joyas cursis que representaban los ojos de la terrible Loreley.

Las actitudes de algunos indianos jugando, como gente que no está avezada á reprimir sus ademanes y componerlos, eran extrañas y graciosas y servían de regocijo á los jóvenes del pueblo, cuya antipatía á los americanos se manifestaba siempre por la burla. Quién como D. Benito daba fuertes taconazos en el suelo mientras las bolas corrían; quién, como D. Lorenzo, se inclinaba á un lado y á otro, se torcía y se retorcía como si de sus movimientos dependiese que

la bola se inclinase á un sitio ú otro; quién, por fin, como D. Pancho, que era pequeño y gordo, casi cuadrado, se subía de un brinco al diván después de haber empujado la bola, para mejor ver los estragos que había hecho en los palos. De vez en cuando se oía el grito de impaciencia de alguno de ellos dirigiéndose al chico:—«¡Apunte, niño, no se distraiga!»

Al lado de Gonzalo vino á sentarse D. Feliciano Gómez, que comenzó á marearle con su charla bondadosa é insustancial, dándole á cada instante palmaditas afectuosas en el muslo como tenía por costumbre.

—¿Cuándo es el gran día, Gonzalín? ¿Pronto, eh? ¡Vaya, que tengo ya ganas de verte con tu señora del brazo yendo á misa de doce!... Bien, mi queridín, bien; vas á ser feliz. En casa las nenas *(así llamaba á sus ancianas hermanas siempre)* no me dejan vivir desde ayer: ¿Cuándo se casa Gonzalín? no dejes de preguntárselo. ¡Como te han visto nacer las pobres!... No hay nada como el matrimonio para vivir contento y tranquilo. Tú me dirás: y siendo así, ¿por qué no se ha casado V., D. Feliciano? Oyes, mi queridín, ¿por qué me había de casar si vivo feliz soltero? ¿Qué me hace falta á mí? Tengo en casa á las nenas que me cuidan á qué quieres boca, que me adoran... (¡Pobre, hombre! otra cosa muy distinta se decía en el pueblo.) Y para otras cosas... nunca falta

Dios; ¿verdad, mi queridín?... Además, mientras uno es mozo se padece mucho; todo se vuelve apetecer y rabiar... Hay aquí dentro un fuego que no le deja á uno sosiego... Pero cuando vienen los años y cesa el calor amante y se queda uno fresco como una lechuga, entonces, ¡al pelo, mi queridín!... Mira, si me dijesen ahora: «Feliciano, ¿quieres volverte á los veinte años?» ¡Cá! á otro perro con ese hueso. La gran edad del hombre, los cincuenta años. No lo dudes, Gonzalín. Ahora es cuando se sabe lo que es comer y dormir con tranquilidad. ¿Hay ninguna Fulana que valga una fuente de sardinas frescas acabadas de freir?... Pero han de ser fritas mientras se come el cocido, entendámonos; si las fríen mientras comes la sopa, no valen un maravedí. ¿Y una langosta con sidra sacada por el espichón? ¿No se te hace la boca agua, mi queridín del alma?... Tú ahora casarte y besuqueo y «mi vida» para aquí y «alma mía» para allá, ¿verdad?... Bien, bien, descuida que todo se andará. Esto es bueno, pero aquello es mejor... La muchacha es de buena familia... D. Rosendo está rico... vas bien, vas bien, mi queridín... Pero oyes, ¿por qué no te casas con la pequeña, con Venturita que es más guapa? Yo no digo que la primera sea fea; pero no hay duda que la segunda es más linda; es talmente un botón de rosa. ¡Qué ojos tan pícaros! ¡qué pelo! ¡qué dentadura! ¡qué gar-

bo! En fin, si estás comprometido con la otra no digo nada... ¡Pero lo que es como guapa!... Y la familia, la misma...

Estas palabras hicieron una impresión extraña en Gonzalo. El pensamiento así expresado era la fórmula brutal, pero exacta y precisa de su vago imaginar, de cierto desasosiego que le había quedado desde la noche anterior. Efectivamente, ¡qué ojos tan hermosos, tan cándidos y maliciosos á la vez! ¡Qué cutis de alabastro! ¡Qué labios, qué dientes, qué dorada madeja de cabellos! Cecilia, la pobre, estaba aún más delgada que cuando se había ido y más desgarbada. ¿Cómo le había gustado aquella chica? Gonzalo se confesó con sencillez que gustar... lo que se llama gustar de veras... como ahora Venturita, por ejemplo, nunca le había gustado. ¿Entonces por qué?.. ¡Vaya V. á saber lo que son estas cuestiones! Era un niño, no hablaba con señoritas; la amabilidad de aquella le impresionó... Luego cierta vanidad de tener novia... Después la distancia que agranda y mejora los objetos... En fin, todo se había combinado para ligarle á aquella muchacha... ¡Pero si él hubiera visto antes á Venturita!.. Más valía no pensar en ello. El asunto estaba ya demasiado adelantado para volverse atrás.

Contra su costumbre, quedóse un buen cuarto de hora pensativo mirando rodar las bolas de

marfil sin verlas. D. Feliciano se había ido. Al fin su robusto temperamento sanguíneo se sobrepuso á aquellas nerviosidades insanas que pretendían turbarle. Alzóse del asiento; los rasgos de su fisonomía, contraídos momentáneamente, se dilataron, y se esparció por ella la sonrisa serena que la caracterizaba. Al mismo tiempo se encogió de hombros con un supremo desdén. Con aquel gesto parecía decir:—«Me caso con la más fea de las chicas de Belinchón... bueno ¿y qué? De todos modos, sea con una ó con otra, ¡aunque no me case con ninguna! yo he de ser feliz. No necesito que la felicidad me venga de fuera; la llevo dentro de mí, en este humor de ángel que Dios me dió, en el dinero que mis padres me dejaron, en esta salud inconcebible, en esta fuerza de toro...»

Cuando entró de nuevo en el Saloncillo, grandemente perturbados halló á sus cotidianos tertulios con la nueva que acababa de traer Severino el de la tienda de quincalla:—«¿No saben ustedes lo que pasa, señores?»—Todos se levantan y le cercan. El comerciante habla visiblemente conmovido.—Esta noche han robado y asesinado á D. Laureano.—¿Qué D. Laureano, el de la quinta?—Sí, el de las Aceñas... Dicen que á las dos y media, poco más ó menos, entraron nueve hombres enmascarados en su casa, molieron á palos al criado, amarraron á la señora y á la cria-

da y á D. Laureano lo degollaron... Antes creo que le hicieron sufrir mucho para obligarle á soltar el dinero... El buen señor no tenía más que doce mil reales, y ellos empeñados en que había gato escondido... Le amarraron por aquí, salva sea la parte, y tira que tira para hacerle cantar...

Un estremecimiento de horror agitó á los notables de Sarrió. Quedáronse pálidos como si se les hubiese aparejado ya á todos aquel espantoso tormento. La quinta de las Aceñas estaba á una legua de la villa, en la soledad de un bosque de pinos; pero nadie tuvo esto en cuenta; veíanse ya asaltados en sus casas de la Rua Nueva ó de Caborana y asesinados crudelísimamente. ¡Sobre todo aquellos tirones! ¡Santo Cristo, qué atrocidad!

Pasados los primeros momentos de sorpresa, comenzaron los comentarios en voz baja. Los ladrones no serían de muy lejos. Sin embargo, no se recordaba que en Sarrió ni en sus alrededores, hubiera pasado jamás una cosa semejante. Marín afirmó que hacía ya días que veía algunos hombres sospechosos de noche. Esta noticia produjo en los circunstantes un saludable terror que no llegó á manifestarse. Todos se propusieron no salir de casa por la noche, sin comunicarse, no obstante, tan acertada resolución. El alcalde manifestó que, en su opinión, los ladrones debían haber venido de Castilla.—¿De Castilla?—Sí se-

ñor, de Castilla... Oí contar á mi padre (que en gloria esté), que el año de cinco se presentaron diez y siete hombres á caballo y armados en Sariego, rodearon el pueblo y robaron á D. José María Herrero sesenta mil duros que tenía escondidos debajo de uno de los ladrillos del hogar.

En cualquiera otra ocasión, los tertulios habrían observado que el que hubiera acaecido tal suceso en Sariego el año de cinco, no implicaba necesariamente que sucediese lo mismo en las Aceñas el año de sesenta; pero ahora nadie se atrevió á contradecir la aventurada proposición. Y siguieron comentando en voz baja el suceso, y parecían estar todos de acuerdo en las opiniones más extravagantes y contradictorias. Mas como no se había dado jamás el caso de que Gabino Maza asintiese por más de diez minutos á lo que en su presencia se hablase, tomó pretexto de una sencillísima indicación, hecha por D. Feliciano Gómez, con la perfecta naturalidad y modestia que caracterizaban los discursos de este distinguido comerciante, para caer sobre él de un modo tan violento como injustificado.

—¡Ya me extrañaba que no soltases alguna coz! ¿Para qué quieres que se registren las casas de los vecinos? Te figuras que te vas á encontrar allí muy apiladito el dinero de D. Laureano.

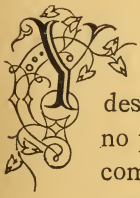
—Si no se halla el dinero, se hallará algún indicio...

—¿De qué, cabeza de chorlito, de qué?

Armóse la disputa consabida. Se chilló, se alborotó lo indecible. Al fin, nadie pudo entenderse, como siempre. Las voces se oían perfectamente en toda la plazoleta de la Marina; pero los transeuntes estaban acostumbrados, y no se paraban á escucharlas.

CAP. V

¡¡¡Ladrones!!!



Y desde entonces los notables de Sarrió, no pusieron el pie en la calle de noche, como discretamente se lo habían propuesto. La tertulia del Saloncillo de última hora, la de la tienda de Graells, la de la Morana misma, quedaron abandonadas. Los cuatro ó seis herreros establecidos en la villa, no daban ni podían dar cumplimiento á los numerosos pedidos de cerraduras, pasadores, trancas de hierro y llaves maestras que de todas las casas les hacían. Los ladrones de las Aceñas no habían sido habidos, y todos preveían, con más ó menos fundamento, que andaban rondando la población para caer sobre ella á saco en un plazo perentorio.

No obstante, como el hombre se habitúa á todo, hasta á la enfermedad, hasta á las conferencias del Ateneo, los vecinos de Sarrió, al cabo de algunos días se habituaron al peligro y comenzaron á salir de sus casas, cerrada ya la noche, si bien con las debidas precauciones. El primero que se aventuró fué Marín. Siendo inútiles todos los esfuerzos que Doña Brígida hizo para que se durmiese á una hora racional, le arrojó de casa sin conmiseración. D. Jaime pidió permiso para sacar debajo de la talma azul gendarme que usaba por las noches, un viejo fusil de chispa que había en el desván, y la magnánima señora se lo otorgó á condición de llevarlo descargado. Salió después Álvaro Peña, que, como autoridad militar hasta cierto punto y hombre que gozaba fama de enérgico, estaba obligado á mostrar valor en aquellas críticas circunstancias: llevaba dos pistolas de arzón en los bolsillos, y bastón de estoque. El alcalde D. Roque, que desde tiempo inmemorial venía asistiendo á la tienda de la Morana en compañía de D. Segis el capellán de las monjas Agustinas y D. Benigno el coadjutor de la parroquia, y se bebía en el transcurso de la noche, de cuatro á ocho cuarterones de vino de Rueda, según las circunstancias, no pudo sufrir el hogar doméstico más de tres días y salió también á la calle. Le acompañaba el octogenario alguacil Marcones con tercero-

la y sable: él iba armado de revólver y estoque.

Después, y sucesivamente, fueron saliendo y diseminándose por las tertulias nocturnas D. Melchor, Gabino Maza, D. Pedro Miranda, Delaunay, D. Mateo, y todos los demás. Los americanos tardaron más tiempo. Lo mismo la tienda de Graells que la de la Morana y el Saloncillo, se transformaban al llegar la noche en verdaderos arsenales. Cada uno de los que iban llegando dejaba arrimadas á la pared sus armas y pertrechos de guerra, y al salir tornaban á empuñarlas con un valor impávido, digno de la sangre cántabra que casi todos llevaban en las venas. Allí el antiguo arcabuz de chispa alternaba de igual á igual con el moderno rifle americano de doce tiros, el estoque cilíndrico de hierro con el espadín pavonado que guardan los nuevos bastones, el cachorro tosco de bronce con el revólver nielado. Y esta misma diversidad de armas mortíferas contribuía poderosamente á mantener en todos los pechos el espíritu bélico tan necesario en aquella ocasión.

Se habían tomado algunas medidas acertadísimas; de gran utilidad. Hasta las doce de la noche los serenos tenían orden de no apagar ningún farol. Á aquéllos se les había provisto de nuevos pitos infinitamente más sonoros que los antiguos; además tenían prevención para vigilar á cualquier persona desconocida que transitase por las

calles. Entre los vecinos se había convenido juiciosamente no dejar la acera á nadie desde las diez en adelante como no fuese á un amigo. Sabida es de todos la enorme influencia que tiene en la criminalidad esta costumbre de dejar la acera. Con tal motivo, encontrándose una noche en la calle de San Florencio D. Pedro Miranda y D. Feliciano Gómez, ambos embozados en sus carriks, con los estoques desenvainados, prevenidos para cualquier evento, D. Feliciano le gritó á D. Pedro desde lejos:

—¡Eh, amigo, al arroyo!

—Phs, phs; sepárese V.—contesta D. Pedro.

—Quien debe apartarse es V.—replica el comerciante.—¡Al arroyo, al arroyo!

—Phs, phs, haga V. el favor de dejar franco el paso—responde el Sr. Miranda.

Ninguno de los dos se movía de su sitio: habíanse desembozado y mostraban ya la punta aguzada de sus floretes.

—Tenga V. la bondad...

—Haga V. el obsequio...

¿Quién sabe la horrible tragedia que hubiera acaecido en Sarrió, si al cabo de un rato bastante largo de hallarse estos varones así detenidos en su camino, no se hubiesen reconocido?

—¿Sería V. tal vez D. Feliciano?...

—¿Sería V. D. Pedro?

—¡D. Feliciano!

—¡D. Pedro!

Y se acercaron corriendo y se estrecharon las manos con efusión.

—¡Qué suerte ha tenido V. en que le hubiese reconocido, D. Feliciano!—exclamó el señor Miranda mostrando su ancho estoque de hierro con puño de hueso.

—¡Pues la de V. no ha sido pequeña, D. Pedro!—contesta el comerciante esgrimiendo en el aire una hoja fina y pavonada de Toledo.

Para entrar en la tienda de la Morana era preciso bajar dos escalones. La tienda era una confitería, aunque no lo pareciese; la única confitería que había entonces en Sarrió. Hoy, si no me engaño, cuenta ya con tres. Y digo que no lo parecía, porque se vendían cirios de iglesia, piés y manos y cabezas y troncos de cera para ofertas, los cuales, poco á poco habían ido llenando todo su ámbito, pasando de comercio suplementario á principal, en virtud de lo nada golosos que eran los vecinos de aquella villa. Y este es uno de los rasgos característicos que reclamo para ella. En España es muy general que los habitantes de las villas y ciudades pequeñas sean dados con pasión á los confites: no gozando de los placeres de toda laya con que brindan las grandes capitales, la sensualidad se escapa por ahí. Porque digan algunos lo que quieran, los placeres mismos de la mesa no se gustan en los pueblos secundarios

como en los principales: primero, faltan cocineros sensatos; segundo, los alimentos no tienen la hermosa variedad que previenen las leyes biológicas; tercero, los paladares no han alcanzado aquel grado de cultura indispensable para formular juicio recto y desapasionado del objeto del conocimiento.

Acaso se arguya que en Sarrió las monjas Agustinas también fabricaban dulces; pero debemos advertir que esta fabricación estaba limitada exclusivamente al rallado de ciruela, membrillo, pera y albaricoque, alguna que otra tarta de almendra y borraja, y un dulce especialísimo parecido á las escamas de los peces llamado flor de azahar. No hay que darle vueltas; en Sarrió había pocos golosos. Después de todo, esta virtud rara en las villas de lo interior, no lo es tanto en las poblaciones marítimas menos sometidas, como es sabido, á la influencia clerical. Porque según la observación que puede hacerse viajando por los pueblos de lo interior de España, allí se comen más dulces donde el culto y las prácticas de la religión absorben más parte de la vida, y la mayor energía del sentimiento religioso se traduce en novenas, rosarios cantados, cofradías y canónigos; lo cual demuestra que debe de existir cierta misteriosa afinidad entre el misticismo y la confitería.

Ésta se hallaba representada en la tienda de

la Morana por dos armarios de pino pintado de azul con puertas de cristales, situados á entrambos lados del mostrador. En estos armarios se guardaba una razonable cantidad de caramelos, rosquillas bañadas, suspiros, magdalenas, almendrados, y sobre todo, las alabadas crucetas y famosísimas tabletas cuyo renombre habrá alcanzado seguramente los oídos de nuestros lectores. Todo de la más remota antigüedad. Las tabletas, cuya mágica composición nunca hemos podido averiguar, tenían un atractivo irresistible, basado, ¡caso extraño! en su extraordinaria dureza. Á la edad en que se comían las tabletas de la Morana lo importante no era que los dulces fuesen delicados, sabrosos, exquisitos, sino que durasen mucho. Para lograr que los dientes se hincasen en ellas, era forzoso impregnarlas previamente de una cantidad fabulosa de saliva: y una vez hincados en su pasta pegajosa en alto grado, el separarlos de nuevo llegaba á constituir un verdadero problema. Permítaseme dedicar un delicado recuerdo de simpatía y reconocimiento á estas tabletas que desde los cuatro hasta los ocho años van unidas á los momentos más dichosos de mi existencia. A su azucarado influjo quizá deba el autor de este libro la flor de optimismo, que, al decir de los críticos, resplandece en sus obras.

La Morana, hija y heredera de otra Morana que ya había muerto, era una mujer de cuarenta

años, pálida, con parches de gutapercha en las sienes para los dolores de cabeza. Estaba casada con un Juan Crisóstomo, que al decir de D. Segis, el capellán, no era de los Crisóstomos. Sin embargo, cuando administraba alguna paliza á su mujer, solía mostrar cierta erudición poco común.

—«Yo que amaba á esta mujer—exclamaba con enternecimiento, arrimando el garrote á la pared.—¡Yo que amaba á esta mujer como esposa y no como sierva, según manda el apóstol San Pablo!... ¿Tú has leído al apóstol San Pablo?... ¡Qué habías de leer tú, gran vaca!...»

El vino era muy bueno, casi puede decirse que era lo único bueno en este establecimiento, y eso que no paraba mucho en la bodega, porque don Roque, D. Segis, D. Benigno, D. Juan el Salado y el Sr. Anselmo el ebanista, se encargaban á plazo fijo de hacerlo pasar á la suya. Era un vino blanco, fuerte, superior, que se subía á la cabeza con una facilidad asombrosa. Los tertulios de la tienda, todas las noches, entre once y doce, salían dando tumbos para sus casas; pero silenciosos, graves, sin dar jamás el menor escándalo. Solían salir los cinco cogidos del brazo, apoyándose los unos en los otros: al llegar á las tapias de la huerta del convento de las Agustinas, orinaban; después proseguían su camino sin decirse una palabra, aunque bufando y soplando

mucho. El instinto, que nunca les abandonaba por completo, les sugería esta prudente conducta; comprendían que si hablaban poco ó mucho, podían enredarse en alguna disputa; de ahí las voces y el escándalo consiguiente... Nada, nada, lo mejor era no chistar; al llegar á sus casas se soltaban murmurando con torpe lengua «buenas noches;» el último era D. Roque por vivir más lejos que ninguno.

De este modo serio, modesto, patriarcal, se emborrachaban aquellos venerables ancianos todas las noches del año. Dos de ellos, D. Juan el Salado, escribiente del Ayuntamiento, y D. Segis, experimentaban ya las consecuencias de aquella vida. El Salado tenía una nariz que daba miedo verla; el día menos pensado se le caía sobre el libro de actas. D. Segis había padecido un ataque apoplético, de resultas del cual arrastraba la pierna derecha cual si llevase en ella un peso de seis arrobas. Verdad que el insaciable capellán no se contentaba con los cuarterones de vino de la confitería; por cada uno que se tragaba era preciso que la Morana le sirviese una copa de ginebra, la cual vertía cuidadosamente en un frasco que llevaba al efecto en el bolsillo: si eran seis cuarterones, seis copas; si ocho, ocho. Toda esta ginebra pasaba delicadamente á su estómago en pequeños sorbos después que se había metido en la cama. «¿Pero D. Segis, cómo se bebe V. tanta

ginebra de una vez?—No tengo más remedio—contestaba en un tono resignado y humilde que partía el corazón.—¿Si no bebiese una copa por cada cuarterón, que sería de mí, hijo del alma?... ¡Pasaría la noche como un caballo!»

Las conversaciones de la tienda de la Morana eran menos interesantes y movidas que las del Saloncillo. A los viejos tertulianos les interesaban ya poquísimas cosas en el mundo; los asuntos más graves de la villa, los que promovían tempestades en el Saloncillo, se trataban, ó por mejor decir, se tocaban ligeramente sin apasionamiento alguno. Que los González habían despedido al capitán de la *Carmen* y nombrado en su lugar un andaluz.

—Cuando los González lo han hecho—afirmaba uno lenta y sordamente,—sus razones tendrían.

—Es verdad—contestaba otro al cabo de un rato, llevándose el vaso á los labios.

—Ripalda parecía un buen sujeto—afirmaba un tercero, después de cinco minutos, dejando el vaso sobre el mostrador y eruptando.

—Sí lo parecía—replicaba otro gravemente.

Transcurrían diez minutos de meditación. Los tertulios daban algunos cariñosos besos al vaso, que parecía de topacio. D. Roque rompe el silencio:

—De todos modos, no hay duda que D. Antonio le abrasó.

—Le abrasó—dice D. Juan el Salado.

—Le abrasó—confirma D. Benigno.

—Le abrasó—corrobora el Sr. Anselmo.

—Le abrasó completamente—resume, por fin, D. Segis lúgubremente.

Lo que alteraba los ánimos una que otra vez, era la cuestión de pichones. El Sr. Anselmo y D. Benigno alimentaban pasión inextinguible por estos animalitos: cada cual tenía su palomar, sus castas, sus procedimientos de cría, y sobre tales extremos se enredaban á menudo en largas y vivas discusiones. Los demás escuchaban gravemente sin atreverse á decidir, subiendo y bajando el vaso del mostrador á los labios con religioso silencio. El crimen de las Aceñas les disgustó, pero no causó en ellos la profunda desazón que en el resto del vecindario. Al cabo de cinco ó seis días tornaron á sus patriarcales costumbres; y era tal su valor, que la mayor parte de las noches dejaban olvidadas las armas en la tienda.

Serían las doce por filo de una, en que D. Roque había rebasado con tres cuarterones más la tasa de seis que ordinariamente se imponía, cuando las cinco columnas de la confitería de la Morana salieron en apretada cadena hacia sus domicilios. Cerraba la marcha Marcones, con el fusil al hombro. El primero que se soltó fué don Segis, que vivía en una casita de dos balcones, pegada al convento de las Agustinas; después

fué D. Juan el Salado; después el coadjutor; por último, el Sr. Anselmo, sacando la enorme llave lustrosa que le servía de batuta cuando dirigía la orquesta, abrió el taller donde dormía.

Quedó el alcalde solo con la fuerza de su mando. Dijo algo: pero la fuerza no le entendió. Comenzaron á caminar hacia casa, que ya no estaba lejos. Mas antes de llegar á ella, D. Roque, que soplaba y bufaba como una ballena, é imitaba en lo posible la marcha jadeante y arremolinada de este cetáceo, se paró de repente, y pronunció en alta voz un largo discurso, del cual no entendió Marcones más que la palabra ladrones, repetida bastantes veces. Miró el alguacil con sobresalto á todas partes por ver si veía alguno, preparando el fusil al mismo tiempo; pero nada observó que le hiciese sospechar la presencia de los foragidos. Tornó D. Roque á usar de la palabra, si tal nombre merecía la regurgitación intermitente de una porción de sonidos extraños, bárbaros, lamentables, que infundían tristeza y horror al mismo tiempo, y Marcones pudo colegir entonces que su jefe deseaba que hiciesen una batida por la villa, en busca de los criminales de las Aceñas.

Marcones meditó que la fuerza era escasa y mal prevenida para aquella empresa; pero la disciplina no le permitió hacer objeciones. Además, nació en su pecho la esperanza de que los

asesinos fuesen poco aficionados á tomar el fresco á tales horas. Y después de haber examinado cuidadosamente las armas, emprendieron una marcha peligrosa al través de todas las calles y callejas de la villa. En honor de la verdad, hay que advertir que D. Roque marchaba delante como cumple á un valeroso caudillo, con su revólver en la mano izquierda y el bastón de estoque en la derecha, exponiendo el primero su noble pecho al plomo enemigo. Marcones, agobiado bajo el peso del fusil y de los ochenta y dos años que tenía, marchaba detrás á una distancia de seis pasos próximamente.

La noche era de luna, pero negros y grandes nubarrones la ocultaban á menudo por largo rato, y entonces la escasa claridad de los faroles de petróleo que ardían en las esquinas de las calles no bastaba á deshacer las sombras que se amontonaban hacia el medio de ellas. Sarrió consta de cinco principales, á saber: la Rua Nueva, que desemboca en el muelle; la de Caborana, la de San Florencio, la de la Herrería y la de Atrás. Estas calles son largas, bastante anchas y paralelas entre sí: los edificios en general son bajos y pobres. Otras calles secundarias, en número considerable, las cruzan y las comunican. Además, en las afueras le salen algunos rabos á la villa, donde han edificado suntuosas casas los indianos: son lo que pudiera llamarse el ensanche de la población.

Al llegar la columna caminando por la calle de Atrás, cerca de la de Santa Brígida, oyó gritos y lamentos que la obligó á hacer alto.

—¿Qué es eso, Marcones?—preguntó el alcalde.

El anciano alguacil se encogió de hombros filosóficamente.

—Nada, señor; será en casa de Patina Santa.

—¿Y cómo se atreven esas pendangas?... Vamos allá, Marcones, vamos acto continuo.

«Acto continuo» era una frase de la que usaba y abusaba D. Roque: simbolizaba para él la energía, la decisión, la rapidez de la autoridad para remediar todos los daños.

Patina Santa era el gran sacerdote de uno de los dos templos del placer que existían en Sarrió. De vez en cuando salía por las aldeas comarcanas y traía las sacerdotisas que le hacían falta, que nunca pasaban de cuatro: no había más gabinetes, y eso que dormían de dos en dos. Vestían el mismo refajo de bayeta verde ó encarnada, la misma cotilla sin ballenas, la misma camisa de lienzo gordo, el mismo pañuelo de percal que cuando triscaban allá por los prados y los montes con los vaqueros vecinos. Patina Santa, como únicos símbolos del nuevo y elevado destino á que la suerte les había llamado, colgaba de sus orejas pendientes de perlas y aprisionaba sus piés con zapatos descotados de sarga, los cuales

eran bienes adheridos á la casa y servían para todas las que iban llegando. Más adelante Patina, haciéndose cargo de que el mundo marcha y que las leyes del progreso son indeclinables, tuvo la audacia de introducir en su templo los polvos de arroz; después compró unos medallones de *doublé* para colgar al cuello con un terciopelito negro. Verdad que á todas estas reformas le estimulaba la competencia desastrosa que le hacía Poca Ropa, el cual tenía su instituto en la calle del Reloj, al otro extremo de la villa.

—¿Qué escándalo es este?—gritó D. Roque con voz estentórea acercándose á la inmunda casucha.

Tres ó cuatro muchachos que había en la calle huyeron como pajarillos á la vista del gavilán. Pero quedaban las palomas: dos de ellas estaban á la puerta en camisa, las otras dos asomadas á las ventanas en el mismo traje. Las de la puerta quisieron retirarse á la vista del alcalde, pero éste las agarró con sus manazas.

—¿Qué escándalo es este, ...ajo?—repitió.

—Señor alcalde, nos han dado dos piezas falsas...—dijo una de ellas.

—No estáis vosotras malas piezas... ¡A la cárcel!

—¡Pero señor alcalde!

—¡A la cárcel, ajo, á la cárcel!—rugió D. Roque.—Y vosotras lo mismo. Todo el mundo abajo. ¿Dónde está ese maricón de Patina?

¡Santo cielo, qué alboroto se armó allí en un momento!

Las niñas de la ventana no tuvieron más remedio que bajar, y Patina lo mismo, todos en camisa, porque D. Roque no admitió término dilatorio. No se oían más que gemidos y lamentos, y por encima de ellos la voz horripilante del alcalde, repitiendo sin cesar:

—¡A la cárcel ...ajo! ¡A la cárcel ...ajo!

Las infelices pedían por Dios y por la Virgen que las dejasen vestirse; pero el alcalde, con la faz arrebatada por la cólera y los ojos inyectados, cada vez gritaba con más fuerza, aturdiéndose con su propia voz:

—¡A la cárcel ...ajo! ¡A la cárcel ...ajo!

Y no hubo otro remedio. El sereno, que se había acercado al escuchar los primeros ajos, las condujo en aquella disposición á la cárcel municipal, en compañía de su digno jefe, mientras los vecinos, entre risueños y compasivos, contemplaban la escena por detrás de los cristales de sus ventanas.

La autoridad de D. Roque, cerró por sí misma la puerta del palomar, y puso la llave «acto continuo», bajo la custodia de Marcones. Después continuaron su marcha peligrosa.

No habían caminado mucho espacio, cuando en una de las calles más estrechas y lóbregas, acertaron á ver el bulto de una persona que se

acercaba cautelosamente á la puerta de una casa y trataba de abrirla.

—¡Alto!—murmuró D. Roque al oído de su subordinado.—Ya hemos tropezado con uno de los ladrones.

El alguacil no entendió más que la última palabra: fué bastante para que se le cayese el fusil de las manos.

—No tiembles, Marcones, que por ahora no es más que uno—dijo el alcalde cogiéndole por el brazo.

Si el venerable Marcones tuviese en aquel momento cabales su facultades de observación, hubiese advertido acaso en la mano de la autoridad cierta tendencia muy determinada al movimiento convulsivo.

El ladrón, al sentir los pasos de la patrulla, volvió la cabeza con sobresalto y permaneció inmóvil con la ganzúa en la mano. D. Roque y Marcones también se estuvieron quietos. La luna, filtrándose con trabajo por una nube, comenzó á alumbrar aquella fatídica escena.

—Phs, phs, amigo—dijo el Alcalde al cabo de un rato, sin avanzar un paso.

Oir el ladrón este amical llamamiento de la autoridad y emprender la fuga, fué todo uno.

—¡A él Marcones! ¡Fuego!—gritó D. Roque dándose á correr con denuedo en pos del criminal.

Marcones quiso obedecer la orden de su jefe, pero no le fué posible; el martillo cayó sobre el pistón sin hacer estallar el fulminante. Entonces, con decisión marcial, arrojó el arma que no le servía de nada, sacó el sable de la vaina de cuero, é hizo esfuerzos supremos por alcanzar al alcalde, que con valor temerario se le había adelantado lo menos veinte pasos en la persecución del ladrón.

Éste había desaparecido por la esquina de una calle.

Pero al llegar á ella la columna pudo verle tratando de ganar la otra.

¡Púm!

D. Roque disparó su revólver gritando al mismo tiempo:

—¡Dáte, ladrón!

Tornó á desaparecer: tornaron á verle al llegar á la calle de la Misericordia.

¡Púm! Otro tiro de D. Roque.

—¡Dáte, ladrón!

Pero el foragido, sin duda como recurso supremo, y para evitar que algún sereno le detuviese, comenzó á gritar también:

—¡Ladrones, ladrones!

Se oyó el silbido agudo y prolongado del pito de un sereno, después otro, después otro...

La calle de San Florencio estaba bien iluminada, y pudo verse claramente al criminal des-

lizarse con rapidez asombrosa buscando en vano la sombra de las casas.

¡Púm, púm!

—¡Date, ladrón!

—¡Ladrones!—contestó el bandido sin dejar de correr.

Dos serenos se habían agregado á la columna, y corrían blandiendo los chuzos al lado del alcalde.

El criminal quería á todo trance ganar la Rua Nueva con objeto tal vez de introducirse en el muelle y esconderse en algún barco ó arrojarse al agua. Mas antes de llegar á ella tropezó y dió con su cuerpo en el suelo. Gracias á este accidente la patrulla le ganó considerable distancia; anduvo cerca de alcanzarle; pero antes que esto sucediese, el foragido, alzándose con extremada presteza, huyó más ligero que el viento. Don Roque disparó los dos últimos tiros de su revólver, gritando siempre:

—¡Date, ladrón!

Desapareció por la esquina de la Rua Nueva. Al desembocar en ella el alcalde y su fuerza cerca de la plaza de la Marina, no vieron rastro de criminal por ninguna parte. Siguieron vacilantes hasta llegar á dicha plaza, y allí se detuvieron sin saber qué partido tomar.

—Al muelle, al muelle; allí debe de estar—dijo un sereno.

Y ya se disponían todos á emprender la marcha, cuando se abrió con estrépito el balcón de una de las casas, apareció un hombre en calzoncillos, y se oyeron estas palabras, que resonaron profundamente en el silencio de la noche:

—¡El ladrón acaba de entrar en el café de la Marina!

El que las pronunciaba era D. Feliciano Gómez.

La patrulla, al escucharlas, se precipitó hacia la puerta del café, y entró por ella tumultuosamente. El salón estaba desierto. Allá en el fondo, al lado del mostrador, se veía á tres ó cuatro mozos con su mandil blanco, rodeando á un hombre que estaba tirado más que sentado sobre una silla. El alcalde, el alguacil, los serenos cayeron sobre él, poniéndole al pecho los chuzos, el estoque y el sable. Y á un tiempo gritaron todos:

—¡Date, ladrón!

El criminal levantó hacia ellos su faz despavorida, más pálida que la cera.

—¡Ay, re..., si es D. Jaime, así me salve Dios!—exclamó un sereno bajando el chuzo.

Todos los demás hicieron lo mismo, mudos de sorpresa. Porque, en efecto, el foragido que habían perseguido á tiros, no era otro que Marín sorprendido *infraganti*, en el momento de abrir la puerta de su casa.

Hubo que llevarle á ella en hombros, y sangrarle. Al día siguiente, D. Roque se presentó á pedirle perdón, y lo obtuvo. Doña Brígida, su inflexible esposa, no quiso concedérselo, sin haberle soltado antes una buena rociada de adjetivos resquemantes, entre otros el de borracho. D. Roque sufrió con resignación el desacato, y no hizo nada de más.

CAP. VI

Que trata del equipo de Cecilia

En la morada de los Belinchón habían comenzado los preparativos de boda. Primero, con mucha reserva, Doña Paula hizo venir á Nieves la bordadora, y celebró con ella una larga conferencia á puertas cerradas. Después se pidieron muestras á Madrid; pocos días más tarde, aquella señora, acompañada de Cecilia y Pablito, hizo un viaje á la capital de la provincia, en el familiar de la casa. La fisgona de Doña Petra, hermana de D. Feliciano Gómez, que pasaba por la Rua Nueva al tiempo de apearse Doña Paula y sus hijos, pudo observar que el criado sacaba del coche una porción de paquetes redondos y largos, que se le antojaron

piezas de tela. Bastó para que todo Sarrió supiese que en casa de D. Rosendo se trabajaba ya en el equipo de la hija mayor. Doña Paula, con tal motivo, tuvo una sofocación; echó la culpa á Nieves; ésta protestó de que no había salido palabra alguna de sus labios; insistió Doña Paula; lloró la bordadora; en fin, un disgusto.

Pues que todo se había descubierto, nada de tapujos, y pelillos á la mar. Constituyóse en la sala de atrás, la que daba á la calle de Caborana, un taller ú oficina de ropa blanca, bajo la alta dirección de Doña Paula, y la inmediata de Nieves, compuesta de cuatro oficialas, las dos doncellas de la casa, cuando los quehaceres domésticos se lo permitían, Venturita y la misma Cecilia. Era una juventud bulliciosa, á la cual, el trabajo activo no impedía charlar, reir y cantar todo el día. La alegría les rebosaba del alma á aquellas muchachas, y se desbordaba en risas inmotivadas, que á veces duraban larguísimo rato. Que á una se le caían las tijeras: risa. Que otra pedía la madeja del hilo teniéndola colgada al cuello: risa. Que se presentaba la cocinera con la cara tiznada, pidiendo á la señora dinero para la lechera: gran algazara en el costurero.

No solamente eran jóvenes y alegres las que cosían el equipo de Cecilia; pero además guapas, comenzando por su directora. Nieves era una

rubia alta y esbelta, de cutis blanco y transparente, ojos azules claros, nariz y boca perfectas; tenía veintidós años de edad, y un carácter que era una bendición del cielo. Imposible estar melancólico á su lado. No que fuera decidora ó chistosa; nada de eso; la pobrecilla tenía poco más ingenio que un pez; pero su alegría inagotable chispeaba en sus ojos de tan gentil manera, sonaba en la garganta con notas tan puras, tan frescas y argentinas, que como un contagio adorable se esparcía en torno suyo. Era la única riqueza que poseía. Con el trabajo de sus manos mantenía á una madre paralítica y á un hermano vicioso y perezoso, que la maltrataba inicuamente cuando no podía darle lo que necesitaba para emborracharse. Sus padecimientos, que para otra serían insoportables, la turbaban sólo momentáneamente; por encima de ellos rezumaba muy pronto la linfa de aquel divino y gozoso manantial que guardaba en su corazón. Gozaba también de una salud perfecta; los únicos dolores que sentía eran en el costado izquierdo, después de reirse mucho.

Valentina, bordadora también, y también rubia, no era tan hermosa; sus ojos más pequeños, su cutis menos delicado, la nariz un poco remangada, más baja de estatura. En cambio sus cabellos dorados eran rizosos y le caían con mucha gracia por la frente; sus manos y sus piés eran

más delicados y breves que los de Nieves; y, sobre todo, tenía á menudo, casi constantemente, un ceño, cierto fruncimiento del entrecejo que no era de enfado y prestaba á su fisonomía un matiz picaresco extremadamente simpático. Encarnación era costurera; moza robusta, colorada, mofletuda, de fisonomía vulgar; entre los artesanos de Sarrió pasaba por la mejor moza de las cuatro; para el catador inteligente y refinado valía muy poco. Teresa, costurera también, era por su rostro una verdadera mora, y de las más oscuritas; el cabello negro como el azabache, los ojos rasgados y tan negros como el pelo, la nariz y la boca correctas; pasaba por fea en la villa á causa de su color; en realidad era un hermoso tipo oriental. De las dos doncellas de la casa, la una, Generosa, nada tenía que llamase la atención; la otra, Elvira, era una palidita, de ojos grandes y entornados, muy graciosa.

Las artesanas de Sarrió no han entrado jamás por la ridícula imitación de las damas, tan extendida hoy, por desgracia, entre las de otros pueblos de España. Creían y creen estas insignes sarrienses, y yo me acuesto del todo á su opinión, que el traje y las modas adoptadas por las señoritas no avaloran poco ni mucho sus naturales gracias; antes las menoscaban. Y esto es lógico: en primer lugar no están acostumbradas á vestirse con tal sujeción ó aprieto como los figu-

rines exigen de sus subordinadas; después, en las villas no hay quien corte con elegancia; por último, el género tiene que ser de peor calidad, más pobre y más feo. En cambio, ¿quién sobre el globo terráqueo, y aun sobre los otros globos que navegan por el espacio, compite con ellas en ponerse el rico mantón de burate floreado, anudándolo á la cintura por detrás? ¿Quién deja caer con más gracia, ni siquiera con tanta, los rizos del pelo por la frente en estudiado desgaire? ¿Quién se mueve con más garbo dentro de la giraldilla ni da con más elegancia un *rempujón* al señorito que se desmanda, diciendo al mismo tiempo entre risueña y enojada?—«¿Cristiano, V. es tonto, ó se hace? ¡Mire que se va á pinchar!» ¿Quién es capaz de cantar con más sentimiento y menos oído á la vuelta de una romería aquello de

Aben-Hamet al partir de Granada
el corazón traspasado sintió?

No hay que dudarlo: las artesanas de Sarrió, cuyos arraigados principios estéticos son la admiración de propios y extraños, hoy sobre todo en que van desapareciendo los caracteres, hacen bien en mantener su independencia y en levantar la cabeza delante de las señoritas encopetadas de la villa. Porque (digámoslo bajo para que éstas no se enteren), la verdad es que son mucho

más hermosas. Esto, sin ofender á nadie en particular; líbreme Dios. No hay viajero peninsular que al recordarle á Sarrió no afirme lo mismo con más ó menos energía, según la índole de su temperamento; no hay inglesote de aquellos que atracan por unos días á la punta del Peón que al hablar allá en Cardiff ó Bristol á sus amigos de este *spanish town*, no comienze por levantar mucho las cejas, abrir la boca en forma de círculo perfecto extendiendo hacia afuera los labios, y echándose hacia atrás en la silla no exclame: —«*¡Oh, oh, oh! ¡Sarrió ¡the yeungs girls very, very, very beautifulls!*

Y cuando los ingleses lo dicen, ¡qué no diremos los españoles, y en particular aquellos que hemos vivido tanto tiempo bajo su influencia bienhechora!

Las cuatro oficialas, y Nieves también, aunque ésta picaba más alto, pertenecían, pues, á esta famosísima casta de mujeres por cuya conservación y prosperidad hago votos al cielo todos los días y aconsejo á todo buen católico que los haga. En los días de trabajo vestían de percal, mantoncito de lana atado atrás y pañuelo de seda al cuello, dejando al descubierto, por supuesto, la cabeza. Nieves, por excepción, traía al diario mantón de burate negro con fleco.

Acaban de ponerse al trabajo después de comer. El sol penetra por los dos balcones de la

sala al través de los visillos: para que no les moleste, las costureras se agrupan en uno de los rincones. Teresa, la más filarmónica de ellas, entona con voz suave y tímida un canto romántico de cadencias tristes y prolongadas, á propósito para ser acompañado en terceras; y en efecto, Nieves no tardó en *hacerle el duo*, como allí se decía; las demás la siguen cantando, unas en primera y otras en segunda voz. De todo lo cual resulta una armonía asaz melancólica, de sabor romántico muy marcado. El romanticismo podrá huir de las costumbres y ser arrojado de la novela y el teatro; mas siempre hallará un nido tibio y delicioso donde guarecerse en el corazón de las jóvenes artesanas de Sarrió. Aquella armonía dura hasta que Pablito se encarga de desbaratarla lanzando repentinamente en medio de ella su vozarrón de carnero. Las costureras suspenden el canto y levantan asustadas la cabeza: después se echan á reir.

—¡Madre, qué susto me ha dado!

—¡Yo pensé que era una vaca!

—Pues yo creí que era un poilino que rebuznaba... y sigo creyéndolo—dijo Venturita.

El bello Pablito, recostado en su butaca allá en otro rincón, se reía con fuertes carcajadas de su gracia. Indudablemente presentaba felices disposiciones para el humorismo, como ya tendremos ocasión de ver más adelante.

Desde que había comenzado á coserse el equipo de su hermana, Pablito manifestaba cierto gusto por la vida sedentaria que hasta entonces jamás se había observado en él. ¿Quién le había visto en los días de la vida detenerse un minuto en casa después de comer? ¿Quién pudiera imaginar que se pasaba la mañana sentado en aquella butaca dando parola á las costureras? Nada más cierto, sin embargo. Hacía ya cerca de un mes que no salía á caballo ni en coche, y no pasaba en la cuadra más de una hora todos los días.

Piscis se hallaba consternado. Venía diariamente á buscarlo, pero en vano.

—Mira, Piscis, hoy tengo que limpiar los estribos de plata; no puedo salir.—Mira, Piscis, tengo que ir á cobrar una letra por encargo de papá.—Mira, Piscis, la Linda está con torozón, y no se la puede montar.

—Ya está buena—gruñía Piscis.

—¿Vienes de la cuadra?

—Sí.

—Bien... pues de todos modos hoy no puedo salir... Tengo una rozadura aquí... salva sea la parte...

Algunos días Piscis entraba en la sala de costura, y sin decir nada aguardaba sentado un rato, no muy largo casi nunca, porque abrigaba vehementes sospechas de que las costureras se reían de él, y esto le tenía sobresaltado y en bra-

sas. Cuando le parecía llegado el momento oportuno, ó porque observase síntomas de cansancio en Pablo ó por cualquier otra circunstancia que no está á nuestro alcance, se levantaba del asiento y hacía una seña con la mano á su amigo silbando al mismo tiempo. Y esto porque se entendían mucho mejor con silbidos que con palabras. Ambos sentían aversión por el sonido articulado, sobre todo Piscis, y escatimaban su empleo. Mas á Pablito lo mismo le daban ya pitos que flautas.

—Hombre, Piscis... ¡tengo una pereza!..... ¿Quieres hacerme el favor de ir á la cuadra y decirle á Pepe que le dé otra untura de aceite al Romero?

—Yo se la daré—contestaba con semblante fosco Piscis.

—Bueno, Piscis, muchas gracias... Adiós... No dejes de venir mañana ¿eh?... Puede que salga á caballo.

Decía esto con gran dulzura y amabilidad, para desagraviarle. Piscis masticaba unas «buenas tardes» sin volverse hacia los circunstantes, y salía con los ojos torcidos, más feo y endemoniado que nunca. Al día siguiente lo mismo. A pesar de la veneración que Pablito le inspiraba, Piscis llegó á presumir que le gustaba una de las costureras. ¿Cuál? Su perspicacia no llegaba á resolverlo.

Comenzaron de nuevo su cántico las jóvenes, pero al llegar á aquello de

Sólo tú, mujer divina,
rezarás una plegaria
en mi tumba solitaria, etc.

Pablito soltó otro berrido estrindente y atronador. Vuelta á la risa. Venturita se puso seria.

—Mira, Pablo, si has de seguir haciendo payasadas, más vale que te vayas con Piscis.

A su vez Pablito se pone fosco.

—Me iré cuando se me antoje. ¡Siempre has de ser tú la que todo lo eche á perder!

Quería decir con esto el joven Belinchón, que sólo su hermana Ventura se empeñaba en desconocer el ingenio con que el cielo le había dotado. Y así era la verdad. Todas las demás reían alborozadas, como si en vez de un berrido acabasen de escuchar un pasaje de Rabelais. Doña Paula, que sentía por su hijo primogénito admiración idolátrica, y al mismo tiempo guardaba cierto rencor á su hija por sus contestaciones, aunque se hallase grandemente pagada de su hermosura, vino en ayuda de aquél.

—Tiene razón Pablo. ¡Siempre has de aguar todas las fiestas!... ¡Jesús qué criatura!... Lo que es el hombre que te lleve, algún pecado gordo tiene que purgar.

En aquel momento apareció en la puerta de la estancia Gonzalo, quien se dobló como un arco para dar la mano á su futura suegra, á Ventura

y á Cecilia. Ésta se puso seria: sin volver hacia ellas la cabeza, advertía que todas las costureras la miraban con el rabillo del ojo; veía con el pensamiento el esbozo de sonrisa que se formaba en sus rostros.

Todos los días pasaba igual. Antes de llegar Gonzalo, las costureras se complacían en dirigir, siempre que venía á cuento, alguna pulla á la novia.

—Cecilia, ¿cuál de estas camisas te vas á poner el día de la boda?

Hay que advertir que algunas de ellas la tuteaban por haberse conocido de niñas. Es muy frecuente en los pueblos.

—Señorita, en estas sábanas tan finas se va V. á resbalar.

—No será ella sola la que resbale. ¿Verdad Cecilia?

—¡Anda, picarona, que buen mozo te llevas!

—No lo llevará tan guapo Venturita.

—¡Quién sabe!—replicaba ésta.

Cecilia escuchaba estos dichos con la sonrisa en los labios y ruborizada. Desde que habían comenzado los preparativos de boda, sus mejillas, antes tan pálidas, estaban casi siempre arreboladas. Esta animación y el brillo que la felicidad prestaba á sus ojos, si no bonita, la hacían interesante y simpática. No hay muchacha que en vísperas de casarse deje de serlo más ó menos.

Cecilia era de condición reservada y silenciosa, sin dar por eso en taciturna. Ordinariamente no hablaba más que cuando le dirigían la palabra; pero sus contestaciones eran suaves, claras, precisas. No era la nota distintiva de su carácter la timidez, que suele prestar soberano hechizo á las jóvenes; mas en sustitución de esta cualidad, poseía nuestra heroína una serenidad dulce, cierta firmeza simpática en todas sus palabras y ademanes que revelaban la perfecta limpidez de su espíritu. Esta serenidad pasaba para algunas personas poco observadoras, si no por orgullo, que bien claro estaba que Cecilia no lo tenía, por frialdad de corazón. Creían, aun los más allegados á la casa, que era incapaz de concebir una pasión viva y tierna. Acostumbrados á verla impasible cumpliendo los deberes domésticos con la regularidad de un reloj, les era forzoso un esfuerzo grande de penetración, que no todos pueden llevar á cabo, para adivinar la verdadera fisonomía moral de la primogénita de los Belinchón. La mayor parte de estos seres viven y mueren desconocidos, porque no poseen una de esas cualidades brillantes que seducen y atraen al que se acerca; la inocencia misma, aunque parezca raro, pertenece á ese número, y no es la que menos relieve presta al carácter de una mujer. Muy contados son los que saben apreciar la hermosura que encierran esas almas cristalinas;

la mirada se sumerge en ellas sin hallar nada que despierte la atención. Pero lo mismo pasa con ciertos venenos; igual con ciertos filtros que dan la vida. Porque nuestros ojos torpes y limitados no vean los elementos de salud ó de muerte que hay en suspensión en ellos, ¿hemos de afirmar que no existen?

Difícil era averiguar las emociones tristes ó placenteras que cruzaban por el alma de Cecilia, aunque no imposible. No sabemos si ponía empeño en ocultarlas ó era forzada á ello por su misma naturaleza; lo cierto es que en la casa, hasta sus mismos padres, las desconocían casi siempre. Se trataba, verbigracia, de salir un día á visitas, ó de comprarse un vestido. Doña Paula preguntaba á su hija con solicitud:

—¿Qué te parece, Cecilia?

—Me parece bien—contestaba ésta.

—Te parece bien ¿de veras?—decía la madre mirándola fijamente á los ojos.

—Sí, mamá, me parece bien.

Doña Paula siempre quedaba en duda si en realidad le placía ó le disgustaba el vestido, ó lo que fuese.

Lloraba poquísimas veces, y aun esas, se ocultaba de tal modo para hacerlo, que nadie lo sabía. El mayor disgusto que hubiera tenido, sólo se denunciaba por una ligera arruguita en la frente; la mayor alegría por un poco más de intensidad en

la sonrisa delicada, esparcida constantemente por su rostro. Cuando Gonzalo le escribió desde el extranjero, así que leyó la carta se presentó á su madre y se la entregó.

—¿Te gusta el muchacho?—le preguntó ésta después de leerla con más emoción que había manifestado su hija al entregársela.

—¿Te gusta á tí?

—A mí sí.

—Pues si te gusta á tí y á papá, á mí también me gusta—replicó la joven.

¿Quién pudiera imaginar después de estas frías palabras que Cecila estaba tiempo hacía profundamente enamorada? Sin embargo, como el amor es el sentimiento humano más difícil de disimular, y después del consentimiento de sus padres no había razón alguna para ocultarlo, lo dejó ver con bastante claridad. En los temperamentos como el de nuestra heroína, cualquier señal, por leve que sea, tiene una importancia decisiva. La felicidad que henchía su corazón, brotaba, pues, á su rostro á la vista de todos los que la conocían íntimamente. Pocos seres habrán gozado más en la tierra que Cecilia en aquella temporada. Todo aquel lienzo extendido por la estancia, aquellos patrones de papel, los dibujos, los bastidores, los carretes de hilo, le hablaban un lenguaje misterioso y tierno; las tijeras al cortar *chis chis*, las agujas al coser *cruj*, *cruj*, ¡le decían

tantas cosas graciosas de lo futuro! Unas veces le decían: «—¿Quién te verá, Cecilia, ir á misa los domingos del brazo de tu marido? Él te llevará el devocionario, te dejará ir al altar de Nuestra Señora de los Dolores y se colocará detrás entre los hombres; luego te esperará á la salida, te ofrecerá el agua bendita y volverá á cogerte del brazo.» Otras veces le decían: «—Por la mañana temprano te levantarás muy despacito para que *él* no se despierte, limpiarás su ropa, pondrás los botones á su camisa, y cuando llegue la hora tú misma le servirás el chocolate.» Otras exclamaban de pronto: «—¡Y cuando tengas un niño!» Entonces la novia sentía un vuelco gratísimo en el corazón, sus manos temblaban y echaba una rápida mirada á las costureras temiendo que hubiesen advertido su emoción.

Cuando las diferentes piezas de ropa estaban terminadas y planchadas, Cecilia las iba poniendo cuidadosamente en una cesta, y cuando estaba llena la subía sobre la cabeza á uno de los cuartos de arriba, donde con todo esmero y arte colocaba las camisas, las chambras, cofias y peinadores sobre unos mostradores hechos al intento, las cubría delicadamente con un lienzo, y luego se salía cerrando la puerta y guardando la llave en el bolsillo.

Después que hubo saludado, Gonzalo fué á sentarse cerca de Pablito, y pasándole la mano fa-

miliarmente por encima del hombro, le dijo al oído:

—¿Cuál es la que más te gusta?

Y al inclinarse hacia su futuro cuñado, clavaba una mirada intensa en Venturita, que correspondió á ella con otra muy singular. Después ambos las convirtieron á Cecilia. Ésta no había levantado la cabeza del bastidor.

—Nieves—contestó Pablo sin vacilar, y en el mismo tono de falsete.

—Lo sabía, y te aplaudo el gusto—dijo riendo Gonzalo.—¡Qué cutis de raso!... ¡Qué dentadura!

—¡Y qué andares! Pasi-corta ¿sabes?

Ambos miraban á la bordadora. Ésta levantó la cabeza, y comprendiendo que se trataba de ella, les hizo una mueca con la lengua.

—Vamos, no vale hablarse al oído—dijo Doña Paula con la susceptibilidad vidriosa que caracteriza á las mujeres del pueblo.

—Déjelos V., señora—replicó Nieves;—están hablando de mí: no hay que quitarles el gusto.

—Cierto; Pablo me hacía notar el color rojo de ciertos labios, la transparencia de cierto cutis, un pelo dorado á fuego...

—Valentina, entonces hablaban de tí—dijo Nieves ruborizada tocando en el muslo á su compañera.

—¡Qué gracia! No te apures, mujer. ¡Si ya

sabemos que eres la más guapa!—dijo la otra visiblemente picada.

—¡Paz, paz, señoras!—exclamó Gonzalo.—Verdad que Pablo comenzó hablándome de las perfecciones de Nieves; pero también es cierto que pensaba continuar con las de todas las demás, si no se le hubiese interrumpido... ¿No es eso, Pablo?

—Desde luego: contaba seguir con Valentina...

Ésta levantó la cabeza y le miró con aquel gracioso ceño burlón que daba carácter á su rostro.

—Ten cuidado, Nieves, que estos señoritos se pierden de vista.

Pablo, sin hacer caso de la interrupción, prosiguió:

—Después con Teresa y Encarnación, Elvira y Generosa; hablaría también de Venturita (para ponerla, por supuesto, por los piés de los caballos), de Cecilia no, porque está comprometida, y algo diría también de mi señora Doña Paula, que, sin ofender á nadie, es la más hermosa de todas.

—¡Qué pillastre!—exclamó ésta admirada del donaire de su hijo.

Pablo se había levantado de la butaca, y abrazó á su madre con efusión.

—¡Quita, quita, adulador!—dijo ella riendo.

—Ve aflojando el bolsillo, mamá—dijo Venturita.

—¡Lo ves! La pata de gallo de siempre—exclamó iracundo el joven, volviendo la cabeza hacia su hermana, mientras ésta se reía maliciosamente sin levantar la suya del bastidor.

—Mucho has trabajado—dijo Gonzalo en voz baja, sentándose al lado de su novia.

—Así, así—contestó Cecilia fijando en él sus ojos grandes, llenos de luz.

—Mucho, sí; ayer no tenías bordado ese clavel... digo, me parece que es clavel...

—Es jazmín.

—Ni esas dos hojas más.

—¡Bah! Eso no es nada.

—¿Y qué es lo que estás bordando?

Cecilia siguió moviendo la aguja sin contestar.

—¿Qué es lo que bordas?—preguntó Gonzalo en voz más alta, pensando que no le había oído.

—Una sábana... ¡calla!—contestó la joven levantando un poco los ojos hacia las costureras y volviendo á abatirlos rápidamente.

Al mismo tiempo, los de Gonzalo y Venturita se tropezaron por encima de la cabeza de Cecilia, y de ellos brotó una chispa.

—Ya ven VV. que hay para todas—decía Pablito mirando al mismo tiempo fijamente á Nieves, como diciendo: «No hagas caso, esto lo digo por cumplir.»

—¿Qué es lo que hay para todas, D. Pablo?—preguntó Valentina con tonillo irónico.

—Flores, criatura.

—Écheselas al Santísimo.

—Y á las niñas guapas como tú.

—Si no soy guapa, paso por delante de las guapas y no les hago la venia, ¿sabe?

—¡Demonio! No hay que acercarse á esta Valentina, se levanta de atrás—exclamó el apuesto mancebo.

El símil, aunque nada culto, y acaso por eso, hizo reir á las costureras.

—A Valentina no le gustan los señoritos—dijo Encarnación.

—Hace bien; de los señoritos no se saca más que parola, tiempo perdido y á veces la desgracia para toda la vida—dijo sentenciosamente Doña Paula sin acordarse de que ella había sacado la felicidad.—Tocante á eso, Sarrió está perdido. Apenas hay muchacha que se deje acompañar de uno de su igual. El mozo ha de traer por lo menos corbata y hongo, y ha de fumar con boquilla... aunque no tenga plato en que comer. Ninguna se oculta ya para ir al oscurecer acompañada de algún señorito, y á la vuelta de las romerías da grima verlas venir colgadas del brazo de ellos cantando al alta la lleva... ¡Pobrecillas! No sabéis lo que os espera... Porque el hijo de don Rudesindo se casó con la de Pepe la Esguila y el piloto de la *Trinidad* con la de Mechacan, se os figura que todo el monte es orégano. Al freir será

el reir... Mirad, mirad á Benita la del Sr. Matías el sacristán. ¿Qué guapa está con la barriga á la boca, verdad?

—Benita está escriturada—dijo Encarnación.

—Escriturada, ¿eh? ¡Ya veréis de qué le vale la escritura!

—Señora, el mozo no puede dejarla; si la deja, va á presidio por toda la vida.

—Calla, calla, bobalicona; ¿quién os ha metido esas bolas por la cabeza?

—Eso se sabe... vamos. Benita está consultada.

—Mire, señora—dijo Teresa, la morena sentimental,—la verdad es que nosotras corremos peligro; tiene V. razón... ¿Pero qué quiere que hagamos? Los artesanos de esta villa ¡están tan echados á perder! El que más y el que menos pasa el domingo y el lunes en la taberna, y algún día también por la semana. ¿Cuántos son los que traen el jornal pa casa y lo entregan á la mujer, dígame por su vida? Si es marinero, se le ve una vez cada año, trae cuatro cuartos, y ala, otra vez para allá. Los cuartos se concluyen, y la infeliz mujer se ve arrastrada, trabajando pa dar un pedazo de pan á los hijos... Y luego, ¿qué saben ellos de dar estimación ni un poco de gracia á la mujer? Si salen con ella un domingo por la tarde, se van parando en todos los chigres del camino, dejándola, si se tercia, á la pobritina

á la puerta, ó llamándola pa que oiga alguna borricada, que la pone más colorada que una amapola... ¡Calle, calle, señora, si hay cada mostrenco que, como Dios me ha de juzgar, no vale el pan que come!... El otro día encontré á Tomasina... ya sabe, la del tío Rufo, que no hace tan siquiera un año que se casó con un oficial de Próspero... Pues iba en aquel mismo instante á por dos reales en casa de su padre pa comprar un pan, porque en todo aquel día no había pasado bocao. Su marido se bebe casi todo el jornal, y á mitad de semana ¡claro! tiene la infeliz que apretarse la barriga... ¡Válgate Dios! Y las más de las noches, el gran cerdo, viene borracho perdío pa casa, y le da cada sopimpa que la deja por muerta. ¡Cuántas veces se va la pobrina á la cama sin cenar y harta de palos!... Luego quieren que una, viendo estas cosas... ¡vaya, más vale callar! Lo que yo digo, ¡caramba! pa que la lleve á una el diablo, que la lleve en coche.

—Mira, tú—saltó Valentina levantando el rostro con su ceño habitual algo más pronunciado, —no te pongas tan rescamplada; dí que te gustan los señoritos, bueno... yo no me meto en eso; pero no vengas quitando el crédito á los rapaces de tu igual... Se emborrachan, los que se emborrachan... Más de un señorito y más de dos he visto yo venir como cabras para su casa... Y pegan á sus mujeres, también los que pegan... Si

ellas no tuvieran la lengua larga, no las llevarían la mitad de las veces... Oyes, tú; y D. Ramón el maestro de música cuando llegaba á casa por la noche ¿daba bizcochos á su mujer? Tú lo debes de saber... bien cerca vivías...

—Mujer, yo no hablo por todos—repuso Teresa amainando por el temor de que su díscola compañera le sacase á relucir el acompañamiento nocturno de Donato Rojo, el médico de la Sanidad,—sólo digo que los hay muy burros...

—Bueno, pues déjalos en paz y no te acuerdes de ellos, que ellos tampoco se acuerdan de tí. Cada una es cada una, y la que más y la que menos sabe por dónde corre el agua del molino.

—Oyes, Valentina—dijo Elvira sonriendo maliciosamente,—cuando te cases ¿piensas llevarlas de Cosme?

—Si las merezco las llevaré... Más quiero llevar dos bofetadas de mi Cosme que el desprecio de un señorito ¡alza!

—Así me gusta; ¡aprended, aprended chiquillas!—dijo Pablito.

Gonzalo, después de un rato de conversación en voz baja con su novia, se levantó, dió tres ó cuatro vueltas por la sala, y vino á sentarse al lado de Venturita, con la cual solía tener jarana; gustaban ambos de embromarse y retozar después que había nacido la confianza. La niña estaba dibujando unas letras para bordar.

—No vengas á hacer burla, Gonzalo: ya sabemos que dibujo mal—dijo clavándole una mirada provocativa, relampagueante, que obligó al joven á bajar la suya.

—No es cierto eso; no dibujas mal—contestó él en voz baja y levemente temblorosa, acercando el rostro al papel que Venturita tenía sobre el regazo.

—Pura galantería. Convendrás en que podía estar mejor.

—Mejor... mejor... todo puede estar mejor en el mundo. Está bastante bien.

—Te vas haciendo muy adulador. Yo no quiero que te rías de mí, ¿lo oyes?

—¡Oh! yo no me río de nadie... pero mucho menos de tí...—repuso él sin levantar los ojos del papel, con voz cada vez más baja y visiblemente conmovido.

Venturita tenía siempre los ojos fijos en él con una expresión maliciosa, donde se leía claramente el triunfo del orgullo satisfecho.

—Vamos, dibújalas tú, señor ingeniero—dijo alargándole con gracioso despotismo el papel y el lápiz.

El joven los tomó y osó levantar la vista hacia la niña; pero la bajó en seguida como si temiera electrizarse. Plantó el libro, que ella tenía en el regazo, sobre sus rodillas, aplicó encima un papel blanco, y se puso á dibujar. Mas en vez de

las letras, comenzó á trazar con soltura la cabeza de una mujer; primero el pelo partido en dos trenzas, después la frente estrecha y bonita, luego una nariz delicada, una boca pequeña, la barba admirablemente recortada unida á la garganta por una curva suave y elegante... Se parecía prodigiosamente á Venturita. Ésta, apoyada sobre el hombro de su futuro hermano, seguía los movimientos del lápiz: poco á poco se iba esparciendo por su rostro una sonrisa vanidosa. Después de trazar la cabeza, Gonzalo siguió con el busto; le puso el peinador ó *matinée* que la niña vestía, y se entretuvo buen rato á dibujar minuciosamente los lazos de seda con que se sujetaba por delante. Cuando el retrato estuvo terminado, Venturita le dijo con acento picaresco:

—Ahora, pon debajo quién es.

El joven levantó la cabeza y sus miradas chocaron sonrientes. Luego, con viveza y decisión, escribió debajo de la figura: *Lo que más quiero en el mundo.*

Venturita tomó el papel entre las manos y lo contempló unos instantes con deleite; después, haciendo una mueca de fingido desdén, se lo alargó otra vez diciendo:

—Toma, toma, embustero.

Pero antes de llegar á manos de Gonzalo, Cecilia extendió la suya y se lo arrebató riendo.

—¿Qué papelitos son esos?

Venturita, como si la hubieran pinchado, brincó en el asiento y sujetó fuertemente la muñeca de su hermana.

—¡Trae, trae, Cecilia! ¡deja eso!—exclamó con el rostro echando fuego, contraído por forzada sonrisa.

—No; quiero verlo.

—Ya lo verás después; ¡suelta!

—Quiero verlo ahora.

—Vamos, niña, dejáselo ver. ¿Qué te importa? —dijo Doña Paula.

—No quiero que me lo quite nadie por fuerza—gritó poniéndose seria.—Después, comprendiendo la imprudencia de esto, tornó á ponerse risueña.

—Vamos, Cecilia, suelta; no seas mala.

—¡Vaya un empeño! ¡Suelta tú, que me lastimas!

—¿Quién eres tú para quitarme el papel de la mano?—profirió con rabia poniéndose esta vez seria de verdad.—¡Suelta, suelta, fea, narices de cotorra, tonta!... ¡suelta, ó te araño!—añadió con los ojos centelleantes y la faz descompuesta por la cólera.

Al verla de aquel modo, la risa que agitaba el pecho de Cecilia paralizóse súbito, y abriendo sus grandes ojos donde se pintaba la sorpresa, exclamó:

—¡Jesús! Pareces loca, niña. Toma, toma, no vaya á darte algo.

Y soltó el papelito que arrugaba en el puño. Venturita, la faz alterada aún, lo hizo mil trozos.

—¡En los días de mi vida he visto una criatura más loca!—exclamó Doña Paula santiguándose.—¡Ave María! ¡Ave María! ¿De quién has sacado ese genio tan condenado, chiquilla?

—Sería de tí—respondió Venturita afoscada, sin mirar á nadie.

—¡Desvergonzada!.... ¡Si no fuera mirando á que hay gente delante!... ¿Cómo contestas de ese modo á tu madre, pícara? ¿No sabes los mandamientos de la ley de Dios? Mañana mismo te llevo á confesar con D. Aquilino.

—Bueno, dale memorias á D. Aquilino.

—¡Espera, espera, grandísima pícara!—gritó la señora haciendo ademán de levantarse para castigar á su hija.

Pero en aquel instante aparecía en la puerta la figura de D. Rosendo con bata multicolor y gorro de terciopelo con borla de seda.

—¿Qué pasa?—preguntó sorprendido viendo la actitud airada de su esposa.

Ésta le puso al corriente, sofocada por los sollozos, de la falta de respeto de su hija.

D. Rosendo se creyó en el caso de arrugar el entrecejo, y decir con tono solemne:

—Eso está mal hecho, Ventura. Ve á pedir perdón á tu mamá.

Se le conocía que estaba distraído, absorto por algún pensamiento, y que aquel suceso doméstico no conseguía más que á medias arrancarle de su preocupación.

Sin embargo, al ver á la chica inmóvil, con actitud altiva y desdeñosa, dijo de nuevo con más firmeza:

—Vamos, hija, ve á pedirla perdón, ya que la has ofendido.

La niña hizo su peculiar mohín de desprecio con los labios, y murmuró muy bajito:

—¡Sí, en eso estoy pensando!

—Vaya, Ventura, ¿qué murmuras ahí? Anda, antes que me enfade.

—Anda, anda, Venturita. Ve allá. No seas así—le dijeron por lo bajo las costureras.

—No me da la gana. ¿Queréis dejarme en paz? —les respondió ella en voz baja también, mas con acento iracundo.

—¿No quieres ir?—preguntó D. Rosendo con afectada severidad.—¿No quieres ir?

La niña permaneció inmóvil y silenciosa.

—¡Pues sal de aquí ahora mismo! ¡Quítate de mi vista!

Venturita se levantó de la silla, pasó por el medio del concurso erguida y enfurrunñada, y salió de la sala dando un gran portazo.

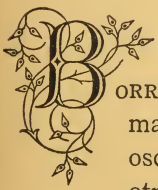
D. Rosendo, después de permanecer un momento inmóvil con los ojos puestos en la puerta

por donde su hija había salido, volvióse diciendo:

—Siento mucho estar tan fuerte con mis hijas... pero algunas veces no hay más remedio.

CAP. VII

Que trata de dos traidores



Borróse súbito de su noble faz pseudo-marítima la temerosa expresión que la oscurecía, y apareció de nuevo aquella otra distraída, signo de constantes meditaciones.

—Gonzalo, si no te molesta, te rogaría que pasases conmigo al despacho—manifestó dirigiéndose á su futuro yerno.

Éste, que durante la anterior escena había empalidecido y vuelto á su ser varias veces, tornó á desconcertarse; pues nada menos se le ocurrió que D. Rosendo se había percatado de la instabilidad de sus sentimientos amorosos, y le iba á pedir de ello estrecha cuenta. Fuese, pues, detrás de

él cabizbajo y receloso, y penetró en el escritorio, que era una estancia espaciosa, amueblada con lujo de comerciante rico; gran mesa de caoba maciza, armarios de caoba también, donde había más legajos de papeles que libros, alfombra de terciopelo, divanes forrados de brocatel, y escribanía de plata enorme como un monumento. Cerca de la cuarta parte de esta cámara ocupábalo un montón de paquetitos envueltos en papel de varios colores, que para cualquiera que por primera vez entrase en ella, sería un misterio. No lo era para Gonzalo ni para ninguno de los íntimos de la casa. Aquellos paquetes guardaban palillos de dientes.

¿Cómo?—preguntará el lector.—¿D. Rosendo Belinchón, un negociante de tanto fuste, comerciaba también en palillos de dientes? No, D. Rosendo no comerciaba con ellos, los fabricaba. Y esto no con el fin de especular, cosa indigna de su categoría, sino por pura y desinteresada inclinación de su espíritu. Desde muy joven se le había manifestado; mas las asiduas ocupaciones del comercio y las vicisitudes por que había pasado su existencia, no le habían consentido satisfacer esta pasión sino de una manera precaria en los ratos materialmente perdidos. Pero desde que pudo dejar el escritorio confiado á algunos fieles dependientes, entregóse de lleno con alma y vida á tan útil y honesta distracción. Por la mañana en la

tienda de Graells, por la tarde en el Saloncillo, por la noche en su casa ó en la de D. Pedro Miranda, siempre trabajando. Su criado ocupaba una gran parte del día en cortarle unos tacos de avellano seco perfectamente iguales, de donde su mano diestra había de sacar la gala de los palillos.

Y como no se daba punto de reposo, ni aun en los días festivos, la producción era tan excesiva que no había bastantes consumidores en la villa, y se veía necesitado á remitir paquetes de ellos á los amigos de la capital, cuando el montón del despacho llegaba al techo. Gracias á los esfuerzos nobilísimos de este claro representante de su comercio, podemos decir con orgullo que Sarrió, en tal ramo interesante del progreso, se hallaba á la altura de las grandes capitales; ninguna otra villa española ó extranjera podría sufrir con ella competencia; en casa del rico, como en la del menestral, jamás faltaba un bien abastecido palillero, testimonio indiscutible de la refinada cultura de sus habitantes.

Señaló D. Rosendo un diván á su hijo en ciernes, y éste, asustado, dejóse caer en él hundiéndole profundamente. Acercó después el comerciante una silla con ademán misterioso, y sentándose frente al joven y mirándole entre risueño y avergonzado, dijo, dándole al propio tiempo una palmadita en el muslo:

—Vamos á ver, Gonzalito: ¿qué te parece de la cuestión del matadero?

—¿El matadero?—preguntó aquél abriendo unos ojos como puños.

—Sí, el nuevo matadero; ¿crees que debe emplazarse en la Escombrera, ó en la playa de las Meanas detrás de las casas de D. Rudesindo?

—Gonzalo vió el cielo abierto, y, sonriendo de placer, respondió:

—Yo creo que en la playa de las Meanas estaría bien... muy abierto aquello... muy ventilado...

Pero notando que la frente de su suegro se fruncía, y en sus ojos se apagaba repentinamente la sonrisa, añadió balbuciendo:

—Tampoco me parece que estaría mal en la Escombrera...

—Mucho mejor, Gonzalo... ¡Infinitamente mejor!

—Puede, puede.

—Hombre, tan puede ser, que reservadamente te diré, que el emplazarlo en la playa lo juzgo (hazme el favor de guardar reserva sobre esta opinión), lo juzgo... una verdara insensatez... u-na ver-da-de-ra in-sen-sa-tez—repitió señalando mejor todas las sílabas.

—Y esta opinión mía—añadió—no vayas á figurarte que es de ayer mañana, sino de toda la vida. Desde que fuí capaz de entender ciertas co-

sas, comprendí que el matadero no debía estar donde hoy está; en una palabra, que debía trasladarse. ¿Dónde? Una voz interior me decía siempre que á la Escombrera. Antes de poder dar ninguna razón científica, estaba tan convencido como ahora de que allí debía emplazarse, y no en otra parte. Hoy que la resolución del problema se aproxima, me creo obligado á sostener esta opinión, á comunicar al pueblo mi pensamiento y el resultado de mis meditaciones. Si no tienes que hacer voy á leerte la carta que dirijo con este motivo al *Progreso de Lancia*.

Y en efecto, sin aguardar la contestación de Gonzalo, se dirigió á la mesa, tomó unos pliegos de papel que había sobre ella, se puso las gafas, y acercándose al balcón dió comienzo, no sin cierta emoción que se le traslucía en la voz, á la lectura de la carta.

Estaba escrita en papel comercial, grande y rayado. Todas las que desde hacía años dirigía al *Progreso de Lancia* y á otros periódicos de la capital de la provincia, iban escritas en el mismo papel por las dos caras. Aún no sabía que para la imprenta debía escribirse por una solamente; pero muy pronto adquirió este precioso conocimiento, como hemos de ver.

Casi al mismo tiempo que la de los palillos de dientes había nacido en D. Rosendo Belinchón la afición á escribir comunicados á los periódicos:

es decir, que databa de una remota antigüedad. Ardiente partidario de los progresos humanos, de las reformas en todos los órdenes, de la discusión y de la luz, claro está que la prensa había de infundirle respeto y entusiasmo. Los periódicos habían sido siempre un elemento indispensable de su existencia. Estaba suscripto á muchos nacionales y extranjeros, porque, como educado para el comercio, conocía bastante bien el francés y el inglés, y nunca le había faltado, ni aun en los días más ocupados, un par de horas que dedicar á su lectura. Estas horas se aumentaron considerablemente desde hacía algunos años, no sin que se resintiese por ello el bacalao. El goce que nuestro héroe experimentaba por las mañanas después de tomar chocolate tragándose los artículos de fondo del *Pabellón Nacional*, los sueltos de *La Política* y las *Nouvelles á la main* del *Fígaro* era tan vivo, que le quedaba impreso largo tiempo en el rostro, hasta que por la irradiación se iba perdiendo en la atmósfera.

Como todos los hombres de miras amplias y elevadas, no era exclusivista en sus gustos periodísticos. Amaba el periódico por el periódico, por ser una muestra gentil del progreso de la razón humana, ó como él decía mejor, «una manifestación levantada de la conciencia pública.» Las opiniones que cada cual defendía, eran cosa secundaria. Estaba suscripto á periódicos de todos

colores, y los gozaba por igual. Si alguna predilección mostraba, era únicamente por los artículos y sueltos *intencionados*; porque eso de decir una cosa aparentando expresar la contraria y retorcer las frases de modo que una cláusula inocente en la apariencia llevase dentro «una saeta envenenada» llenaba de admiración á D. Rosendo y le volvía loco de alegría. ¡Cuántas veces al leer en *La España* algún párrafo por el estilo:—«Ayer apareció por fin la circular del Sr. Presidente del Supremo á sus subordinados. Felicitamos al general O'donell, presidente de esta situación liberal, y al Sr. Negrete, que en algún rato lúcido ha dado cima á obra tan colosal, y á los demócratas protectores de este Gobierno,»—tiene exclamado agitando el periódico en las manos:—¡Qué intención! ¡Caracoles! ¡¡Qué intención!!

Este afán, mejor dicho, esta pasión por la prensa, no era plátonico como ya hemos advertido. Allá en sus mocedades había dirigido dos cartas á un periódico semanal que se publicaba en Lancia, titulado *El Otoño,* con motivo de las fiestas anuales que en Sarrió se celebran en el mes de Septiembre. Estas cartas leyéronse con fruición en la villa, y le valieron no pocos plácemes, lo cual le animó para escribir otras tres al año siguiente, dando cuenta al público del número asombroso de cohetes que se dispararon en Sarrió los días 13, 14 y 15, la lindísima iluminación del

día 16, y el suntuoso baile celebrado en el Liceo la noche del 17. Después de haber gustado las dulzuras de la publicidad, D. Rosendo no podía menos de paladearlas de vez en cuando. El menor pretexto le bastaba para dirigir, bien una carta, ora un comunicado á los periódicos. Unas veces firmaba con su nombre, otras con cualquier gracioso pseudónimo ó anagrama. Celebraban los mareantes una fiesta en honor de San Telmo: D. Rosendo escribía inmediatamente su carta al *Progreso de Lancia* ó á *La Abeja*, describiendo la verbena, los fuegos artificiales, la misa, la procesión, etc. Se daba un banquete en el nuevo edificio de las escuelas para inagurarlo: á los tres ó cuatro días se recibía el periódico de Lancia con la consabida carta publicando los brindis y los sonetos improvisados. Se caía un albañil de un andamio; comunicado de D. Rosendo pidiendo más garantías para los albañiles que se ponen en los andamios. Cantaba misa el hijo de don Aquilino; carta de D. Rosendo describiendo la conmovedora ceremonia, y elogiando la voz clara y sonora y la serenidad del joven presbítero. Si las mareas eran altas y fuertes y arrancaban algunas piedras de la punta del Peón; carta. Si los buques de Bilbao se negaban á recibir á bordo los prácticos de Sarrió; comunicado. Si se perdía la cosecha del maíz por la sequía; carta. Si los vientos reinantes eran del Noroeste; carta. En

fin, no acaecía suceso en el suelo ó en la atmósfera de la villa digno de mención, que no la recibiese de la diestra y bien tallada pluma de nuestro comerciante. ¡Cuánto trabajo se evitarán los futuros historiadores de Sarrió con estos valiosísimos materiales acumulados por uno de sus más claros hijos!

Según iba avanzando en años D. Rosendo Belinchón, daba á sus cartas un carácter menos romántico, por no decir frívolo (sería tan inexacto como irrespetuoso tal calificativo aplicado á los escritos de aquel estimable caballero). Es decir, que los temas de ellas no eran tan á menudo los jolgorios y recreos de los habitantes de la villa, como cualquier cosa que tendiera directa ó indirectamente á fomentar los intereses morales y materiales de ella. Los mercados, las escuelas, el salvamento de náufragos, la erección de un templo ó de una cárcel, etc., etc., eran los asuntos en que para gloria suya y bien del pueblo que le vió nacer, se ejercitaba con más frecuencia.

Uno de ellos, de «vital interés para Sarrió,» como él afirmaba muy bien, era el matadero. Hasta entonces jamás había abordado esta cuestión, porque sabía que su parecer iba á discrepar algo del de una gran parte del vecindario. Mas había llegado, á su entender, la hora de «emitirlo sin ambajes ni rodeos.» El comunicado que leyó era el primero que acerca de este asunto di-

rigía al *Progreso de Lancia*. Comenzaba así:

«Sr. Director de *El Progreso de Lancia*.

Muy señor mío: La preferencia con que se miran las ciencias físico-naturales, y en particular la ciencia de la Higiene, como que de ella depende la salud, tanto de los pueblos como de los individuos, en vista de su gran utilidad práctica, ha ido poco á poco desterrando la timidez de los que, influídos por una educación casi errónea y deficiente, condenaban el estudio de estos grandes problemas arrastrados por antiguas y torpes preocupaciones que felizmente se van disipando al soplo poderoso del siglo XIX, llamado con razón el siglo de las luces.»

Los párrafos de D. Rosendo eran siempre nutridos como el anterior. Seguía:

«Hoy que la civilización, rotas las cortapisas que detenían las conciencias y supeditaban el espíritu, nos abre vasto campo á todos por medio de la prensa para expresar nuestro libre pensamiento y emitirlo á la faz del mundo, confiado en la amistad con que V. me ha distinguido siempre, y en la benevolencia con que el público ha acogido hasta ahora los humildes partos de mi pluma, etc., etc.»

Después de otros tres ó cuatro párrafos á modo de preámbulo (que el director de *El Progreso* acostumbraba á recortar) entraba D. Rosendo en la cuestión, estudiando el matadero ó macero

público, como él lo nombraba, por todas sus fases, para venir á condenar, en términos que no daban lugar á dudas, su emplazamiento en la playa de las Meanas. Las razones que tenía para oponerse á él, eran «obvias.» Por una parte, los vientos del sudoeste, reinantes la mayor parte del año, que arrastraban consigo fétidos miasmas, etc., etc. Por otra parte, la dificultad de hallar terreno firme para la cimentación, lo cual originaría un gasto excesivo, etc., etc. Por otra, la necesidad de penetrar en la población con las reses, etc., etc. Por otra, la proximidad de las casas, etc. Por otra, el perjuicio que á los bañistas se les irrogaba, etc., etc. En fin, eran más de veinte las razones que D. Rosendo «apuntaba de un modo ligero y sucinto,» proponiéndose darles «más amplitud y desarrollo» en otras cartas sucesivas con que pensaba «molestar la atención de los lectores de su ilustrado periódico.»

Cuando terminó la lectura, Gonzalo las juzgó incontrovertibles, y D. Rosendo (con las gafas en la punta de la nariz) declaró que no tenían vuelta de hoja. Habiendo llegado á un acuerdo tan perfecto, se separaron llenos de alegría, como es natural. D. Rosendo se quedó en el despacho poniendo en limpio su carta, y Gonzalo se fué de nuevo á la sala de costura. No obstante, antes que franquease la puerta, llamóle su futuro suegro para decirle:

—De esto, ni una palabra á nadie, ¿eh?

—¡D. Rosendo, por Dios!—respondió el joven alzando la mano en señal de protesta.

El comerciante se sintió acometido por un vivo sentimiento de expansión.

—Pronto sabrás—dijo acercándose—otra cosa que te ha de sorprender alegremente. Es una idea que se me ha ocurrido hace dos meses y que espero realizar, Dios mediante, muy pronto. ¡Oh, es una idea feliz! La faz de Sarrió cambiará radicalmente, ¿sabes?

El ademán misterioso, el tono grave y conmovido de la voz, la esperanza del triunfo que fulguraba en sus ojos al decir esto, ya sorprendió más que medianamente á Gonzalo. No se atrevió, sin embargo, á pedir explicaciones. Su futuro suegro le dejó marchar dirigiéndole una mirada risueña y abstraída.

La tertulia de la sala continuaba amenizada por la conversación de Pablito, que la salpicaba á cada instante con donaires, no de concepto, sino de acción, como convenía á su naturaleza plástica. Venturita no había vuelto aún. Sentóse de nuevo el sobrino de D. Melchor al lado de su novia, y comenzó á hablarla mostrando timidez y embarazo; porque no estaba acostumbrado á disimular sus sentimientos y la traición le pesaba en el alma. A veces Cecilia levantaba la cabeza para contestarle, y su mirada clara, serena, ino-

cente, le encendía las mejillas. Para librarse de aquel malestar, creyó lo mejor expresarle, en términos más vivos que otras veces, su amor y rendimiento. Como todos los seres flacos de espíritu en los casos de apuro, acudía al recurso peor, con tal que le dejase respirar por el momento. Cecilia recibió aquellos homenajes con sosiego, sin manifestar el gozo que las mujeres suelen sentir al oirse requebrar de quien aman.

—Vienes muy adulador hoy, Gonzalo. No me gustan los mimos—le dijo al fin sonriendo.

—Es que tengo gusto en expresarte lo que siento—respondió él sofocado.

—Pues es un gusto que no comprendo—replicó ella con dulzura.—Yo cuanto más quiero á una persona, menos ganas tengo de decírselo.

—Eso consiste en que no quieres de veras.

—¡Oh!—exclamó ella con entonación tan verdadera y expresiva, que nuestro joven se inmutó.

—Sí, sí, consiste en que eres fría por naturaleza. El calor del sentimiento, como el calor físico, no puede ocultarse largo tiempo: llega siempre un momento en que sale á la superficie como la lava de los volcanes... Y el amor es de todos los sentimientos el que mejor sabe romper las trabas de la lengua; sólo se goza realmente de él cuando se le dice al sér amado en todos los tonos y de todas las maneras posibles que se le ama... Lo que acabas de decir me parece un absurdo. Al

mismo tiempo que nace en nuestra alma un sentimiento de simpatía hacia cualquier persona, nace el deseo de expresársela; y este deseo satisfecho, es el mayor de los placeres...

—¡Sí será! ¡sí será!—respondió ella con acento de profunda convicción.—Aunque no le he experimentado, lo adivino muy bien... lo adivino por lo que padezco... Mira, Gonzalo—añadió con voz temblorosa,—por Dios te pido que no midas nunca mi cariño por mis palabras... Yo no sé... yo no puedo decir nunca lo que pasa dentro de mí... Siento como un nudo en la garganta que no deja salir más que tonterías, cosas insignificantes, cuando yo quisiera que saliesen palabras cariñosas... ¡Oh, es un tormento!... Soy lo mismo que un perro sin rabo.

Gonzalo se echó á reir, y ella, que había hablado con más viveza que de costumbre, se puso colorada y bajó la cabeza.

—Pero á tí nadie te ha cortado la lengua.

—Para este caso haz cuenta que me la han cortado.

—Bien, entonces me lo dirás por escrito—dijo él riendo; y al mismo tiempo levantó vivamente la cabeza hacia la puerta que se había abierto.

Era Piscis. Después de masticar las buenas tardes se fué á sentar en el rincón de costumbre, perseguido por las miradas burlonas de las costureras, á quienes por ésta y otras razones, tenía

declarado odio eterno. Después de pagarles aquella risueña acogida con otra mirada oblicua y feroz, guardó silencio por algunos minutos; pero como tenía henchida el alma de graves y profundos secretos y Pablito no se despegaba de Nieves aunque le echasen agua caliente, después de haberle silbado para llamarle la atención, se aventuró á descargar el fardo en público, á riesgo de que sus confidencias no fueran bien entendidas y apreciadas por el elemento femenino de la tertulia.

—¿Qué hay, Piscis?—preguntó Pablito al oir el silbido.

—¿A que no sabes por dónde da las coces ahora el Romero?

En efecto, las costureras levantaron la cabeza sorprendidas, y Valentina le dijo á Teresa pugnando por no reir:

—Chica, ¿qué dice *ese?*

—¿Que por dónde tira las coces un caballo?

—Será por el c...

Aunque hablaba en voz baja Piscis, lo oyó perfectamente, y, sin atender á Pablo que había tomado muy en serio la pregunta, y quería saber la especialidad del Romero, exclamó, dirigiéndose á Valentina:

—¿Quieres callarte... zapalastrona?

Estas palabras enérgicas fueron recibidas con una explosión de alegría por las costureras.

—No te enfades, Piscis, déjalas... ¿Has sacado á paseo el Romero?... Me alegro.

—Lo enganché al *charaván* con la Linda—respondió el centáuro, haciendo una mueca horrible de disgusto dirigida á la simpática Valentina.—¡Si vieras, mal rayo, qué modo de alzarse! Yo ¡zis, zis! con la fusta, y él ¡pan, pan! sobre el tablero del pescante. Me volví á la cuadra, y le puse al tablero por debajo unos clavillos. Salí otra vez... En cuanto se pinchó se estuvo quieto. Pero ¿qué hizo el gran pillo?... ¿Ves entre el tirante y la rueda?... Por allí comenzó á dar las coces. ¡Mal rayo! Por poco me deshace un farol...

—Pues es necesario quitarle esa zuna—manifestó Pablito hondamente afectado, levantándose del asiento, y dejando á Nieves para acercarse á Piscis.

—Déjame discurrir esta noche—respondió el centáuro poniéndose muy sombrío.—Ya veremos si mañana hallamos algún medio.

Los dos amigos bajaron la voz, y se enfrascaron en una conversación viva y reservada.

Gonzalo estaba inquieto. No hacía más que echar miradas á la puerta, esperando á cada instante ver entrar á Venturita. Transcurría, no obstante, el tiempo, y, nada, la niña no parecía. La distracción aumentaba de tal modo, que Cecilia tuvo que repetirle tres veces la misma pregunta:

—¿Qué tienes? Parece que estás con el pensamiento en otra parte.

—En efecto—dijo él un poco colorado;—me acuerdo de que hoy tengo que escribir á Londres para un negocio urgente... Además, ya son cerca de las seis...

Despidióse de ella, después de Doña Paula y la tertulia, y se fué.

Una vez en los pasillos, acortó el paso, y comenzó á mirar á todos lados, sin lograr ver lo que deseaba. Triste y cabizbajo descendió lentamente por las escaleras, y se disponía á levantar el pestillo de la puerta, cuando creyó advertir que el cordel con que la abrían desde arriba se agitaba. Quedóse un momento inmóvil. Tornó á llevar la mano al pestillo, y otra vez percibió la sacudida. Entonces volvió sobre sus pasos, y asomó la cabeza á la caja de la escalera. Allá arriba, una cabecita hermosa le sonreía.

—¿Eres tú?—preguntó con voz de falsete, rebosando de gozo el semblante.

—Sí, soy yo—contestó Venturita en el mismo tono.

—¿Quieres que suba?

—No—respondió la niña de un modo que significaba:—¡Eso no se pregunta, hombre!

Gonzalo subió la escalera sobre la punta de los piés.

—Aquí no debemos estar, nos pueden ver; ven

conmigo—dijo Venturita tomándole de la mano y conduciéndole al través de los pasillos hasta el comedor.

Gonzalo se sentó en una silla sin soltar la mano.

—Creí que no te volvía á ver hoy. ¡Qué geniecillo tienes, chica!—le dijo sonriendo.

El semblante de Venturita se oscureció.

—Si no me lo irritasen á cada instante, no lo tendría.

—Pero hazte cargo que es tu mamá la que te ha reprendido—repuso él sin dejar de sonreir.

—¿Y qué?—exclamó ella con violencia.—¿Porque es mi madre me ha de mortificar á todas horas y en todos los momentos?... ¡Si cree que yo lo voy á sufrir, está bien equivocada! ¡Anda, que la sufra ese mastuerzo, que para eso la saca los cuartos!... Aquí ya no hay mimos más que para él... Mira, Gonzalo, si quieres que seamos amigos, no me toques más esa tecla...

Y al decir esto con rabiosa entonación, pintada la ira en los ojos, dió una fuerte sacudida á la mano para soltarla. Pero Gonzalo no lo consintió, y besándosela varias veces con pasión, le dijo riendo:

—Chica, chica, no te dispares contra mí, que yo no tengo la culpa de nada... Si á mí me gustas precisamente por ser tan viva y tan rabiosilla. No me hacen gracia las mujeres de pasta-flora.

—Es porque tú lo eres—respondió ella aplacándose de pronto y sonriendo.

—No creas, no soy de tan buena pasta como te figuras... Cuando me enfado, es de veras...

—¡Bah... allá una vez cada año!

—Además... por lo mismo que yo soy así, debieran gustarme las mujeres suaves y tranquilas.

—Estás equivocado; siempre se busca lo contrario. A las rubias les gustan los morenos, á los flacos las gordas, á los altos las chiquitas... ¿No te gusto yo á tí siendo tan alto y yo tan pequeña?

—No sólo es por eso—dijo él riendo y atrayéndola hacia sí.

—¿Por qué más?—preguntó ella clavándole una mirada provocativa.

—No sé. ¿Quieres que te regale el oído?

—¿Por qué más?—insistió sin dejar de mirarle.

—Por lo feísima que eres.

—Gracias—respondió con el rostro iluminado por la vanidad.

—No la hay más fea que tú en Sarrió ni en el mundo entero.

—Algunas más feas habrás visto por esos países donde has andado.

—Te aseguro que no.

—¡Virgen del Amparo! Debo ser un monstruo —exclamó riendo y aceptando la hiperbólica lisonja que iba envuelta en aquellas palabras.

—¡Alguien viene!—dijo Gonzalo quedándose inmóvil y serio.

Venturita avanzó hasta la puerta.

—Es la cocinera que pasa—dijo volviendo en seguida.

—Me parece que estamos mal aquí. Pudiera entrar tu mamá ó cualquiera de las chicas... ó Cecilia (añadió en voz más baja). ¿Y qué disculpa doy?

—Cualquiera; eso es lo de menos... Pero, en fin, si no estás tranquilo, podemos ir á otra parte. Vamos al salón.

—Vamos.

—No, tú quédate aquí un momento, yo iré delante.

Pero deteniéndose á la puerta y volviéndo sobre sus pasos, le dijo:

—Si me dieses palabra de ser formal, te llevaría á mi cuarto.

—Palabra redonda—respondió el jóven alegremente.

—¿Nada de besuqueo?

—Nada.

—Júralo.

—Lo juro.

—Bien, quédate ahí un instante, y después vienes en puntillas, ¿sabes? Hasta ahora.

—Hasta ahora—dijo Gonzalo apoderándose de una de sus manos y besándola.

—¿Lo ves?—exclamó ella fingiendo enojo,—antes de ir, ya comienzas á faltar...

—Yo creí que las manos no entraban en el juramento.

—¡Entra todo!—dijo ella con severidad en la voz y la sonrisa en los ojos.

A los dos minutos el joven la siguió; halló la puerta del cuarto entornada, y entró. La habitación de Venturita, era como su dueño, pequeñita y linda, amueblada con lujo. La cama de palo-santo, con pabellón de brocatel de seda, cubierta por una colcha de damasco azul, un armarito de ébano con incrustaciones de marfil, que servía de escritorio al abrirse, una butaca confidente de raso azul, un tocador con espejo, forrado también de raso al igual que las paredes, un armario de espejo, de palo-santo como la cama, y algunas sillas doradas. La habitación exhalaba un perfume penetrante como el camarín de una odalisca.

—¡Oh! esto está mejor que el cuarto de Cecilia.

—¿Cuándo lo has visto?

—Hace pocos días me lo ha enseñado: las paredes desnudas con unos cuadritos bastante malos; la cama sin cortinas; una cómoda vulgar...

—Pues si no lo tiene como yo, es porque no quiere... verdad que he tenido que andar detrás de papá una temporada para que me lo pusiera

de este modo... Pero mi hermana es así... como Dios la crió... no le da más por nada... Todo le gusta á lo aldeano, ¿sabes?

—En este cuartito hay mucho gusto... y mucha coquetería. De esta cualidad no puedes prescindir en ninguna de tus cosas.

—¿De dónde sacas que yo soy coqueta, tonto? —le preguntó ella volviendo á mirarle de aquel modo provocativo de antes.

—Lo eres, y haces bien en serlo. La coquetería, cuando no es excesiva, da más atractivo á la hermosura, como las especias dan sabor á los alimentos.

—¡Ya salió á relucir el gastrónomo!... Pues mira, aunque la coquetería dé atractivo ó sabor, ó lo que quieras, yo no soy coqueta... Tú menos que nadie tienes derecho á decirlo... Digo... ¡me parece!...

—Es verdad; tienes razón, tienes muchísima razón. Yo no puedo llamarte coqueta... Pero la coquetería de que yo hablaba es de otra clase.

—Hazme el favor de sentarte, porque ya has crecido bastante, según creo... y déjate de sutilezas.

Gonzalo se dejó caer en la butaca que la niña le señalaba, dominado por sus ojos brillantes y maliciosos. Desde que había entrado en aquel cuarto sentía un gozo íntimo, mitad corporal, mitad espiritual que le embargaba á la vez los

sentidos y el alma. El perfume que respiraba se le subía á la cabeza, y la mirada magnética de Venturita había concluído por electrizarle.

—Has hecho mal en traerme á tu cuarto—dijo sonriendo mientras se pasaba el pañuelo por la frente.

—¿Pues?—preguntó ella abriendo y cerrando varias veces los ojos, como esos relámpagos que se advierten á la caída de la tarde en los días muy calurosos del verano.

—Porque me siento mal—respondió él con la misma sonrisa.

—¿Te sientes mal, de veras?—replicó la niña abriendo mucho sus ojos azules sin conseguir que pareciesen inocentes.

—Un poco.

—¿Quieres que avise?

—No; si lo que me hacen daño son tus ojos.

—¡Ah, vamos!—exclamó ella riendo como si cayese entonces en la cuenta.—¡Entonces los cerraré.

—¡Oh, no, no los cierres, por Dios! Si los cerrases, me pondría mucho peor.

—Entonces me iré—dijo levantándose de la silla.

—¡Eso sería matarme, niña mía! ¿Sabes por qué me pongo enfermo? por no poder besar esos ojos que me asesinan.

—¡Jesús!—exclamó Venturita soltando la car-

cajada.—¡Qué fuerte te da! Siento no poder curarte!

—¿Permitirás que me muera?

—Sí.

—¡Gracias! Déjame besar tus cabellos entonces...

—No.

—Tus manos.

—Tampoco.

—Déjame besar cualquier cosa tuya... ¡Mira que me haces mucho daño!

—Besa ese guante—dijo la niña riendo y tirándole uno que había sobre el tocador.

Gonzalo se apoderó de él, y lo besó con frenesí repetidas veces.

Al lector que en su fuero interno haya diputado ya á Gonzalo por hombre desleal y pérfido, ó por lo menos débil, declarándole quizá «un carácter repugnante,» como dicen los críticos cuando los personajes de las novelas no son todo lo heróicos y talentudos que ellos quisieran, pusiérale yo en aquel nido pequeño y perfumado como el cáliz de una magnolia, frente á la niña menor de los señores de Belinchón, vestida con peinador de cintas azules que dejaba ver una buena parte de su garganta amasada con rosas y leche, recibiendo en el rostro los relámpagos azulados de sus ojos, y escuchando una voz grave y pastosa que removía todas las fibras del alma: y

si la niña le tirase un guante diciéndole:—Bésalo,—quisiera ver en qué forma se negaba á besarlo.

—¿Te vas calmando, Gonzalo?—dijo disparándole una sonrisa capaz de volver loco á San Antonio.

—Así así.

—Bueno, pues ahora hablemos en serio... hablemos de nuestra situación...

Gonzalo se puso serio.

—Á pesar de lo que me has dicho hace ya tres días, no he sabido, hasta ahora, que hayas hablado con mamá ó con papá, ni que les hayas escrito... Por el contrario, no sólo dejas el tiempo correr, con lo cual cada vez empeoran las cosas, sino que te veo más atento y cariñoso que nunca con Cecilia...

Gonzalo hizo un gesto negativo.

—¡Si te he visto hace un momento desde el cuarto de Pablo por el agujero de la llave!... Á mí no se me escapa nada... Eso está muy mal hecho si es que no la quieres, y si la quieres está muy mal hecho lo que haces conmigo...

—¿No estás bien segura aún de que tú sola posees mi corazón?—dijo el joven levantando sus ojos apasionados hacia ella.

—No.

—¡Pues sí, sí; mil veces sí!... Pero yo no puedo estar al lado de Cecilia desabrido ó indiferen-

te... Eso es muy feo... Prefiero decírselo claramente y concluir de una vez.

—Pues díselo.

—... No me atrevo.

—Pues no se lo digas, y concluyamos tú y yo... Mejor será—replicó la niña con impaciencia.

—¡No hables, por Dios, así, Ventura! Se me figura que no me quieres. Debes comprender que mi posición es extraña, comprometida, terrible. Estar en vísperas de casarme con una joven excelente, y sin mediar disgusto alguno, sin antecedentes de ningún género que puedan tenerla prevenida, decirle de pronto: «Todo se acabó, ya no me caso contigo porque no te quiero ni nunca te he querido,» es lo más brutal y más odioso que se haya visto jamás... Por otra parte, yo no sé cómo tomarían mi conducta tus papás. Lo más probable es que, indignados justamente por ella, me recriminasen duramente y me prohibiesen la entrada en esta casa...

—Bien, cásate con ella... ¡y en paz!—dijo Venturita poniéndose en pie un poco pálida.

—¡Eso nunca! O me caso contigo, ó con nadie.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No sé—replicó el joven bajando la cabeza con tristeza.

Ambos guardaron silencio unos instantes.

Al cabo Venturita dijo, dándole con la palma de la mano en la cabeza:

—¡Discurre, hombre, discurre!

—Ya lo hago, pero no sale...

—¡No sirves para nada!... Vamos, vete, y déjalo á mi cargo. Yo hablaré á mamá... Pero es necesario que escribas una carta á Cecilia...

—¡Oh, por Dios, Ventura!—exclamó angustiado.

—Entonces, ¿qué quieres, dí?—preguntó la niña encolerizada.—¿Crees que voy á servir de juguete?

—¡Si pudiéramos pasar sin esa carta!—manifestó Gonzalo con humildad.—Tú no puedes figurarte lo violento que es para mí... ¿No bastaría que dejase de venir unos cuantos días á esta casa?

—Sí, sí; vete... ¡y no vuelvas!—respondió, dando un paso hacia la puerta.

Pero el joven la retuvo por una de las trenzas de sus cabellos.

—Vamos, no te enfades, hermosa. Bien sabes que me tienes dominado, fascinado, y que á la postre haré cuanto tú me mandes, incluso arrojarme al mar. No hacía más que expresarte una opinión... Si tú no quieres, nada de lo dicho... Trataba solamente de evitar á Cecilia un disgusto.

—¡Presuntuoso!—exclamó la niña sin volverse.—¿A que te figuras que Cecilia se va á morir de pena?

—Si no se disgusta, mejor que mejor; así me evitaré un remordimiento.

—Cecilia es fría; ni quiere mucho, ni odia mucho tampoco. Es muy buena; no conoce el egoísmo; pero siempre la encontrarás igual, ni alegre ni triste; incapaz de tomarse un disgusto por nada ni por nadie... Al menos, si se los toma, nadie lo conoce... ¿Qué haces?—añadió volviéndose rápidamente.

—Estaba desatando los lazos de las trenzas... Quería ver otra vez tus cabellos sueltos. No hay espectáculo que me cause más placer.

—¡Si es capricho, yo las desataré!... aguarda —dijo la niña, que estaba orgullosa, y con razón, de su pelo.

—¡Oh, qué hermosura! ¡Esto es un prodigio de la naturaleza!—exclamó Gonzalo, introduciendo en él sus dedos.—Déjame, déjame meter la cabeza dentro, déjame bañarme en este río de oro.

Y ocultó, al decir esto, su rostro en la cabellera blonda de la niña.

Mas sucedió que, pocos momentos antes, como sonasen en el reloj las siete de la tarde, las costureras y bordadoras dejaron su obra, y se dispusieron á retirarse. Antes de hacerlo, Valentina fué comisionada por Doña Paula para ir al cuarto de Venturita, y traer de allá unos patrones que debían de estar sobre el armario-escritorio. Llegó, y

empujó la puerta en el instante crítico en que Gonzalo se estaba bañando de aquella original manera. Al sentir el ruido, éste se levantó de un brinco, y quedó más pálido que la cera. Valentina se puso encarnada hasta las orejas, y dijo balbuceando:

—Mamá quiere los patrones... los del otro día... deben de estar sobre el armario.

—No están sobre el armario, sino dentro—respondió Venturita, sin inmutarse poco ni mucho.

Y dirigiéndose á él, y abriendo un tirador, sacó un lío de papeles y se lo entregó.

—Aguarda un poco, Valentina—dijo antes que saliese.—Hazme el favor de atarme el pelo, que yo no puedo por este dedo malo...

Y enseñó uno, por donde manaba sangre. Al ir por los patrones se lo había pinchado.

Valentina, muy turbada todavía, comenzó á atárselo.

—Me tiraba mucho, y, al desatarlo, me pinché con el alfiler que sujeta la cinta de arriba... El pobre Gonzalo no se arreglaba muy bien para atármelo, ¿verdad?—añadió riendo.

—¡Oh, no!—replicó el joven con forzada sonrisa, pasmado de aquella sangre fría.

La disculpa, aunque bien urdida, no coló. Valentina estaba bien segura de lo que había visto.

—¡Crees que se habrá tragado lo del pinchazo?

—preguntó Gonzalo con ansiedad luego que hubo salido.

—Tal vez no; pero no hay cuidado con ella; es la más reservada de todas.

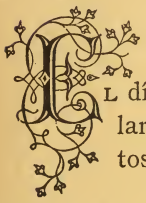
Valentina fué á entregar los patrones á la señora y se despidió hasta el día siguiente. Al cruzar por el pasillo oyó claramente el rumor de un beso; miró hacia el cuarto oscuro que allí había, y creyó percibir los cuadros blancos y negros del vestido de Nieves.

—¡Alza! ¡Esto está que arde!—murmuró con aquel ceño saladísimo que tanto la caracterizaba.

Bajó la escalera y salió á la calle, donde ya la esperaba su Cosme para acompañarla hasta casa.

CAP. VIII

De la reunión que los próceres de Sarrió celebraron en el teatro con asistencia del cuarto estado



L día 9 de Junio de 1860, debe señalarse con caracteres de oro en los fastos de la villa de Sarrió.

Para ese día, socorrido de Álvaro Peña y de su hijo Pablo, D. Rosendo Belinchón había rogado por medio de atento B. L. M., á sus convecinos que concurriesen por la tarde al local del teatro, con objeto de tratar un asunto de «vital (por nada en el mundo se le escaparía á D. Rosendo el vital) interés para la villa de Sarrió y su concejo.» Sólo cuatro ó cinco personas de las más obligadas al comerciante, conocían el noble y patriótico pensamiento que moti-

vaba la convocatoria. Así que, arrastrados de la curiosidad, tanto como de la cortesía, acudieron á las tres en punto todos los convocados y muchos más á quienes nadie había dado vela en aquel entierro. El teatro se llenó de bote en bote: la gente principial se apoderó de las lunetas y los palcos: la plebe subió á la cazuela. En el escenario se había colocado una mesa de escribir vieja y sucia, y á entrambos lados de ella hasta media docena de sillas, no más nuevas ni más limpias, que servían para la decoración de «sala pobremente amueblada.»

El teatro hervía ya de gente y el escenario permanecía aún desierto. Estaban casi en tinieblas; sólo por un tragaluz de vidrios empolvados abierto allá en el fondo de la escena despojada del telón de foro, penetraba escasísima claridad. A fuerza de tiempo, acostumbrados los ojos á la oscuridad, podían distinguirse los unos á los otros; el que entraba, iba despacio por el pasillo de las lunetas para no tropezar, palpando los cráneos de los que las ocupaban, por ver si había alguna vacante.

—Aquí no, D. Rufo.

—¿No hay asiento?—preguntaba sonriendo al vacío como los ciegos.

—No, suba V. arriba, á los palcos.

—Véngase aquí, D. Rufo, véngase aquí—gritaba uno que estaba más adelante.

—¿Eres tú, Cipriano?

Y empujando y tropezando, llegaba el recién venido á colocarse. Alguno más práctico encendía una cerilla, pero al instante salían voces de la cazuela:

—¡Eh! ¡eh! ¡Ojo con los morros, D. Juan! Cuando va por las noches á casa de la Peonza, el diablo que cerilla enciende.

Don Juan se apresuraba á apagarla para librarse de aquellos insultos que hacían prorrumpir en carcajadas al ocioso público.

A medida que el tiempo transcurría, el zumbido de las conversaciones iba creciendo hasta hacerse insoportable. Los salvajes de la cazuela expresaban su impaciencia con patadas, gritos y baladros, cambiando unos con otros, por encima de las butacas, bromas y frases, más que obscenas, asquerosas. Gracias á que no había señoras.

Al fin aparecieron en el escenario cuatro señores, D. Rosendo Belinchón, Álvaro Peña, D. Feliciano Gómez y D. Rudesindo Cepeda, propietario y fabricante de sidra espumosa. Los cuatro se despojaron de los sombreros al pisar el palco escénico. Prodújose repentinamente el silencio. Algunos de los espectadores, los menos, se descubrieron también; la mayor parte, prevalidos de la oscuridad y cediendo al instinto de grosería, muy poderoso en aquella región, permanecieron cubiertos. D. Rosendo y sus compañeros sonrieron

al concurso, avergonzados; para librarse del embarazo y temor que sentían, comenzaron á hablar con los espectadores de las primeras filas, á quienes podían divisar. Álvaro Peña, algo más atrevido, en razón quizá de su carácter militar y de su instrucción anti-religiosa, avanzó hasta la cáscara del apuntador, y dando á sus palabras una entonación excesivamente familiar, sonriendo sin gana como las bailarinas, dijo:

—Señores, tanto mis compañeros como yo deseajíamos ¿eh?, que subiesen á este sitio algunas pejsonas de jespeto ¿eh?, que habrá en el público, á fin de que nos ayuden con su autojidad ¿eh?, y con su ilustración... á fin de que nos ayuden ¿eh?, (no encontraba el final) en la empresa que vamos á emprendej...

El ayudante de marina pronunciaba las erres con la garganta, produciendo un sonido muy semejante á la jota.

Hubo un murmullo en la asamblea de asentimiento y simpatía por la modestia que resaltaba en aquella proposición.

—¿No está poj ahí D. Pedro Mijanda?—preguntó Peña, sereno ya, volviendo á adquirir la resolución militar que le caracterizaba.

—Aquí está... Aquí—dijeron varias voces.

—D. Pedro, si nos hiciese V. el favoj...

D. Pedro se defendía de los que le empujaban hacia el escenario, diciendo por lo bajo:

—Pero señores, ¿yo por qué?... ¿A qué asunto?... Hay otras personas...

No hubo más remedio. Poco á poco lo fueron llevando hasta cerca del escenario, y una vez allí, como no hubiese tabla ni escalera para subir, entre Peña y D. Feliciano Gómez, lo auparon por las manos hasta ponerlo sobre el tablado.

—A vej, D. Rufo, suba V.

D. Rufo (médico titular de la villa), después de haberse defendido un poco, fué subido en vilo también. Y por el mismo sencillo mecanismo pasaron al escenario otros cinco ó seis señores. Cada ascensión era saludada con una salva de aplausos y un murmullo de complacencia por el benévolo concurso. El ayudante vió á Gabino Maza sentado en una butaca cerca de la pared, y le gritó con alegría:

—¡Gabino, no te había visto!... Vamos, hombre, ven acá.

—Estoy bien aquí—respondió con sequedad el bilioso ex-oficial de la Armada.

—¿Quieres que baje por tí?

Maza contestó en voz baja:

—No hace falta.

Los que estaban á su lado hicieron lo que con los demás.

—Vaya, D. Gabino, arriba. No sea V. perezoso. Hombres como V. son los que deben estar allí. ¡No faltaba más que V. no subiese!

Y trataban al mismo tiempo de levantarle. Mas fueron inútiles todas las instancias. Maza se empeñó en permanecer en la luneta con una insistencia orgullosa que acobardó á los que le excitaban á subir. Álvaro Peña bajó entonces por él; pero después de una brega larga tuvo que retirarse desairado.

Ya que estuvo casi lleno el escenario, se trajeron más sillas recabadas de los chiribitiles de los cómicos, y se acomodaron en ellas los más selectos vecinos de Sarrió, los cuales celebraron conciliábulo para resolver quién había de presidir la reunión; por cierto que no acababan de entenderse, y el público daba señales claras de impaciencia. La mayor parte juzgaba que á D. Rosendo correspondía la honra de sentarse detrás de la mesa de pino; pero éste la rehusaba con una modestia que le honraba muchísimo más. Al fin se sentó al observar que el público se iba cansando. Éste aplaudió reciamente.

Nueva y fastidiosa dilación antes de resolverse quién había de dirigir la palabra al concurso. Álvaro Peña, que era hombre despachado y de arranque, se decidió á dar unos pasos hacia la boca del telón, y dijo en voz alta:

—Señojes.

—¡Chis, chis!—¡Silencio!—gritaron algunos.

Y reinó el silencio.

—Señojes: El motivo de celebrajse este *mee-*

ting (sorpresa y extraordinaria complacencia del concurso al escuchar la palabreja exótica) no es otro ¿eh?, que el de unijnos todos para fomentaj los intereses morales y materiales de Sajió. Hace algunos días me indicaba nuestro dignísimo presidente que estos intereses se hallaban abandonados ¿eh?, y que era necesario á todo trance fomentajlos. Señojes, en Sajió hay varios problemas que jesolvej en este momento histórico; el problema del mejcado cubiejto ¿eh?, el problema del cementerio, el problema de la cajetera á Rodillero, el problema del matadero y otros. Yo le dije á mi querido amigo, el dignísimo presidente: El único medio ¿eh?, de jesolvej estos problemas es celebraj un *meeting* donde todos los sajienses puedan emitij libremente su opinión...

—¿Eh?—gritó un socarrón desde la cazuela.

Peña alzó los ojos furibundos hacia allá; y como era hombre á quien se le suponían malas pulgas, y gastaba unos bigotes desmesurados, el socarrón tembló por su pellejo y no volvió á chistar.

—Mi buen amigo, cuyo gran corazón y amoj al progreso conocen todos, me dijo que hacía tiempo que pensaba sobre lo mismo, y que él además ¿eh?, tenía otro proyecto que no tajdará en comunicaj al ilustrado público. En consecuencia de esto hemos convocado á los vecinos de Sajió para una jeunión pública, y aquí estamos... pojque he-

mos venido. *(Este desenfado produce excelente efecto en el auditorio, que ríe con benevolencia.)*

—Señores—siguió el ayudante animado por los rumores,—yo creo que lo que le hace falta á este pueblo es despejtaj del letajgo en que yace ¿eh?, vivij de la vida de la jazón y del progreso ¿eh?, ponejse á la altura de los adelantos del siglo ¿eh?, tenej conciencia de sí y de sus fuejzas. Hasta ahora, Sajió ha sido un pueblo dominado por la teocracia; mucha novena, mucho sejmón, mucho josario, y no pensaj para nada en el fomento de sus intereses, ni en aprendej nada útil. Es necesario salij cuanto más antes de esta situación ¿eh? Es necesario sacudij el yugo teocrático. Un pueblo dominado por los curas, es siempre un pueblo atrasado... y sucio. *(Risas y aplausos, entre las cuales se oye tal cual chicheo.)*

El ayudante hablaba mejor, y adquiría cierto donaire en cuanto se trataba de denigrar al clero.

—Pido la palabra—gritó una voz atiplada desde un palco.

—¿Quién es? ¿Quién es?—se preguntaron unos á otros los espectadores y los altos dignatarios del escenario.

—Es el hijo del Perinolo.—¿Quién?—El hijo del Perinolo.—El hijo del Perinolo.

Esta frase se fué repitiendo en voz baja por todo el ámbito del teatro.

El hijo del Perinolo era un joven pálido, de ojos

negros, que gastaba larga melena. No se advertía más en la media luz que reinaba, lo cual era para él gran fortuna, pues, á ser entera, se verían perfectamente los lamparones de su levita añeja, la grasa de su camisa y las greñas de la melena, dado que los agujeros de las botas y los hilachos del pantalón, en modo alguno podían ser vistos á causa de la barandilla del palco. Pero todo lo sabían de memoria los vecinos de Sarrió, por tropezarle harto á menudo en la calle y los cafés. Digamos que, á pesar de esto, era mozo de gentil disposición y rostro.

Su padre, el señor José María el Perinolo, antiguo y clásico zapatero de la villa, era uno de aquellos viejos artesanos que á mediados del siglo gastaban chaqueta y sombrero de copa alta; carlista fanático, miembro de todas las cofradías religiosas; rezaba el rosario por las tardes al toque de oración en la iglesia de San Andrés, acompañado de unas cuantas mujerucas; salía en las procesiones de Semana Santa con hábito de disciplinante y corona de espinas, y tenía á su cargo y cuidado la capilla del Nazareno en la calle de Atrás. Este santo varón «que nunca había dado nada que decir» (suprema expresión de la honradez en los pueblos pequeños), educó á su hijo Sinforoso y á otros dos más, en el santo temor de Dios y del tirapié. Azotes, penitencias de rodillas, días á pan y agua, estirones de orejas y

bofetadas; la infancia de Sinforoso estaba poblada de estos recuerdos poéticos. Cuando llegó á la pubertad, como mostrase singular destreza para decorar sus lecciones, el Perinolo se persuadió á que no estaba llamado á sustentar la zapatería cuando él fuese muerto, sino á ser firme columna de la Iglesia Romana. Faltábanle medios para mandarle al seminario de Lancia. Vinieron en socorro suyo D. Rosendo y D. Melchor de las Cuevas, D. Rudesindo y el párroco de la villa, que espontáneamente le asignaron tres pesetas diarias mientras no cantase misa. Mas al cursar el segundo año de teología, recibieron estos señores del seminarista una carta elegantemente escrita en que les manifestaba que no se sentía llamado por Dios á la carrera eclesiástica, y que antes de ser un mal sacerdote prefería aprender el oficio de su padre ó embarcarse para América; terminaba suplicándoles con palabras fervorosas que le permitiesen cambiar la Teología por el Derecho, hacia el cual se creía inclinado, y con esto no daría tan gran disgusto á su padre. Accedieron sus bienhechores á la demanda, y Sinforoso se hizo al cabo columna del Estado en vez de la Iglesia, como deseaba el Perinolo. Mientras siguió la carrera de leyes con sobresalientes y premios al principio, notables después y aprobados al fin, emborronó algunos articulejos en los diarios de Lancia, con lo que se creyó en el caso de dejar

crecer los pelos y ponerse quevedos sobre la nariz. Así se presentó el nuevo licenciado en Sarrió con la aureola de gloria además, que rodea á quien ha hecho sus primeras armas, y aun reñido batallas en la prensa periódica. Se había afiliado en el partido liberal más avanzado renegando así de su prosapia. Con esto, su padre estaba fuertemente desabrido, y si le dejó entrar en casa debióse á la intercesión de la madre. No le hablaba ni le daba un céntimo para sus gastos, limitándose á consentir que durmiese bajo su techo y comiese la ración. Al cabo de algunos meses los zapatos se habían despellejado y la ropa daba lástima verla. Pero todo lo suplía muy bien el letrado con el empaque y gravedad de la fisonomía y lo airoso de su porte. Pasaba la mañana leyendo en la cama, y las tardes y las noches en el café discutiendo á gritos sobre lo que había leído por la mañana. Los vecinos no le querían; pero respetaban mucho su ilustración y talento.

—¿Quién ha pedido la palabra?—preguntó don Rosendo.

—Suárez... Sinforoso Suárez—dijo el joven inclinando su busto sobre la barandilla.

—Usted la tiene, Sr. Suárez.

El joven tosió, metió los dedos de entrambas manos por el pelo, dejándolo más ahuecado y revuelto, se puso los lentes que traía colgados de un cordoncillo y dijo:

—Señores:

La entonación firme y sosegada que dió á esta palabra, y la pausa larga que después hizo asegurando los lentes sobre la nariz y paseando una mirada de grande hombre por el concurso, impusieron silencio y respeto.

—Después de la brillante oración que acaba de pronunciarnos mi queridísimo amigo el ilustrado ayudante de este puerto, Sr. Peña *(el ayudante, aunque no ha hablado con Suárez más de tres veces en su vida, se inclina agradecido. Los respetables vecinos de Sarrió aprenden que hay más oraciones que el Padre Nuestro, la Salve y las demás rezadas por la iglesia)*, quedará bien convencida la asamblea del fin generoso y patriótico que ha inspirado á los promovedores de este *meeting*. Nada tan grande, nada tan hermoso, nada tan sublime como ver á un pueblo reunido para deliberar acerca de los más altos y caros intereses de su vida. ¡Ah, señores! al escuchar hace un momento al Sr. Peña, me imaginaba estar en el Ágora de Atenas decidiendo, como ciudadano libre, entre otros ciudadanos libres también como yo, de los destinos de mi patria; me imaginaba oir la palabra vigorosa y ardiente de alguno de aquellos grandes oradores que ilustraron al pueblo heleno... Porque la elocuencia de mi queridísimo amigo el Sr. Peña, tiene mucho de la arrebatada pasión que caracterizaba á Demóste-

nes, el príncipe de los oradores, y bastante también de la fluidez y elegancia que brillaba en los discursos de Pericles *(Pausa: mano á los lentes);* es viva y animada como la de Cleón; es mesurada y prudente como la de Arístides; tiene tonalidades graves y precisas como la de Esquines, y notas agradables al oído como la de Isócrates. ¡Ah, señores! Yo también, como el elocuente orador que me ha precedido en el uso de la palabra, deseaba que el pueblo donde he visto por primera vez la luz del día, despertase á la vida del progreso, á la vida de la libertad y la justicia... ¡Sarrió! ¡Cuánto dulce recuerdo, cuánta inefable alegría despierta en mi alma este solo nombre! Aquí corrieron los años felices de mi infancia... Aquí comenzó á formarse mi espíritu... Aquí hizo el amor palpitar por primera vez mi corazón... En otra parte se ha enriquecido mi razón con el conocimiento de las ciencias, con las grandes ideas que engendra el estudio del Derecho... Aquí se ha nutrido mi alma con las santas y dulces emociones del hogar. En otra parte se ha adiestrado mi inteligencia en la polémica, en la lucha de las ideas... Aquí he cultivado mi sensibilidad con el tierno amor de la familia... Señores, lo diré muy alto, suceda lo que suceda: Sarrió está llamado á grandes destinos. Tiene derecho á ser una de las primeras poblaciones de la costa cantábrica, un emporio de actividad y de

riqueza, tanto por la excelente situación en que la naturaleza lo ha colocado, como por la laboriosidad, la honradez y las grandes dotes de inteligencia de sus habitantes *(¡Bravo! ¡Bravo! Unánimes y estrepitosos aplausos.)*

Roto el hielo que la sorpresa, más que una prevención injusta, había formado, los bravos y los aplausos se sucedieron sin interrupción á cada párrafo. Jamás los laboriosos, honrados é inteligentes habitantes de Sarrió habían oído hablar tan fácil y pulidamente. Aquel discurso fué la revelación de la vida parlamentaria moderna, según decía Álvaro Peña al disolverse la reunión.

Media hora llevaría en el uso de la palabra en medio del creciente entusiasmo del auditorio, cuando á uno de los próceres del escenario se le ocurrió que podía tener seca la boca y sería oportuno servirle un vaso de agua con azucarillo. Comunicada en voz baja la observación al presidente, éste interrumpió al orador, diciéndole:

—Si el Sr. Suárez está fatigado, puede descansar. Voy á dar orden de que le sirvan un vaso de agua.

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de aprobación.

—No estoy fatigado, señor presidente—respondió suavemente el orador.

(Sí, sí, que descanse.—Dejarle descansar.—Que

se le traiga un vaso de agua.—Puede hacerle daño: que le echen unas gotas de anís.)

Los espectadores, acometidos súbito de una ardiente simpatía, se convertían en madres cariñosas para el hijo del Perinolo.

Éste, inflándose más de lo que estaba, sonrió al auditorio, y dijo:

—La fatiga es propia de los soldados bisoños. Los que como yo están acostumbrados á las lides de la tribuna (había hablado varias veces en la Academia de jurisprudencia de Lancia) no se rinden tan fácilmente...

Digamos ahora que Mechacan, zapatero, vecino y competidor hacía muchos años del señor José María el Perinolo, que había visto criarse á Sinforoso y le había alumbrado más de uno y más de dos lampreazos con el tirapié cuando al volver de la escuela le llamaba, para vejarle, por el apodo, le estuvo escuchando desde la cazuela con las manazas apoyadas sobre la barandilla y la cara erizada de púas sobre las manos. En sus ojos, sombreados de una selva enmarañada de pestañas, no se advertía la chispa de entusiasmo que ardía en los de los demás: antes se leía el asombro, la ira y la envidia. Cuando acertó á oir las palabras jactanciosas del hijo de su rival, no pudiendo sufrir tanta farsa, gritó con rabia:

—¡Fuera ese lambión, sollo!

Indescriptible indignación en el auditorio. To-

dos los rostros se vuelven airados á la cazuela. Óyense las voces de:

—¿Quién es ese borrico?—¡A la cárcel!—¡Fuera ese cerdo!

El presidente pregunta con terrible severidad:

—¿Estamos en un pueblo culto ó entre hotentotes?

Esta pregunta así formulada, produce honda impresión en el público.

Suárez, un poco pálido y con voz alterada, dice al fin:

—Si la Asamblea lo desea, estoy dispuesto á sentarme.

(No, no!—¡Que siga! Estrepitosos y prolongados aplausos al orador.)

La indignación contra el grosero interruptor, creció á tal punto con estas humildes palabras, que se oyen gritos amenazadores, y muchos agitan los puños frente al sitio de donde había partido la voz. Álvaro Peña, el orador griego, más indignado que nadie, sube por fin á la cazuela y á pescozones y coces, arroja al desgraciado Mechacan del teatro entre los aplausos del público.

Sosegadas ya las olas, el orador continúa. Hace una larga excursión por el campo de la historia para demostrar que los sarrienses, desde la época de la dominación romana, cuando la España estaba dividida en Citerior y Ulterior y después en Tarraconense, Bética y Lusitania, hasta

nuestros días, habían demostrado en todas ocasiones un ingenio poderoso muy superior al de los habitantes de Nieva. Tales declaraciones fueron acogidas con vivas muestras de aprobación. Introdúcese después repentinamente en los dominios del derecho y, hace gala de conocimientos pocos comunes, sobre todo en Sarrió, en la ciencia de Triboniano y Papiniano. Al llegar á cierto punto, con una modestia que le honra mucho, dice:

—Lo que acabo de exponer, señores, no tiene ningún valor científico. Lo sabe cualquier niño que haya saludado las Pandectas...

D. Jerónimo de la Fuente, maestro de primeras letras de la villa, que había estudiado por los métodos modernos y sabía algo de Frœbel y Pestalozzi, hombre ilustrado, que había escrito un prontuario de los verbos irregulares y tenía un telescopio en el balcón de su casa siempre apuntando al cielo, se levanta de la luneta, y sonriendo con mucha lástima dice:

—Las palmetas hace ya bastantes años que se han suprimido de las escuelas.

—No he dicho palmetas, he dicho Pan-dec-tas —replica Suárez sonriendo con mucha más lástima.

Don Jerónimo enrojece por el paso en falso que acaba de dar.

El orador continúa y termina al fin, deseando,

como el elocuente ayudante de marina, que Sarrió despierte á la vida del progreso, que salga del letargo en que yace, y que de algún modo se manifieste en su recinto la lucha de las ideas, fecunda siempre, y luzca en su horizonte el sol radiante de la civilización.

«.....Si es verdad, como tengo entendido, que merced á la iniciativa patriótica y generosa de un respetabilísimo personaje de esta villa, se prepara el advenimiento á ella del cuarto poder de los estados modernos; si es verdad que Sarrió estará dotado en breve de un periódico que refleje sus legítimas aspiraciones, que sea el palenque donde se ejerciten sus inteligencias, el salvaguarda de sus más caros intereses, el centinela avanzado de su tranquilidad y reposo, el órgano, en fin, por donde se comunique con el mundo espiritual, felicitémonos, señores, ¡felicitémonos de todo corazón! y felicitemos también al ilustre patricio por cuyo esfuerzo va á llegar hasta nosotros un rayo de ese astro luminoso del siglo diez y nueve que se llama la prensa.»

(¡Bravo, bravo! Todas las miradas se vuelven ansiosas hacia la presidencia. La faz de D. Rosendo resplandece llena de majestad y dulzura).

Después del hijo del Perinolo, pidió y obtuvo la palabra D. Jerónimo de la Fuente. El ilustrado profesor de primeras letras, deseaba ardientemente levantarse á los ojos del público después

de la caída de las Pandectas. Comenzó, pues, manifestando que abundaba en las ideas del digno orador (obsérvese que no dijo elocuente ni ilustrado, sino digno, digno nada más) que le había precedido en el uso de la palabra; que él, destinado por su profesión á encender la antorcha de la ciencia en las inteligencias infantiles, no podía menos de ser partidario decidido de los adelantos modernos y, sobre todo, de la prensa. En corroboración de estas palabras, se cree en el caso de manifestar, que tan pronto como la creación de un periódico en Sarrió fuese un hecho, tendría el gusto de exponer á sus convecinos la resolución de un problema que hasta el día de hoy se había creído insoluble, el de la «trisección del ángulo», al cual había dedicado muchos esfuerzos y vigilias, coronadas unas y otros afortunadamente por el mejor éxito. Habló después con gran oportunidad de algunas materias, de Geografía física y Astronomía, explicando clara y brevemente los movimientos de rotación y translación de la tierra, la composición del aire, la formación de las nubes y del rocío, de dónde procede la sal del mar, cómo se forman los manantiales y los ríos, la razón científica de las mareas, y algo también de la causa de los volcanes. Después pasó, como por la mano, á explicar algunos problemas de la mecánica celeste, en particular la ley de la atracción universal, descu-

bierta por Newton, gracias á la cual, los planetas se mueven alrededor del sol en órbitas elípticas. A este propósito explicó con gran brillantez lo que era una elipse. Por último, al hablar de nuestro satélite la luna, hizo observar, que el tiempo de su revolución alrededor de la tierra, iba disminuyendo sensiblemente, lo cual indica que su órbita se va estrechando. Esto, en opinión del orador, daría por resultado más tarde ó más temprano que la luna caería sobre la tierra, y ambas se harían pedazos. D. Jerónimo se sentó, dejando al auditorio sumamente agitado, bajo el peso de esta profecía aterradora.

Avanzó acto continuo hasta las candilejas, D. Rufo, el médico de la villa, hombre flaco, con barba de cazo y gafas de oro, y á las pocas palabras declaró explícitamente que, en su opinión, el pensamiento no es más que una función fisiológica del cerebro, y el alma un atributo de la materia; que el mayor ó menor grado de inteligencia en los animales, dependía del número de circunvoluciones en los lóbulos cerebrales y del peso del cerebro. Este peso lo evaluaba el orador en tres libras ó tres libras y media para el hombre. Había que tener en cuenta además la cantidad de grasa fosforada que contiene. El hombre tiene en su cerebro más grasa que los mamíferos, y éstos más que las aves. Lo que caracteriza el cerebro del feto, durante la gesta-

ción, es que no contiene más que una cortísima cantidad de grasa. En los niños, la cantidad de grasa ha aumentado ya considerablemente en el momento de nacer, y todavía aumenta de una manera rápida con el progreso de la edad. Pero ¿en qué parte del cerebro reside el foco de la actividad intelectual?—se pregunta el orador.—En su concepto, esta actividad tiene su centro en la «sustancia gris, parda ó amarillenta,» y en modo alguno en la «sustancia blanca,» que no es más que la conductora de tal actividad. Habló después de la *dura-mater,* de los *hemisferios,* de los *lóbulos frontal, parietal* y *occipital,* de la *hoz del cerebro* y de la *tienda del cerebelo.* En este punto tuvo una ocurrencia feliz, comparando bellamente las circunvoluciones de la sustancia gris á un montón de intestinos arrojados al acaso. Todas las facultades que llamamos del alma, no son sino funciones de esta sustancia gris, de este montón de intestinos. El cerebro segrega pensamientos, como el hígado segrega bilis y los riñones orina. El orador termina afirmando que, mientras la humanidad no se penetre de estas verdades, no podrá salir del estado de barbarie en que yace.

Como nunca quiso ser menos que el médico, pidió la palabra el profesor de veterinaria Navarro, y después de dedicar algunas frases á congratularse por la celebración de aquel *meeting* (ninguno

de los que hablaron dejó de citar la palabreja) expuso algunas ideas muy razonables acerca de la angina gangrenosa del cerdo y su tratamiento profiláctico. El orador tropezaba, balbuceaba, sudaba para emitir su pensamiento; pero esta deficiencia de expresión, la suplía cumplidamente la novedad y el interés que el tema ofrecía. A la sazón estaban falleciendo de anginas en Sarrió, bastantes de aquellos simpáticos animales.

El público, por más que escuchaba con respeto y simpatía estas noticias acerca de la enfermedad que aquejaba en aquel momento al ganado de cerda, sentía ya impaciencia por oir las declaciones del presidente. Después de la alusión del hijo del Perinolo al asunto del periódico, todos ansiaban saber lo que había de cierto. Mientras Navarro disertaba, salió una voz de la cazuela gritando:

—Que hable D. Rosendo.

Y aunque el público castigó con un enérgico chicheo esta grosera interrupción, era unánime la opinión de que Navarro como orador «no tenia condiciones.»

Por fin el hombre notable de Sarrió, el portaestandarte de todos los progresos, el ilustre patricio D. Rosendo Belinchón, alzó su busto majestuoso por encima de la mesa.

(Silencio ¡chis chis!—Callarse, señores!—Atención!!—¡Por favor, un poco de atención!

Estos fueron los gritos que salieron de la muchedumbre, aunque nadie había osado mover un dedo siquiera. Tal era el afán de escuchar la palabra presidencial.

Como todos los hombres de espíritu realmente elevado y de ingenio penetrante, D. Rosendo escribía mejor que hablaba. Sin embargo, su palabra reposada tenía un sello de grandeza que en vano se buscaría en los oradores que le habían precedido.

Señores (pausa) doy las gracias (pausa) á todas las personas (pausa) que han acudido (pausa) esta tarde (pausa) á la reunión que he tenido el honor de convocar (pausa mucho más larga durante la cual se suena con ruido). Tengo una verdadera satisfacción (pausa) en ver reunidos en este sitio (pausa) á las personas más ilustradas de la villa (pausa) y á todos los que por uno ó por otro concepto valen y significan algo.

(*Bravo*; *muy bien*, *muy bien*).

Después de este exordio tan lisonjeramente acogido, manifestó el orador que lo que urgía en aquel momento era «levantar el nivel intelectual de Sarrió.» Después añadió que su propósito al convocar este *meeting* no había sido otro que levantar este nivel. *(Aplausos prolongados.)* Para llevar á cabo tal empresa se consideraba sin fuerzas y méritos suficientes. *(Sí, sí. Aplausos.)* Pero contaba, creía contar al menos,

con el auxilio poderoso de los muchos hombres de corazón y patriotismo, de inteligencia y de progreso que Sarrió encerraba. *(Muestras de aprobación.)* El medio que creía más eficaz para elevar á Sarrió á la altura que le correspondía, y hacerle rivalizar dignamente con otras villas, y aun ciudades marítimas de menos importancia, era la creación de un órgano que sostuviese sus intereses políticos, morales y materiales...

—Y señores (pausa) aunque todavía (pausa) no se hayan orillado todas las dificultades (pausa), tengo el gusto de manifestar á esta ilustrada Asamblea... *(Atención, chis, chis. ¡Silencio!)* que tal vez en el próximo mes de Agosto... *(¡Bravo, bravo! ruidosos, frenéticos aplausos que interrumpen al orador por algunos momentos.)* Que tal vez en el próximo mes de Agosto *(¡bravo, bravo! ¡silencio!)* la villa de Sarrió contará con un periódico bisemanal. *(Estrepitosos aplausos. Navarro arroja su sombrero de copa á la escena. Algunos otros espectadores siguen el ejemplo. Álvaro Peña y D. Feliciano Gómez se ocupan en recogerlos y volverlos á sus dueños. La fisonomía de D. Rosendo brilla con expresión augusta, y sus labios, al contraerse con una sonrisa feliz, dejan ver las dos filas simétricas de sus dientes, testimonios elocuente de los progresos odontálgicos.)*

—Á pesar de esas manifestaciones de cariño (pausa) que agradezco hasta el fondo del alma

(pausa) el orgullo no me ciega. La escasez de mis fuerzas *(No, no),* mi falta de ilustración *(No, no; aplausos)* hará que el órgano que funde no corresponda seguramente á las esperanzas del público. *(Voces de varios sitios: Sí corresponderá. Tenemos confianza. Aplausos.)* Pero si alguna vez (pausa) la falta de inteligencia (pausa) puede ser suplida por la fe y el entusiasmo, será ciertamente ahora. Mi humilde pluma y mi modesta fortuna pertenecen al pueblo de Sarrió. *(Muestras vehementes de aprobación.)*

El nuevo periódico, según el orador, tenía «una gran misión que cumplir.» Esta misión consistía en plantear las reformas, los progresos que la villa reclamaba. La necesidad de estas reformas y estos progresos «estaba en la conciencia de todo el mundo.» El mercado cubierto se había hecho absolutamente indispensable, la carretera á Rodillero era el anhelo constante de ambos pueblos; en cuanto al macero público D. Rosendo se preguntaba con sorpresa cómo la villa podía consentir que existiese un foco de inmundicia como el actual, que era «un verdadero padrón de ignominia.»

Gabino Maza había estado escuchando con marcado desdén y disgusto desde su butaca, á cuantos habían hecho uso de la palabra. Revolvíase como si el asiento tuviese pinchos, y le venían ganas atroces de gritar á los oradores: «¡Burros'

pollinos!» como acostumbraba á hacer en el Saloncillo, ó de fulminar contra ellos uno de esos sarcasmos feroces que levantan roncha. «Aquellas payasadas» le habían revuelto la bilis. No era milagro, pues ya conocemos la gran virtud de segregación que el hígado del ex-marino poseía. Respiraba con fuerza, sonreía sarcásticamente, rechinaba los dientes y escupía á menudo, mostrando de este modo su desaprobación á todo lo que se había dicho, lo que se estaba diciendo y lo que se había de decir. De vez en cuando, dejaba escapar algún ¡Bah! ó algún ¡pouh! ó un ¡ta! y otras partículas no menos significativas. Por último, en mitad del discurso de D. Rosendo, ó porque nada pudiese oponer á su grave elocuencia, ó porque el ruido de los aplausos le exacerbase de un modo irresistible, es lo cierto que salió de la sala, y comenzó á dar paseos por delante de la puerta del teatro en un estado de agitación lamentable. A los pocos momentos, volvió á entrar y subió á la cazuela. Allí, oyendo á D. Rosendo tocar el punto del matadero, pidió por favor á la plebe que le dejase paso y una vez en las primeras filas, gritó reciamente:

—¡Aquí no se juega trigo limpio!

Después, se retiró.

No sabemos en qué consiste; pero es lo cierto, que siempre que en una reunión se insinúa por

alguno la idea más ó menos gratuita de que allí no se juega trigo limpio, tal afirmación produce efectos desastrosos. Esto es tanto más extraordinario, cuanto que por regla general, en las asambleas nadie lleva trigo en los bolsillos, ni limpio ni sucio: y si por casualidad alguno lo llevase, estoy seguro de que no le pasaría siquiera por el pensamiento jugar con él.

D. Rosendo, al oir la frase, quedó repentinamente mudo y pálido. Un fuerte murmullo de sorpresa corrió por todo el ámbito del teatro. Algunos gritaron:—¡Fuera!—Otros dijeron:—¡Chis chis!—y las miradas de todos, después de escrutar las alturas de la cazuela, se dirigieron á la presidencia. D. Rosendo turbado aún, y con voz algo enronquecida, dijo:

—Señores. Si con esas palabras se quiere manifestar que yo, al convocar esta reunión he abrigado algún pensamiento bastardo, mi delicadeza no me permite continuar en este sitio, y me retiro...

—¡No, no! ¡Que siga! ¡Viva el presidente!

—Yo estoy seguro, señores—dijo el orador visiblemente conmovido, —de que el individuo que ha gritado no es vecino de Sarrió, no ha nacido en Sarrió, ¡no puede ser de Sarrió!

Habiendo murmurado uno que el interruptor era de Nieva, se armó en el teatro terrible confusión y estruendo. Un grito formidable de:—

¡Mueran los mazaricos! ¡Viva Sarrió!—se eleva de todas partes. Hay que advertir que en Sarrió se llamaba á los habitantes de Nieva *mazaricos* á causa quizá, del gran número de pájaros de este nombre que allí suele haber, mientras los de Sarrió eran llamados en Nieva *pinzones*, por la misma razón.

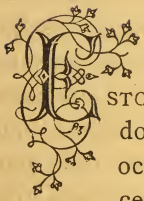
Sosegados al fin los ánimos, D. Rosendo da las gracias y cede á las instancias del público.

—Antes de ocupar otra vez este sitial (el presidente se había retirado al fondo del escenario), debo manifestar que si ese papagayo... ó mazarico (*Risas*) pretende arrancarme una declaración acerca del problema del macero público, no tengo inconveniente en hacerla, porque á mí no me duelen prendas. (*Viva curiosidad. No se oye una mosca volar.*) Yo declaro solemnemente, señores, que el nuevo macero, en mi concepto, no debe emplazarse en otro sitio que en la Escombrera. (*Inmensa sensación*).

El orador termina con pocas palabras más su grandioso discurso, y levanta la sesión. Los espectadores salen del teatro medio asfixiados, tanto por las múltiples emociones que en poco tiempo habían experimentado, como por los treinta y ocho grados centígrados que había en el local.

CAP. IX

Historia de una lágrima



Esto pasaba en las altas esferas. En los dominios oscuros de la vida privada ocurrían al mismo tiempo algunos sucesos, que aunque no tan memorables, no dejaban de tener importancia para las personas que en ellos intervinieron.

Al día siguiente de la entrevista de Venturita y Gonzalo, que hemos narrado, éste no visitó la casa de su prometida: permaneció en la suya, fingiéndose aquejado por un fuerte dolor de muelas: tal fué al menos la noticia que llegó hasta Cecilia por conducto de Elvira, la doncella, que había visto al criado de D. Melchor en la plaza. Al otro día, como no pareciese tampoco, la familia supu-

so que aún seguía el dolor. Nadie dudaba más que Venturita y Valentina. La bordadora huía de tropezar con la mirada de la niña, quizá por no avergonzarla, ó porque ella misma se sintiese avergonzada sin saber por qué. Venturita estaba tan risueña como siempre. Cecilia, á quien sólo se le conocía el mal humor en que hablaba menos, sacó de su cómoda un elixir dentrífico, copió una oración á Santa Polonia que le habían dado, y llamando con misterio á Elvira, le dijo toda ruborizada:

—Elvira, ¿quieres hacerme el favor de llevar este frasco y este papel al señorito Gonzalo?

—¿Ahora mismo?

—Cuando puedas... Si ahora no tienes que hacer... Quisiera que no se enterasen...

—Descuide V. señorita—respondió la morenita pálida sonriendo con amabilidad;—nadie sabrá una palabra. Su mamá me va á mandar por almidón, y á la vuelta ¡zás! me encajo allá.

Al recibir Gonzalo el recado, sintióse acometido de punzantes remordimientos, y comenzó á pasear agitadamente por su cuarto. Tres ó cuatro veces estuvo á punto de tomar el sombrero y plantarse en casa de Belinchón, y dejar que las cosas siguiesen como habían comenzado. Los sentimientos honrados, bondadosos y compasivos que en su corazón existían; la voz de la razón que abogaba en defensa de Cecilia; *el ángel*, en

una palabra, que todo hombre lleva dentro de sí, le incitaba para que lo hiciese. La imagen gentil y graciosa de Venturita, presente al recuerdo; el fuego de sus ojos que aún le relampagueaba por el alma; el dulce contacto voluptuoso de sus cabellos de oro; *el demonio*, en fin, le retenía. Gonzalo era un hombre sano de cuerpo, de músculos poderosos, rico de sangre, pero muy pobre de voluntad. Los diablos temen más á los temperamentos exhaustos que á los opulentos como el suyo. La batalla que el demonio y el ángel libraron, no duró mucho tiempo: vino á decidirla en favor del primero un billetito de Ventura que Generosa, la otra doncella de la casa, le trajo. Decía así: *No te impacientes. Hoy hablaré á mamá. Ten confianza en tu—Ventura.*

La mirada de la doncella al entregárselo, donde creyó advertir á pesar de la sonrisa una tácita censura, le turbó un poco. Despidióla con larga propina, y al abrir después con mano trémula la carta, percibió el perfume de sándalo que Venturita usaba. Ofrecióse súbito á su imaginación la imagen hermosa provocativa de la niña, y removió las últimas fibras que en su sér aún no habían vibrado. Acercóla á los labios, y embriagado y palpitante de deseo, la besó con frenesí repetidas veces.

¡Pobre Cecilia! Tomaba el primer pedazo de papel que le venía á la mano, y sin cuidarse de

guardarlo entre esencias, escribía á su novio con lápiz la mayoría de las veces. ¡Si las mujeres supiesen la importancia de estos miserables pormenores!

Venturita había dado vueltas todo el día alrededor de su madre, esperando ocasión de hablarla sin testigos. A la hora del crepúsculo, cuando las costureras se fueron, madre é hija quedaron al fin solas. Cecilia se había retirado á su cuarto dominada por la tristeza que había disimulado con trabajo durante el día. Doña Paula estaba sentada en una butaca con los ojos clavados en el balcón, recogiendo los últimos rayos de la luz moribunda, en una actitud melancólica y reflexiva, poco frecuente en ella. Parecía presentir el disgusto que se cernía sobre su cabeza. Venturita colocaba los bastidores en un rincón y los tapaba con un lienzo, arreglaba las sillas y arrastraba la cesta de la costura á un lado para que no estorbase.

—Avisa que traigan luz—dijo Doña Paula.

—¿Para qué?—respondió la niña sentándose en una silla baja á su lado.—Ya está todo arreglado.

Su madre volvió á entornar los ojos hacia el balcón y quedó en la misma actitud melancólica. Al cabo de unos momentos de silencio, Venturita tomó su mano y la llevó con ternura á los labios. Doña Paula volvió la cabeza con sorpresa.

Pocas veces, por no decir nunca, su hija menor le había dado este beso respetuoso. Sonrió con dulzura y tomándole la barba entre los dedos, le dijo:

—¿Estás contenta con el vestido?

—Sí, mamá.

—Te hace un cuerpo muy bonito; en cuanto le toquen un poco en el pecho, quedará que ni pintado.

La niña calló, y alzando los ojos al cabo de un instante le dijo, esforzándose en dar á su voz una inflexión segura:

—Dime, mamá, ¿qué opinas de la retirada de Gonzalo?

—¡La retirada de Gonzalo!—exclamó la señora volviendo con asombro la cabeza.—¿Qué quieres decir, criatura?

—Sí, la retirada, porque á mí me consta que no está enfermo; ayer estuvo toda la noche jugando al billar en el café de la Marina.

—¡Bah, bah! ¿Tienes ganas de reirte?

—No me río, mamá, hablo en serio.

—¿Y quién te ha dicho á tí eso?

—Lo sé por Nieves, que se lo dijo su hermano.

—Puede que le haya aliviado el dolor por la noche y saliese á esparcirse un poco.

—Y entonces, ¿por qué no ha venido hoy?

—Porque le habrá vuelto otra vez.

—No lo creas, mamá... Ten la seguridad de que Gonzalo no quiere á Cecilia.

—¿Sabes lo que estás diciendo, necia? Hazme el favor de callarte, antes que me enfade.

—Me callaré; pero las pruebas de cariño que está dando no son grandes.

—¡Tendría que ver eso!—dijo la señora volviéndose airada.—Si Gonzalo es mucho, Cecilia es más... A mi hija no la desprecia ni Gonzalo ni el Príncipe de Asturias, ¿sabes?... Me enteraré de lo que acabas de decir, y si resulta cierto, ya tomaré yo mis medidas.

Doña Paula era de natural bondadoso y tierno, amiga de los pobres y generosa; pero tenía la altivez irreflexiva y la susceptibilidad exagerada de las artesanas de Sarrió.

—No, mamá, no se trata de eso. ¿Quién te ha dicho que Gonzalo desprecia á Cecilia?

—Tú misma. ¿Por qué no la quiere entonces?

Venturita se detuvo un instante, y respondió con firmeza:

—Porque me quiere á mí.

—Vamos—dijo la señora sonriendo.—Ya debí comprender desde el principio que era todo una broma.

—No es broma, es la pura verdad... Y si quieres convencerte, entérate...

Sacó al mismo tiempo del pecho una carta que llevaba á prevención, y se la alargó.

Doña Paula se puso en pie vivamente, y gritó:

—¡Pronto!... ¡Una luz, pronto!

Venturita tomó una caja de cerillas que había sobre el costurero, y encendió una.

Madre é hija estaban pálidas. Aquélla arrimó la carta á la luz, y en cuanto leyó unos cuantos renglones, se dejó caer en la butaca, y clavando los ojos con expresión dolorosa en su hija, la dijo:

—Ventura, ¿qué has hecho?

—¿Yo? Nada—respondió la niña tirando al suelo la cerilla que tocaba á su fin.

—¿Nada te parece, loca, impedir el matrimonio de tu hermana, engañarla miserablemente, dar un escándalo en la villa como nunca se habrá visto?

—Yo no he hecho nada de eso. Él fué quien se me declaró. ¿Es pecado dejarse querer?

—En esta ocasión, sí—replicó con severidad la señora.—A la primera señal debiste advertirme. Consentir que te hablase de otro modo que como una hermana, era hacer traición á tu hermana y hacerte á tí muy poco favor.

—Pues ya está—replicó la niña en tono desdeñoso.

—Pues no estará—replicó Doña Paula con enojo y levantándose.—¿Qué te has propuesto, vamos, dí?... Mejor dicho, ¿qué os habéis propuesto?

—Debes suponerlo.

—Casaros, ¿verdad?—preguntó en tono sarcástico.—¡Qué equivocada estás!.. El matrimonio de tu hermana quedará deshecho... desde ahora mismo lo doy por deshecho... ¡pero lo que es tú, bien libre estás de casarte con Gonzalo!... ni de que éste ponga siquiera los piés más en casa... En primer lugar, tú eres una mocosa que debieras estar jugando con las muñecas y recibiendo azotes... y aunque no lo fueras, ni tu padre ni yo podíamos consentir que te casaras con un hombre que ha engañado miserablemente á tu hermana y nos ha engañado á todos... Lo menos que diría la gente es que estamos muertos por hacerle nuestro yerno. ¡Que se te quite, niña!

—Pues que quieras ó no quieras—dijo Venturita retrocediendo de espaldas hacia la puerta,—me casaré.

Doña Paula quiso castigar la insolencia; pero la niña salió precipitadamente, sujetó la puerta, y entreabriéndola después, dijo con acento rabioso:

—¡Me casaré! ¡me casaré! ¡me casaré!

Al dia siguiente, Gonzalo recibió una carta de ella, que decía: «Ayer hablé con mamá. Se ha enfadado mucho. Hoy hablaré otra vez, y espero que cederá. Ten confianza.»

Y en efecto, aquella misma mañana madre é

hija volvían á tener habla en el cuarto de la última. Fué larga, y no sabemos lo que en ella pasó. Doña Paula salió al cabo de una hora con los ojos enrojecidos de llorar, llevándose la mano al corazón, del cual padecía á menudo, en dirección á su cuarto, y se acostó. Ventura salió en pos de ella, serena; pero pálida: llamó á Generosa, su confidente, y le dió un recado para Gonzalo. Éste, á las nueve de la noche, se paseaba por delante de la casa de Belinchón. Pocos minutos después, Venturita abría la ventana del escritorio, que estaba en la planta baja y tenía rejas.

—Ya está todo arreglado—dijo en voz de falsete luego que el joven se hubo acercado.

—¿Cómo? ¿De veras?—preguntó éste con alegría.

—¡Oh, buen trabajo me ha costado! Estaba furiosa.

—Y tu papá.

—Papá aún no sabe nada; pero cederá también... ¡Vaya si cederá!... La receta no puede ser más eficaz.

—¿Qué receta?

—La que he empleado... La cosa se había puesto tan fea, que ya estaba resuelto que tú no volvieras más á casa: á mí me mandaba á Tejada en castigo: ni súplicas ni razones valían de nada: estaba loca de ira: te llamaba infame y

traidor: á mí, ¡figúrate cómo me pondría!... Entonces no tuve más remedio que apelar al último recurso... por más que sea un poco fuerte—añadió en voz más baja y alterada.

—¿Qué recurso?—preguntó Gonzalo con curiosidad.

Venturita guardó silencio algunos momentos, y al cabo respondió avergonzada:

—Le dije... le dije que tú y yo no podíamos menos de casarnos ya.

—¿Pues?

—Pues... pues... adivínalo—dijo la niña con impaciencia.

En efecto, Gonzalo adivinó y experimentó una impresión de repugnancia y temor. Calló obstinadamente por algún tiempo. Venturita le preguntó al fin:

—¿Te ha parecido mal?

—Sí—contestó secamente.

—Pues dispensa, chico... Mañana le diré que todo ha sido una mentira... y hemos concluído.

—Nada se adelanta ya. Lo que me parece mal no es el resultado, como debes comprender, sino que haya salido eso de tí.

—Más pierdo yo que tú.

—¡Por lo mismo lo siento!

—Bien, pues dale expresiones—replicó desabridamente levantándose del alfeizar de la ventana, donde estaba sentada.

Gonzalo alargó la mano por entre las rejas, y la retuvo por el vestido.

—Espera.

La tela crujió.

—Ya me has roto el vestido, ¿lo ves?

—Si no te disparases tan pronto...

Y logrando cogerla por un brazo, la obligó á sentarse.

—¡Qué barbaridad!—exclamó la niña riendo. —Así deben hacerse el amor los osos.

—¿Me quieres?—preguntó Gonzalo riendo también.

—No.

—Sí.

—No.

—Dame la mano de amigo.

La niña le alargó su blanca y primorosa mano, y el hercúleo mancebo la besó con pasión repetidas veces.

—Hasta mañana. Ya te daré noticias de lo que ocurra—dijo levantándose otra vez.

Gonzalo se alejó, y á los cuatro pasos se le ocurrió que las noticias tenían que ser referentes al modo como Cecilia recibía la de su desleal conducta, y su frente se arrugó de nuevo con expresión dolorosa.

Á vueltas con esta preocupación cruzó distraído la Rua Nueva, entró en la plaza de la Marina, siguió caminando por el muelle y se alargó has-

ta la punta del Peón. La noche estaba serena y despejada. Las estrellas centelleaban en el firmamento cabrilleando en las aguas tranquilas de la bahía. La jarcia de los buques surtos en ella se destacaba con bastante claridad del fondo azul oscuro. Aún no había sonado el grito de «apagafogones,» y se notaban en ellos algunas luces y algún movimiento; los marineros, recostados sobre la obra muerta, departían antes de retirarse al camarote. De vez en cuando, mirando hacia un gran vapor inglés anclado en el medio, gritaba uno: «*All right*» exagerando la pronunciación: «*all right*,» contestaban de un patache. El grito se iba repitiendo en todas las goletas, pataches y quechemarines. Era la broma que gastaban con los ingleses que allí arribaban. Pero el gran vapor se mantenía silencioso, cabeceando flemáticamente con ese desprecio tan profundo que nadie mejor que un hijo de Albión sabe afectar.

En la punta del Peón se tropezaba con tal cual paseante que tomaban el poco fresco que había. Era una de las noches más calurosas de Agosto. Gonzalo, atormentado por el calor y por la idea de su comprometida situación, se paseaba con el sombrero en la mano. Antes de llegar al término del malecón, percibió sobre el segundo paredón una figura gigantesca.

—Allí está mi tío—se dijo.

El viejo marino pasaba una gran parte de su existencia sobre aquel paredón, en íntimo coloquio con el mar, su antiguo amigo y compañero. Para él no tenía secretos el terrible Oceano, ora durmiese tranquilo en su inmenso lecho de arena, ora despertarse furioso escupiendo al cielo sus espumas. Podía dar nuevas seguras y anticipadas de sus cóleras, de sus desmayos, de sus sonrisas, de sus más profundas palpitaciones. El monstruo le abría su seno líquido, como á un confindente leal, y le decía cuánto se aburría en su prisión de granito, y qué ganas le acometían á veces, presenciando las infamias de los hombres, de precipitarse sobre la tierra, y barrer de una vez éste asqueroso hormiguero. Y el buen caballero solía responderle, pensando en el crimen que acaba de leer:

—Tienes razón, camarada; yo, en tu caso, es posible que lo hiciera.

Por nada en el mundo dejaría D. Melchor de dar sus paseos matutinos, vespertinos y nocturnos por la punta del Peón. En vida de su mujer, cuando estaba acatarrado, veíase precisado á prescindir de estas visitas, y era lo que más le atormentaba. Ahora que, por desgracia, no tenía quién le sujetase, acatarrado y todo salía.

—Para los catarros, no hay nada como el aire libre del mar.

Cuando de tarde en tarde se resentía del estó-

mago, bebía un par de vasos de salmuera, y quedaba arreglado.

—No hay purga tan natural, tan eficaz é inofensiva como el agua del mar.

En cierta ocasión adoleció de una pierna; dos úlceras le fueron corroyendo la carne, hasta dejar descubierto el hueso; los médicos, no sólo daban por perdida la pierna, sino que temían por su vida. Desahuciado ya, tuvo la audacia de hacer que le llevasen á la playa y le bañasen. A los nueve baños, las úlceras estaban cerradas. Imagínese lo que pensaría después de esto, de la virtud curativa del mar.

En cambio, tenía marcada ojeriza á los ríos. El aire del río le ponía ronco; la humedad le daba dolores de reuma; las nieblas le sofocaban y le ponían asmático. Eso de que el aire fuese en ellos «encallejonado», le inspiraba una aversión y un desprecio indecibles.

D. Melchor dormía poco; se levantaba con estrellas, y en cuanto se levantaba subía al mirador, escrutaba el cielo y el mar, y después de haber trazado en la cabeza un estado metereológico provisional del día, bajaba á fijarlo definitivamente á la punta del Peón. Allí establecía de una vez si el viento era *entablado* ó simple *vahajillo,* si era francamente *á la estrella* ó se inclinaba al cuarto cuadrante; si el semblante estaba *calimoso* ó *cerrado;* si la mar estaba *picada* ó *de*

leche; cuánto tiempo duraría todo esto; qué viento apuntaría al mediodía; si la mar sería gruesa á la tarde ó abonanzaría, etc., etc. No podría tomar el chocolate si no hubiese hecho tales observaciones.

Y, en verdad, que aunque esto parezca una manía, téngola por menos insensata que la de levantarse de la cama para escrutar el rostro del vecino, si está limpio ó sucio, alegre ó aborrascado, si come ó si ayuna, si duerme ó si vela, si huelga ó trabaja, cuánto tiempo permanece en casa, y qué rumbo toma cuando sale.

Gonzalo subió al segundo paredón con un deseo irresistible de desahogar el pecho, y poner á su tío al tanto de lo que ocurría; y eso que la condición brusca y severa de éste, no se amoldaba muy bien á las confidencias amorosas: pero la ocasión era crítica y precisa. D. Melchor, que con el peso de los años solía doblar un poco el cuerpo hacia adelante, al ver acercarse un hombre á él, se irguió; porque era empeño el que tenía en que nadie advirtiese su decadencia y le diputasen por varón inexpugnable.

—¿Eres tú, Gonzalillo?

—El mismo, tío.

—¡Milagro! A tí te gusta más ver rodar las bolas de marfil que las olas.

—No; hoy no he jugado al billar. Me encuentro triste, preocupado... y quisiera hablar con

usted de un asunto serio, á ver qué me aconseja.

D. Melchor le miró con sorpresa.

—¿Un asunto serio?

—Sí... Vamos á ver, tío: ¿V. se casaría con una mujer á quien no quisiera?

—¡Qué pregunta! El matrimonio á mi edad es un barreno en los fondos, querido.

—¿Pero si fuese joven, se casaría?...

—Jamás.

—Pues bien, tío... Yo no quiero á Cecilia.

—¿Que no quieres á Cecilia?—exclamó estupefacto el caballero.

Hay que advertir que D. Melchor sentía un cariño ciego, casi adoración por la prometida de su sobrino. Para él aquella criatura era sagrada. Desde que Gonzalo se fijó en ella y él lo supo, la hizo objeto de una observación pertinaz lo mismo que si estuviese reconociendo el casco de un buque antes de arbolarlo. La halló buena, callada, inteligente y hacendosa, y sintió una intensa alegría amargada tan sólo por la noticia de que los novios no se irían á vivir con él. Visitaba poco la casa de Belinchón, pero cuando tropezaba á la joven en la calle, nunca dejaba de pararla, mostrándose tan galante y expresivo como jamás le había visto nadie.

—¿Que no la quieres?—repitió—¿Y por qué no la quieres, zopenco?

—No lo sé.—Hice esfuerzos sobrehumanos

por cobrarle amor, y no lo he conseguido.

—¿Y ahora te acuerdas de eso? ¿Un mes antes de casarte? Vamos, Gonzalo, á tí hay que darte una carena en la cabeza.

—Es una atrocidad... lo comprendo... pero yo no puedo resignarme á ser desgraciado toda la vida.

—¡Desgraciado!—Y llamas desgracia, grandísimo zarramplín, casarte con una joven tan buena y tan hermosa que no hay otra en Sarrió que le llegue á la suela de los zapatos?

Gonzalo no pudo menos de sonreir.

—Cecilia es una buena muchacha, digna de casarse con un hombre mejor que yo... pero hermosa, tío...

—¡Hermosa, sí, hermosa, majadero!—exclamó furioso el señor de las Cuevas.—¿Serás capaz de poner tachas á un ángel?

El veterano estaba (aunque la afirmación cause asombro) en la edad en que mejor se siente la poesía de la mujer, que es la exquisita sensibilidad, la resignación, la dulzura, el sacrificio y no la efímera disposición de la forma, como juzga la impetuosa y desapoderada juventud.

—No riñamos por eso.

—Sí reñiremos... No quiero que vuelvas á hablarme de Cecilia de ese modo... ¡Vaya, vaya!

—Bien; pues confieso que Cecilia es una chica muy linda... pero...

—¿Pero qué?

—Pero yo no puedo quererla... porque ya quiero á otra.

—¿Qué mil diablos estás diciendo ahí, muchacho?—profirió D. Melchor sujetando por el brazo á su sobrino y sacudiéndole.

—No puedo remediarlo, tío: estoy enamorado hasta el cogote de su hermana Ventura.

—¿Estás en tu juicio ó entre dos aguas, rapaz?

—Hablo en serio...—La quiero, y ella me quiere.

—¿Y crees que con eso está dicho todo?—dijo el anciano cada vez más irritado.—¿Crees que así se puede faltar á un compromiso sagrado? ¿Crees que así se puede dejar á una joven expuesta á la burla de la población? ¿Crees que habrá padres que autoricen semejante infamia?

—Tío—respondió Gonzalo suavemente,—antes de atreverme á decirle á V. lo que acaba de oir, han ocurrido cosas que me obligaban á dar este paso. Mis relaciones con Venturita son formales: su madre las conoce y las ha autorizado, y á estas horas también su padre debe tener noticia de ellas.

—¿Y las autorizará?

—Estoy seguro de ello.

D. Melchor dejó el brazo de su sobrino que tenía cogido, y se llevó la mano á la frente. Estuvo un rato largo sin hablar.

Al cabo dijo con palabra lenta y acento melancólico:

—Bien está... Yo nada puedo hacer para evitar esa vergüenza... ¡porque es una vergüenza!—añadió con energía.—Eres mayor de edad, y aunque no lo fueses, en estos asuntos no intervendría jamás.

—¿Se enfada V.?

—Tampoco cabe aquí el enfadarse. Lo siento únicamente, lo siento por ella, pues he llegado á cobrarla cariño... y lo siento aún más por tí, Gonzalo. Al hombre que falta á su palabra, no puede ayudarle Dios... Estabas ya á bordo de un barco seguro, de porte, de madera blanca bien sangrada, con los fondos forrados, los árboles recios y el aparejo limpio y sencillo, y lo dejas para embarcarte en otro más ligero y galán... Buen provecho te haga; pero ten en cuenta, hijo, que el viaje es largo, la mar ancha y brava; lo que ahora es bonanza, en un instante se convierte en marejada de leva; el viento no siempre fresquito, y cuando arrecia, se pone pesado de veras: entonces no valen primores en la arboladura ni pinturas en las bandas, sino madera, mucha madera. Dame quillas y te daré millas. De poco vale salir empavesado del puerto si el casco no puede con el aparejo... Ya sabes que Cecilia me gustaba... Siento mucho no poder decirte lo mismo de su hermana... Esto no es

hablar contra ella: ni la conozco bastante, ni á mí me corresponde hacerlo; pero puedo y debo decirte mis sentimientos, aunque no hagas caso de ellos...

—¡Oh, tío!...

—Nada, nada, querido: cuando á un muchacho le cae sobre la cabeza un suestazo de estos, es menester arriar de salto las escotas y dejarle navegar á bolina desahogada. Tú estás requemado al parecer... bueno, pues refréscate... Pero ten en cuenta que ni llevas rumbo seguro, ni obras como caballero.

—¡Tío!

—Más claro que yo, el agua, querido. Si has logrado vencer la resistencia de los padres, y si has salvado las dificultades, no lograrás por eso hacer de lo blanco negro, ni convertir una mala acción en buena... Pica, pica los cables y larga vela. Yo soy viejo ya, y tengo esperanza de no verte correr los temporales que sobre tí han de caer... Pero si Dios quisiera darme ese castigo, si algún día, por mis pecados, te viese corriendo á palo seco y bebiendo agua por las bordas... sentiré, hijo mío, no tener fuerzas ya para tirarte un cabo.

La voz del anciano se había conmovido al pronunciar estas últimas palabras. Gonzalo sintió apretársele el corazón. Guardaron silencio obstinado un buen rato. Al cabo D. Melchor dijo:

—¿Vienes á cenar, Gonzalito?

—Ahora no tengo apetito, tío; allá iré un poco más tarde.

—Bien, pues hasta ahora—pronunció tristemente el señor de las Cuevas.

Y se alejó lentamente en dirección de tierra, perdiéndose á poco entre las sombras.

Gonzalo quedó como estaba, de bruces sobre el pretil del paredón, contemplando el mar que lo batía suavemente. Las olas, después de chocar en la piedra con leve y hueco estampido, retrocedían corriendo sobre las otras, y producían un rumor semejante al de una cortina que se despliega: de sus espumas brotaba claridad fosforescente acusando la presencia de los millones de millones de seres que allí habitan, con el mismo sosiego que nosotros en la tierra, á pesar de su vertiginosa marcha por los espacios. El monstruo dormía debajo del manto oscuro de la noche, tranquilo y feliz como un niño, á quien no agitan tristes ensueños. Apenas se percibía el blando soplo de su respiración en las concavidades de las peñas. Hacia el Poniente alzábase la negra silueta del cabo de San Lorenzo que avanzaba mar adentro buen trecho, y en su extremidad un faro movible desparramaba á intervalos iguales sus luces, ora blancas, ora verdes, ora rojizas. En el firmamento brillaban las estrellas con fulgor extraordinario; hasta los innumerables soles de

la vía láctea dejaban caer como nunca su blanca luz sobre la húmeda llanura. Júpiter relampagueaba en el cielo como el dios de la noche, rompiendo la oscuridad con sus hermosos rayos anaranjados.

De pronto cambió la decoración. Allá hacia Levante el pálido semicírculo de la luna asomó su cuerno superior sobre las aguas dormidas; una estela de luz corrió vivamente sobre ellas inflamándolas. El lucero divino recogió sus rayos con galantería, ante la luz serena de la diosa que empezó á levantarse lenta y majestuosamente, eclipsando los diamantes de todos tamaños que en torno suyo lucían. Alzábase en medio de una atmósfera radiante y espléndida, dibujando sobre ella sus graciosos contornos y esparciendo por el ambiente balsámico influjo. Y el Oceano que dócil á él va y viene sin cesar desde el principio del mundo, se encendió en pura llama, tembló su vasto seno inflamado, y arrojó sus aguas á las peñas de Santa María como enormes capas de mercurio que al retirarse se sobreponían á otras y se fundían con ellas.

Reinaba silencio sublime, un recogimiento de suavidad inefable en aquella escena tan vieja y tan nueva á la vez. La naturaleza parecía suspender su curso para escuchar la eterna armonía de los cielos.

Las olas se acariciaban blandamente sin osar

interrumpir con ruidosos juegos la augusta serenidad de la noche.

Gonzalo, á pesar de la viva inquietud en que conversación con su tío le dejara, sintió la fascinación de aquelmar, de aquel cielo, de aquella luna, y su agitación se fué transformando en tristeza. Las severas palabras del viejo marino habían despertado á latigazos su conciencia; renació con más furia que antes la lucha entre el ángel y el demonio. Una vez estuvo aquél á punto de vencer. El joven imaginó presentarse al día siguiente en casa de Belinchón, hablar con Doña Paula y rogarla que no dijese nada á Cecilia y apresurase el matrimonio. Pero al instante se le ofreció á la mente la imagen de Venturita, y pensó que le sería imposible vivir al lado de ella sin padecer horribles tormentos. Entonces, como acaece casi siempre en estas luchas, vino el período de las transacciones.—Nada, lo mejor—se dijo—es huir, marcharse otra vez á Francia ó Inglaterra, y no casarse con una ni con otra. De este modo no hay traición. La herida que causo á Cecilia se cicatrizará pronto. Hallará un marido que valga más que yo, y cuando vuelva al cabo de algunos años, probablemente la encontraré feliz y rodeada de hijos...

Pero... ¡pero huir de Ventura! ¡Huir de aquella imagen radiante de felicidad! ¡No escuchar más su voz que causaba en el alma delicias in-

comprensibles! ¡No sentir el dulce contacto de su mano fresca y maciza como un botón de rosa! ¡Alejarse de sus ojos brillantes y risueños y magnéticos!... ¡Oh, no!

Sentía la frente bañada en sudor. Una mortal congoja le acometió pensando en esto, como si ya la decisión estuviese tomada, y para salir de ella tuvo que decirse: «—Ya veremos, ya veremos... Ahora es muy difícil, casi imposible, volverse atrás... La madre ya lo sabe... D. Rosendo también... y Cecilia á estas horas acaso...

El ángel aflojó sus brazos, cansados ya, desprendió las manos y cayó al fin rendido. Si no con los del cuerpo, Gonzalo pudo ver con los ojos del espíritu su blanca imagen cruzar la atmósfera serena y hundirse en las aguas resplandecientes.

Y lloró acometido de extraña tristeza. Esta clase de luchas nunca se efectúan en el alma humana sin desgarrarla por algún sitio. Para alcanzar la dicha necesitaba pisar el corazón de una inocente joven, violar un juramento, ser un traidor. Las palabras de su tío vibraban aún en sus oídos: «—Al hombre que falta á su palabra no puede ayudarle Dios.» Y, en efecto, él se consideraba indigno de esta ayuda: un presentimiento cruel, indefinido, de desgracia, de muerte, de tristeza, le atravesó el pecho, y en intensa y rápida visión observó la fealdad de la vida sin vir-

tud ni sosiego, como el caballero de la leyenda que, abrazado á una dama joven y hermosa, al oscilar la luz por la fuerza del viento la veía transformada en vieja, descarnada y hedionda.

Las aguas batían suavemente el paredón á sus piés. Con los ojos clavados en ellas seguía distraído su movimiento ondulante. Las algas, sujetas al fondo, se agitaban con el vaivén de las olas semejando la cabellera de un muerto. ¡Qué bien se dormiría allá abajo! ¡Qué paz en aquel fondo transparente! ¡Qué mágica luz arriba! Gonzalo escuchó por primera vez en su vida la voz elocuente de la naturaleza que invita á reposar en su seno maternal, esa voz dulce de irresistible atractivo que los desgraciados escuchan hasta en sueños, y que les impulsa tantas veces á acercar el frío cañón de una pistola á la sién.

Fué un instante no más. Su feliz temperamento sanguíneo se rebeló contra ese llamamiento; la vida, que hervía exuberante en su naturaleza de atleta, rechazó con indignación aquel fugaz pensamiento de muerte. Un suceso insignificante, la aparición de una lucecita verde en los confines del horizonte, bastó para divertir su imaginación de aquellas ideas tristes. «—Un barco que quiere entrar—se dijo.—¿Qué hora será?» (Sacó el reloj.) ¡Las diez y media ya! Si fuese un poco más temprano, me quedaría. Vamos á ver

si aún está esa gente en el café y quiere jugar unos *chapós*.

Sacó un magnífico cigarro habano de la petaca, lo encendió, y chupándolo voluptuosamente, se fué acercando poco á poco, al café de la Marina.

Casi á la misma hora pasaba en casa de Belinchón una escena triste. Todo aquel día había estado Doña Paula en su lecho, quejándose de una fuerte opresión en el lado izquierdo, que le dificultaba mucho el respirar. No le gustaba llamar al médico, por esa antipatía invencible y aun terror que tiene la plebe á la ciencia; pero en cambio acostumbraba á propinarse cuantos remedios absurdos le aconsejaban las muchas mujerucas que acudían diariamente á su casa para sacarle los cuartos con viles é hiperbólicas adulaciones. Así, que no cesaron las fricciones de sebo de carnero, las tazas de hortelana, la enjundia de gallina, etc., etc. Por fin, á despecho de esta formidable terapéutica, la buena señora mejoró bastante al oscurecer, y hasta quiso levantarse; pero se lo impidieron Cecilia y Pablito. Uno y otra la habían acompañado largos ratos sentados á la cabecera de la cama; en particular Cecilia apenas se separó más instantes que los necesarios para preparar las unturas y tisanas. Pablito hacía frecuentes excursiones á los corredores, donde, por rara casualidad, tro-

pezaba casi siempre á Nieves y la hacía pagar derechos de peaje. A veces, sus carcajadas reprimidas llegaban hasta el cuarto de la enferma, y ésta sonreía con benevolencia diciendo á Cecilia:

—¡Qué locos!

Sin ocurrírsele, por supuesto, que su adorado hijo pudiera hacer otra cosa que jugar al escondite.

Según iba quedando libre y desembarazado su pecho, cargábasele la cabeza con el cuidado de comunicar á su hija aquella tan triste noticia que la había puesto en cama. No hacía más que dirigirle largas y melancólicas miradas, suspirando al mismo tiempo con señales de dolor. Varias veces había dicho:

—Cecilia, oye.

Y otras tantas, arrepentida, la había ordenado cualquier menudencia.

Había cerrado la noche. Venturita encendió la lámpara veladora, y después se fué. Pablo, viendo á su madre mejor, y no teniendo ya ocasión de ejercer sus derechos señoriales en los pasillos de la casa, fué á dar una vuelta por el café. Quedaron madre é hija en la alcoba; la primera en la cama, tranquila ya; la segunda, sentada cerca de ella. Después de un rato largo de silencio, durante el cual la señora de Belinchón dió mil vueltas en su cabeza para hallar una entrada que

la llevase naturalmente á la confidencia que estaba obligada á hacer.

—¿Han cosido mucho hoy las chicas?—preguntó.

—No sé... Apenas he ido por allá—respondió Cecilia.

—Me figuro que, si seguimos trabajando tanto, vamos á concluir demasiado pronto.

—Puede ser.

Doña Paula no supo cómo continuar, y guardó silencio.

Al cabo de algunos minutos cogió el hilo de nuevo.

—En todo este mes de Agosto quedará terminado el equipo... Y yo creo que tardaréis aún algunos meses en casaros.

—¿Algunos meses?...

—Me parece... Creo que Gonzalo no desea que la ceremonia sea tan pronto—dijo la señora con voz temblorosa.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí; me lo ha dicho... Digo, no, decírmelo, no... pero lo he adivinado por ciertas cosas... por algunas palabras indirectas...

Doña Paula estaba aturdida y sofocada. Afortunadamente, Cecilia no podía observar bien el color encendido de sus mejillas.

—Desearía saber qué palabras fueron esas—manifestó la joven con firmeza.

—¡No me lo preguntes, hija de mi alma!—exclamó la señora rompiendo á sollozar.

Cecilia se puso fuertemente pálida, y dejó que su madre le besase con efusión la mano que tenía entre las suyas.

Repuesta del susto, preguntó:

—¿Qué ha pasado, mamá?... Habla.

—Una cosa horrible, alma mía... ¡Una infamia!... Quisiera morirme en este momento, para no ver la ruindad, la maldad que se hace con una hija mía.

—Tranquilízate, mamá; estás enferma, y puede hacerte mucho daño esta emoción.

—¡Qué importa! Te digo que quisiera morirme... Daría con gusto la vida por que no quisieras á Gonzalo... ¿Le quieres, corazón mío, le quieres mucho?...

Cecilia no contestó.

—¡Dime, por Dios, que no le quieres!

Cecilia siguió callada; al cabo de unos instantes dijo, esforzándose en vano por dar una inflexión segura á la voz:

—Gonzalo renuncia á casarse conmigo, ¿verdad?

A su vez Doña Paula guardó silencio y ocultó su rostro lloroso entre las manos.

Transcurrieron algunos instantes.

—¿Tiene alguna queja de mí?

—¡Qué ha de tener! ¿Quién podrá tener queja de tí, mi cordera?

—Entonces, si es que ya no le gusto ó no me quiere, ¿qué vamos á hacer?... Más vale que me desengañe á tiempo.

—¡Oh!—gritó Doña Paula rompiendo de nuevo á sollozar.—Bajo la aparente resignación de su hija adivinaba un dolor profundo, que hacía esfuerzos por ocultarse.

—¡Qué le vamos á hacer, mamá! ¿No vale más que me lo diga ahora que después de casados? ¿No comprendes la vida de tormentos que pasaría unido á una mujer á quien no quisiera?... La pena que puede causarme en este momento, por grande que sea, no puede compararse á la que tendría al saber que mi marido no me amaba. La pena entonces sería cada vez mayor hasta la muerte, mientras que ahora puede desaparecer ó por lo menos calmarse... Acaso después que él se vaya, no viéndole en mucho tiempo le iré olvidando poco á poco...

—Es... que no se va—profirió confusamente la señora.

—Si no se va, paciencia... procuraré no salir de casa, y así no le veré.

—Es que... ¡hija de mi alma, tu desgracia es aún mucho mayor!... Gonzalo está enamorado de tu hermana.

Cecilia se puso aún más pálida, hasta dar en lívida, y guardó silencio.

Su madre le volvió á besar la mano con efu-

sión; después la trajo hacia sí y le cubrió de besos el rostro.

—Perdóname que te esté martirizando de este modo... Por mucho que tú sufras, aún sufro yo más... Ayer por la tarde, tu hermana me lo vino á decir... Figúrate el susto y el dolor que habré recibido... Mi primer impulso fué ahogarla, porque es imposible que ella no tenga la mayor parte de la culpa... Me dió pruebas de que estaban ya hace tiempo en relaciones, me enseñó cartas... luego, la falta de Gonzalo en estos días, lo hacía todo muy creíble. En cuanto estuve convencida de la traición, le dije lo que venía al caso, esto es, que yo no podía consentir que nadie hiciese burla de una hija mía, y que Gonzalo no pondría más los piés en esta casa en toda su vida; que tan villano y tan infame era él como ella... todo lo que se me vino á la boca. Pero esta mañana... esta mañana supe una cosa más horrible todavía... supe que tu hermana ha llegado donde no puedo ni quiero decirte. No hay más remedio que casarlos, y cuanto más pronto... Ya sabes por qué me ha dado esta opresión que por poco me mata ¡y más valiera que así fuese!... Lo mismo tu padre que yo estamos cogidos, tenemos los brazos atados. Si no fuese así, antes que consentir en ese matrimonio, me harían primero pedazos... La infamia que contigo ha usado ese hombre, me lo hace aborrecible ya para toda la vida... ¡Sí, sí, para

toda la vida! — añadió con acento iracundo.

Cecilia no respondió: cruzadas las manos sobre el regazo, y la cabeza inclinada sobre el pecho, miraba al suelo con ojos atónitos. Ni el discurso entrecortado y vehemente de su madre, ni los sollozos que le siguieron, lograron hacerla variar de actitud. Así permaneció un buen rato, inmóvil y blanca como una estatua.

En aquellos grandes ojos estáticos, tembló al fin una lágrima, creció, vaciló... desprendióse rodando, dejando húmedo surco sobre sus mejillas marchitas, y cayó como una gota de fuego sobre su mano, que se dejó quemar sin moverse. Poco después, se había evaporado. Un ángel la recogió y la llevó á Dios para que pidiese cuenta de ella á quien correspondiese.

CAP. X

De la gloriosa aparición de "El Faro de Sarrió" en el estadio de la prensa.—Primeros fuegos de la batalla del pensamiento

UNA nueva y clara luz amanecía sobre Sarrió, después de tantas tinieblas. Por la merced y gracia singular de Dios, hallóse la hermosa villa provista, cuando menos lo pensaba, de un órgano en la prensa, siquiera fuese semanal ó «hebdomadario,» según decía su ilustre fundador. Graves obstáculos, escollos peligrosos se oponían á la realización de la empresa; pero todos supo vencerlos y evitarlos la perseverancia y el genio del hombre extraordinario que la tomara á su cargo. La primer dificultad vencida fué la del dinero. Se crearon cincuenta acciones de mil reales cada una, para

el sostenimiento del periódico, de las cuales los amigos de D. Rosendo sólo tomaron nueve; don Rudesindo cinco, D. Feliciano dos y D. Pedro Miranda, á pesar de su cuantiosa renta, otras dos nada más. En cuanto á los otros, Álvaro Peña, D. Rufo, Navarro, etc., se disculparon con su falta de recursos, y no les faltaba razón; además, ponían en el negocio su inteligencia, que es lo principal. Quedóse con las cuarenta y una restantes, D. Rosendo; grandeza singular de ánimo que causó excelente impresión en todos.

Despacháronse emisarios á Lancia en busca de imprenta; mas no habiendo dado resultado sus gestiones, el mismo fundador se trasladó á la ciudad. Al cabo de algunos días tuvo la fortuna de descubrir á un impresor arruinado hacía algunos años, cuyos tórculos rotos y enmohecidos no había querido comprar nadie y yacían cubiertos de polvo en un oscuro sótano. Cuando D. Rosendo fué á examinarlos en compañía de su dueño, no pudo menos de sentir respetuosa emoción, y un raudal de graves y profundas reflexiones se desprendió acto continuo de su mente al contemplarlos: «—Hé aquí—se dijo—los instrumentos más poderosos del progreso humano en vergonzosa holganza, no por culpa suya, sino por el abandono de los hombres. ¡Cuánta ilustración, cuánto pan espiritual pudieron esparcir en los años que llevan arrinconados y si-

lenciosos! Mientras la barbarie y la ignorancia imperan en la mayor parte de nuestras comarcas, ellos, que son los únicos que tienen fuerza para desterrarlas, permanecían aquí inmóviles, faltos de una mano que los empuje y arranque de sus entrañas los secretos de la ciencia y la política.»

Poco faltó para que los besara y abrazara tiernamente. El impresor, hallándole en tan benévola disposición de ánimo respecto de ellos, no quiso ser menos, y se declaró enamorado hasta los huesos de sus instrumentos: por ningún dinero consentiría en desprenderse de aquellos antiguos compañeros que le habían ayudado á ganarse el pan (y el vino también, según lo que se decía por el pueblo). Cantó sus excelencias con tal fuego y entusiasmo, como si fueran sus padres y sus hermanos y á ellos debiera el soplo de vida que le animaba, é hizo además la importante declaración de que imprimían, si no tan pronto, mejor y más limpio que todas las prensas conocidas hasta el día. De acuerdo con estos extremos, D. Rosendo se esforzó, no obstante, en convencerle de que debía enajenarlos siquiera porque no se perdiesen sus notabilísimas cualidades; pero cuanto más elocuente se mostraba el negociante, más tierno y encariñado aparecía el impresor. Por último, se convino en que éste no se desprendiese de aquellas prendas tan caras á su corazón, ya que no tenía valor para llevarlo

á cabo, y se trasladase con ellas á Sarrió, donde se establecerían definitivamente. Llevaría consigo algunos cajistas que pudiesen enseñar á otros jóvenes de la villa, y todos los enseres necesarios para montar la imprenta. Folgueras, que así se llamaba el impresor arruinado, quedaba como dueño y regente de ella, y cobraría por la tirada del nuevo periódico un tanto, mayor dos veces, según nuestros cálculos, á lo que cobran en las mejores imprentas de Madrid. No era mucho si se tiene en cuenta el mérito de los tórculos y el acendrado amor que les profesaba.

El título fué uno de los puntos en que mejor se mostró el gallardo ingenio é invención de don Rosendo. Intitulólo *El Faro de Sarrió*, nombre altamente expresivo y sonoro, y de alcance singular, por cuanto no otra cosa se proponía su fundador que esclarecer á su pueblo y darle esplendor. Secretamente encargó á Madrid un grabado para la cabeza del periódico, y al llegar pocos días después, causó espasmos de alegría, tanto entre los accionistas como entre todos los que tuvieron la fortuna de verle. Representaba un puerto de mar, Sarrió al parecer, en las altas horas de la noche, á juzgar por las negras tintas del cielo y el mar: á la izquierda se elevaba una altísima montaña ideal que lo dominaba enteramente, y sobre ella se veía un caballero que guardaba cierto parecido lejano con D. Rosendo, di-

rigiendo los fuegos de una inmensa linterna sobre la villa: cerca de él percibíanse las cabezas de otros cuantos personajes: los accionistas creyeron de buena fe que eran sus efigies, y quedaron vivamente agradecidos al dibujante.

Fué designado como local para la imprenta un almacén de D. Rudesindo, pagándole la renta, por supuesto, y á la redacción se destinó en el mismo local un compartimiento, para lo cual hubo que ejecutar algunas obras. Montóse al fin la imprenta, no sin muchos é impensados gastos, pues Folgueras, que decía estar provisto de todo lo necesario, no tenía nada, y fué preciso encargar á Madrid fundiciones y piezas que faltaban á la prensa, construir galerines, comprar mesas, etc., etc. Al fin todo quedó arreglado: Don Rosendo trabajaba como un negro, ocupándose hasta en los más ínfimos pormenores; su talento organizador se reveló en esta ocasión mejor que nunca. Se nombró redactor en jefe á Sinforoso Suárez, con un sueldo de veinticinco duros mensuales, y administrador al hijo primero de don Rufo.

Faltaba el papel. Se había telegrafiado á Madrid pidiendo una remesa, y no acababa de llegar. La impaciencia de Belinchón era grande: telegramas iban y venían por los alambres eléctricos. Unas veces se decía que estaba detenido en Lancia: telegrama á Lancia reclamándolo.

Otras, que no había pasado de Valladolid: telegrama á Valladolid. Otras, que no había salido de Madrid: telegrama á Madrid. D. Rosendo juró en esta ocasión que no encargaría más papel á Madrid, y sí lo haría traer de Bélgica. Mas lo que fué motivo de disgusto convirtióse en placer intenso, como sucede siempre, cuando al cabo se les participó que unos cuantos fardos habían llegado á Lancia, y que allí esperaban el carro que había de traerlos á su destino. Como el periódico estaba ya compuesto hacía días, procedióse inmediatamente á la tirada, que había de ser cuantiosa, porque D. Rosendo pretendía esparcirlo profusamente por la provincia, enviarlo á todas las de España, y hasta darlo á conocer en las naciones extranjeras. Tanto aquél como sus socios asistieron con interés al acto de funcionar la máquina, y no se cansaron de admirar su complicado rodaje, la singular precisión de sus movimientos, y la pasmosa velocidad con que imprimía el periódico, pues no bajaban de doscientos los ejemplares que dejaba enteramente concluídos en una hora. Su ilustre fundador, no pudiendo reprimir el fuego periodístico que le devoraba, se despojó á presencia de todos de la levita y se puso á dar con energía al manubrio de la rueda-volante, hasta que el sudor brotó en abundancia de su despejada frente. Ejemplo señalado de entusiasmo y amor á la civilización,

que nos complacemos en referir para enseñanza de las nuevas generaciones.

Salió al fin *El Faro de Sarrió* en gran tamaño, porque su fundador no quería que se escatimase papel, y bastante bien impreso: lo único que apareció borroso fué el grabado de la cabecera, hasta el punto de que la mayoría del público quedó convencido de que en el individuo que tenía la linterna en la mano, se quería representar un negro en vez de la respetable persona que ya hemos indicado. Contenía un artículo de fondo impreso en letra grande del doce, titulado *Nuestros propósitos*. Aunque estaba firmado por La Redacción era debido únicamente á la pluma de D. Rosendo. Los propósitos del *Faro* «al aparecer en el estadio de la prensa,» eran principalmente defender «alta la adarga y calada la visera,» los intereses morales y materiales de Sarrió, combatir la ignorancia «en todas sus manifestaciones» y en las batallas ardientes de la prensa, luchar sin descanso por el triunfo de las reformas que el progreso de los tiempos exigía. La redacción del *Faro* creía que «había sonado la hora de romper definitivamente con las doctrinas del pasado.» Sarrió deseaba con afán emanciparse de la rutina y y de las ideas mezquinas, «romper los moldes estrechos en que yacía aprisionado» y «entrar de lleno en el dominio de su propia conciencia y de us derechos.» «Hacemos votos—decía el articu-

lista—por que la aparición de nuestro periódico coincida con un período de actividad moral y material, y podamos asistir á una de esas transformaciones sociales que forman época en los anales de los pueblos. Si nuestra voz consiguiese despertar á la villa de Sarrió de su largo sueño y estancamiento, y lográsemos ver lucir pronto la alborada de una era de labor y de estudio propia del movimiento reformista que aspiramos á iniciar, ese será el mejor galardón que recibirán nuestros esfuerzos y sacrificios.»

El lenguaje no podía ser más noble y patriótico. Y, como siempre, la modestia corría á las parejas con la autoridad y la elocuencia.

«No abrigamos la pretensión—decía—de ser los caudillos en esta gran batalla del pensamiento que no tardará en iniciarse dentro del recinto de Sarrió: sólo aspiramos á luchar como oscuros soldados, y que se nos conceda un puesto en la vanguardia. Allí pelearemos como buenos; y si al fin caemos vencidos, lo haremos envueltos en la sagrada bandera del progreso.»

Esta alegoría militar, causó excelente impresión entre los vecinos, y contribuyó no poco á la entusiasta acogida que el periódico obtuvo. Finalmente, el artículo era tan elegante en las palabras, tan lleno de graves sentencias, el estilo tan concertado, que el público no tuvo á quién atribuírselo dignamente, sino á su glorioso director.

Y así era la verdad.

Insertaba dcspués el periódico un largo artículo de Sinforoso, sobre la mujer. Eran dos columnas cerradas de prosa poética, engalanada con todas las flores de la retórica, en que se cantaba la dulce influencia de esta mitad del género humano. Aseguraba en términos calurosos, que la civilización no existe sino en el matrimonio: el amor conyugal es su única base. Todo es santo, todo es hermoso, todo es feliz en el lazo íntimo que une á dos jóvenes esposos. El hombre feliz por su compañera, siente crecer sus facultades, y es capaz de realizar empresas que de otro modo no podría llevar á cabo. La influencia de la mujer empuja al hombre á la virtud y á la gloria; es el más dulce y al mismo tiempo el más enérgico de los poderes sociales. Sinforoso se preguntaba con sorpresa: ¿cómo había todavía seres que la considerasen inferior al hombre? La mujer, por su hermosura, por su delicadeza, por su gracia, por su penetración, por su dulzura, por su paciencia, es la obra maestra de la Creación. Pero la misión de la mujer es la de ser esposa y madre. Sin estos dos atributos no puede realizarse, y la mujer se marchita como una flor sin perfume. El articulista termina aconsejando á las mujeres que no lo echen en olvido, y que por ninguna consideración terrestre se despojen voluntariamente de estos dos atributos que constituyen su honor y su gloria.

Esta invitación al matrimonio, aunque dirigida al bello sexo en general, iba en particular, según la opinión pública, á cierta bella estanquera de la calle de Caborana, cuyo amor pretendía Sinforoso hacía algunos años sin resultado. El público creía también que la joven concluiría por aceptarla, tanto por los términos poéticos en que iba expuesta, como por los quinientos reales mensuales que había comenzado á devengar el invitador.

Venía después otro del maestro de la villa, D. Jerónimo de la Fuente, que era una seria y violenta impugnación de las tres famosas leyes de Kepler sobre la mecánica celeste, ó más bien de dos de ellas, pues acerca de la primera, referente á la forma elíptica de las órbitas planetarias, guardaba silencio. Atacaba duramente la segunda, sosteniendo y demostrando por medio de un cálculo sencillísimo, que las superficies descriptas por el radio sector de los planetas no son, en manera alguna, proporcionales á los tiempos empleados en describirlas, sino que guardan relación con la fuerza *atractiva* ó *repulsiva* de los cuerpos celestes. Pero la que parecía objeto principalmente de sus iras, era la tercera. D. Jerónimo atacaba por anticuada y absurda la idea de que los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas fuesen proporcionales á los cubos de las distancias, y no «con huecas declamaciones,» sino con números demostraba que

no existe semejante proporción. Para el próximo número anunciaba otro artículo, estableciendo las bases de una nueva mecánica celeste que echaba por tierra la antigua. Y, en efecto, lo escribió y lo publicó. En él sostenía que los astros se atraían por un polo y se repelían por otro, como todos los cuerpos electrizados, y fundado en este gran principio, explicaba de un modo satisfactorio los movimientos de los cuerpos celestes, sus perturbaciones, y muchos problemas que hasta la fecha se creían insolubles. Gracias al anteojo que tenía en el balcón de su casa, D. Jerónimo había hecho una serie de prodigiosos descubrimientos, que daban al traste con todos los conocimientos existentes en Astronomía. No es maravilla que el dignísimo profesor de primeras letras, poseído de legítimo orgullo, exclamase al final de su artículo:—«¡Bajen, pues, del pedestal en que la ignorancia de los hombres les ha colocado esos colosos porta-estandartes de una falsa ciencia: Kepler, Newton, Laplace, Galileo; todos sus cálculos se han deshecho como el humo, y sus magníficos sistemas son hojas secas que, desprendidas del árbol de la ciencia, no tardarán en pudrirse!»

Insertábanse también unos versos de Periquito, el hijo de D. Pedro Miranda, en que le decía á cierta misteriosa G., que «él era un gusano; ella una estrella;» «él una rama; el árbol ella;»

«ella una rosa; la oruga él;» «ella una luz; él una sombra;» «ella la nieve; el fango él, etc., etcétera.»

Había motivos para sospechar que aquella G... era cierta Gumersinda, esposa de un comerciante de harinas, mujer notable por la abundancia de carnes, que la hacían caminar con dificultad. Periquito amaba á las casadas y á las gordas: cuando estas dos preciosas cualidades se reunían dichosamente en un sér, su pasión no tenía límites. Y tal era el caso presente. No hay que pensar, sin embargo, que nuestro joven era un animal dañino. Los maridos podían dormir tranquilos en Sarrió. Periquito pasaba la vida enamorado, cuándo de una, cuándo de otra señora, pero sin acercarse jamás ni osar siquiera enviarle un billete amoroso. Tales procedimientos no entraban en su método, el cual consistía principalmente en fascinarlas por la mirada. Para esto, donde quiera que topaba con ellas, fuese en la iglesia ó en el teatro, procuraba, lo primero, colocarse á conveniente distancia, y, una vez tomada la posición, dirigía en línea recta los efluvios magnéticos de sus ojos hacia el sujeto pasivo del experimento, que de vez en cuando levantaba hacia él los suyos con expresión de asombro. Muchas veces las honradas esposas, no considerándose dignas de tan singular adoración, se miraban á todas partes, y preguntaban á los que

estaban á su lado si por casualidad tenían algún tizne en la cara, ó llevaban enredado en el pelo cualquier hilacho. Periquito era incansable, y tomaba estos asuntos con la seriedad que merecían. A veces acaecía pasarse una hora y más sin apartar un punto la vista del sitio. Y á veces acaecía también que, transcurrida esta hora, cuando ya pensaba el enamorado mancebo que su alma se había filtrado por los poros de la obesa dama, y se apoderaba de todas sus facultades y sentidos, decía ésta por lo bajo á sus compañeras:

—¡Jesús, este mico de D. Pedro, qué mirón es!

¡Cuán ajeno estaba el poeta de que la estrella de sus sueños le hacía descender de un modo tan odioso en la escala zoológica!

Algunas veces, muy pocas, Periquito pasaba á mayores. Cuando estaba bien seguro de que el marido no se hallaba en casa, ni aun dentro del recinto de la villa, remitía á la dama misteriosamente un ramo de flores, que sería una verdadera epístola apasionada y elocuente, si la señora estuviese tan versada como él en el lenguaje de las flores. Desgraciadamente, la ignorancia supina del bello sexo de Sarrió hacía estériles estos ingeniosos medios de comunicación. Lo mismo decimos de ciertos refinamientos que Periquito usaba para testimoniar sus ansias amorosas. Veía, por ejemplo, que la dama usaba vestido azul: ac-

to continuo se ponía corbata del mismo color, camisa con rayas azules, florecita azul en el hojal del chaquet, y, si la dama insistía, hasta llevaba azules los pantalones. En el caso de que fuese verde, morado ó gris el vestido, sucedía lo mismo. Cuando la mórbida señora era dada al misticismo, Periquito se imponía voluntariamente el terrible sacrificio de levantarse temprano, y asistía á la misa que ella acostumbraba á oir, y si los sábados, los lunes ó los jueves se acercaba á la sagrada mesa para comulgar, él también demandaba contrito en los mismos días el pan del alma al sacerdote. Si la dama tenía tiestos en su balcón, pronto averiguaba Periquito á qué hora los regaba, y tenía el cuidado de cruzar por debajo al mismo tiempo, gozando lo indecible si algunas gotas, desprendidas de la regadera, venían á caer sobre su sombrero. A las altas horas de la noche, vagaba por los alrededores de la casa invocando á la luna y rogándola que velase el sueño de su amada. En cierta ocasión en que estaba enamorado de la señora de un teniente de carabineros, habiendo sido éste trasladado á Burgos, quiso morir de pesar. Su frenética pasión le inspiró la idea de escaparse á verla, y en efecto, después de escribir una carta de despedida á su padre, juntando hasta veinte duros de sus ahorros, tomó soleta para la ciudad del Cid; pero en Venta de Baños tuvo la desgracia de tropezar con

una pareja de la Guardia civil que le entregó en Palencia á otra, ésta á otra más allá, y así sucesivamente, hasta dar de nuevo con él en Sarrió. No fué esta la única escapatoria. En otra ocasión, anduvo quince leguas á pie, sólo para ver un instante asomada al balcón á cierta dama, casada en segundas nupcias con un vista de aduanas. Como último rasgo de este perfil, añadiremos que Periquito, según la expresión de su padre, comía como un Heliogábalo, y no por eso estaba menos flaco.

El *Faro de Sarrió* fué para nuestro amartelado joven, un medio admirable de dar forma á las vagas fantasías, inquietudes, ardores y tristezas que á la continua le agitaban, y declararse sucesivamente con acrósticos misteriosos é iniciales á todas las beldades más ó menos macizas que ostentaban sus amables curvas por las calles de la floreciente villa.

Venían por fin las gacetillas con su correspondiente título cada una, donde brillaba el ingenio, tanto de Sinforoso, como de todos los que colaboraban en *El Faro*. Una se titulaba: *Van viniendo*. Se refería á los forasteros que llegaban á Sarrió con motivo de las próximas fiestas. Otra: *A pasear, sarrienses*. El gacetillero afirmaba en ella, con estilo sencillo y elegante, que el tiempo estaba delicioso, y que nada mejor podían hacer los habitantes de Sarrió en las horas de la tarde,

que dar un paseo por las amenas y frondosas cercanías de la población. Otra: *¡Sr. Alcalde, por Dios!* Se excitaba á D. Roque para que obligase á poner canalones en algunas casas.

Posteriormente, esta sección dejó el título de *Gacetilla* que llevaba por el de *Novelas á la mano*, que le puso D. Rosendo á imitación de las célebres *Nouvelles á la main* del *Fígaro*.

Cerraba el periódico una charada en verso, que, si no recordamos mal, era la palabra *avellana*.

El folletín estaba á cargo de D. Rufo, que hacía año y medio que estudiaba el francés sin maestro, por el método Ollendorf. Se resolvió á traducir, para el periódico, *Los misterios de París*, obra en seis tomos. Excusado es decir que, *El Faro de Sarrió*, á pesar de vivir algunos años, nunca pudo llegar al tomo tercero. D. Rufo era un traductor notable. Si algún defecto podía ponérsele, era el de ajustarse demasiadamente al original. Una vez, traducía: «*El carruaje partió al gran trote; dentro iba una joven hija blonda y frele.*» En otro pasaje decía que M. Rodolfo, *se entretenía en su juventud leyendo los jefes de obra de la antigüedad*. Por fin, un día se aventuró á decir que «la condesa *había echado mano al botón de su secretario,*» y esta declaración, levantó tan gran polvareda entre la gente ignorante, que D. Rufo, justamente irritado, dejó la traducción del folle-

tín. Se le encomendó á un piloto que había hecho muchos años la carrera de Bayona.

El éxito del número primero, como era de esperar, fué prodigioso. El artículo de Sinforoso, la sabia disertación de D. Jerónimo de la Fuente, las gacetillas y hasta los versos de Periquito, todo fué leído y justamente celebrado. Pero lo que preferentemente llamó la atención de las personas serias y causó en ellas honda impresión, fué el artículo de D. Rosendo *Nuestros propósitos*. Aquel lenguaje periodístico tan animado y fogoso, aquellos tan nobles pensamientos, el entusiasmo por los intereses de Sarrió, la franqueza y la modestia que en él resplandecía, llenó de júbilo los corazones y les hizo presentir una era de prosperidad y bienandanza. Por la noche, la orquesta, dirigida por el señor Anselmo con su gran llave lustrosa, dió serenata á la redacción. Iluminóse la fachada de la imprenta con farolillos venecianos, y las bellas y regocijadas artesanas de Sarrió, cogieron, como siempre, la ocasión por los pelos para bailar habaneras y mazurcas sobre los duros guijarros de la calle. Los dignos individuos que con la lengua del metal rendían tributo de admiración y entusiasmo á los redactores del *Faro*, fueron obsequiados por éstos con vino de Rueda y cigarros. La alegría rebosaba de todos los pechos y se desbordaba en abrazos, tan fuertes como espontáneos. D. Rosendo abrazaba á

Navarro, Álvaro Peña á D. Rudesindo, D. Rufo á Sinforoso, y D. Pedro Miranda al impresor Folgueras. Los músicos se abrazaban entre sí, y todos y cada uno á su peritísimo director, el señor Anselmo. Fuera de la imprenta, y para conmemorar también aquel día glorioso, Pablito abrazaba á la blonda Nieves, aprovechando la oscuridad de un portal, y varios otros mancebos, siguiendo su ejemplo, distribuían igualmente abrazos conmemorativos entre las alegres mozas aborígenes. A nadie parecerá mal si emitimos ahora la idea de que preferimos estos abrazos al aire libre á los mencionados más arriba: en nada queremos ofender con esto á los dignos representantes de los intereses morales y materiales de Sarrió.

Lo único que turbó por un instante aquel general contento, fué la singular tristeza que se apoderó de Folgueras en cuanto tuvo algunos litros de vino en el cuerpo. El recuerdo de Lancia, su pueblo natal, se le ofreció súbito al espíritu, dejándole en un estado de tribulación difícil de explicar. En el momento en que la algazara y contento alcanzaban su grado máximo, llamó aparte á D. Rosendo y con lágrimas en los ojos, le manifestó que la vida fuera de su patria adorada era para él un fardo insoportable: la muerte antes, que perder de vista la humilde casa que albergó su cuna, y las calles que tantas veces recorrie-

ron sus piés infantiles. Aquella misma semana, si Dios quería, contaba dejar á Sarrió y trasladarse de nuevo con sus bártulos á Lancia.

Al recibir de sopetón esta noticia D. Rosendo, se puso pálido.

—Pero hombre de Dios, ¿y el número próximo del *Faro*?

—D. Rosendo bien puede dispensarme... Usted es un caballero... Un caballero sabe apreciar los sentimientos de otro caballero... La patria antes que todo... Guzmán el Bueno arrojó el puñal por encima de la muralla para matar á su hijo... Demasiado lo sabe V. ¿Eh?... ¿Qué hay de eso?... Riego murió en un cadalso ¿Eh?... ¿Qué hay de eso? Si yo fuese del hospicio ó no tuviese cariño á la camisa que traigo puesta, no necesitaba decirme nada. Toda la vida me tendría usted como un perro cínico dándole á la rueda... Pero los sentimientos ahogan al hombre... El hombre vive, el hombre trabaja, el hombre tiene algunas veces un rato de expansión... Y porque beba un cuarterón, ó dos... ¡ó tres! ¿ha de olvidar por eso la patria?... ¿Eh? ¿Qué hay de eso?

D. Rosendo llamó á D. Rudesindo en su auxilio y entre los dos trataron de disuadirle con poderosas razones. La más poderosa de todas fué una nueva botella de vino de Rueda. Después de haberla introducido en el cuerpo, los sentimien-

tos patrióticos de Folgueras se debilitaron visiblemente. Acto continuo pidió otra botella, la bebió, vomitó, y se durmió.

Pensamientos de gloria, vagos deseos de inmortalidad agitaron la mente del ilustre fundador de *El Faro de Sarrió* al tiempo de meterse en la cama. Después de apagar la luz, aún continuaron turbándole, hasta que á fuerza de dar vueltas lograron cuajarse ó adquirir forma. D. Rosendo pensó con emoción en la posibilidad de que á su muerte la villa agradecida perpetuase su memoria colocando una lápida con su nombre en las Casas Consistoriales. Este ambicioso pensamiento le hizo temblar de gozo y anhelo dentro de las sábanas. Como hombre modesto que era, sencillo y magnánimo, trató de desecharlo: pero siempre tornaba con más relieve á presentársele. Veía la lápida de mármol blanco, veía las letras doradas, leía claramente los cuatro renglones esculpidos: *Homenaje de gratitud de la villa de Sarrió á su esclarecido hijo D. Rosendo Belinchón, infatigable campeón de sus adelantos morales y materiales.* No era fácil conciliar el sueño rodeado de estas brillantes imágenes. Sin embargo, al cabo se durmió con la sonrisa en los labios. Un ángel progresista que el Eterno tiene aparejado para estos casos, batió las alas toda la noche sobre su frente, inspirándole ensueños felices.

A la mañana siguiente se encontró en la mejor

disposición de espíritu en que hombre alguno puede hallarse después de coronados sus esfuerzos por un éxito lisonjero. Vistióse canturreando trozos de zarzuela, tomó chocolate con la familia, dió un vistazo á los periódicos nacionales y extranjeros, y sin tallar el paquete de palillos acostumbrado, lanzóse á la calle á cerciorarse del efecto real que el primer número del *Faro* había producido. En la tienda de Graells le recibieron con regocijo, le felicitaron por su artículo (que él modestamente no quería atribuirse) y hablaron largo y tendido del periódico. Lo que más excitaba el entusiasmo de los buenos tertulianos, era la consoladora consideración de que Nieva aún no había llegado ni llegaría en mucho tiempo á tal grado de perfeccionamiento. Y D. Rosendo, un poco recalentado por los elogios, prometió emprender campañas activas en favor de todo lo que se le demandaba. Uno pedía que se hablara del barranco de la calle de Atrás, otro pedía que se colocase un farol cerca de su casa, otro que se le tirasen algunas píldoras al rematante de las bebidas; otro que los serenos no cantasen la hora porque esto le turbaba el sueño, etc. D. Rosendo asentía, fruncía las cejas, extendía la mano abierta en signo de protección. El periódico lo arreglaría todo. ¡Ay del que se rebelara contra las reclamaciones de la prensa!

En el estanquillo de Doña Rafaela, de la calle

de San Florencio, donde se reunían algunas honradas matronas de la vecindad con las cuales gustaba conversar algún rato, entregado á los palillos, también le hablaron del *Faro*. Allí se fijaban preferentemente en el folletín. D. Rosendo anunció que el del número próximo era mucho más interesante, y se fué. En un corro de marinos que había en el muelle le felicitaron con rudo entusiasmo y le insinuaron la idea de que la dársena estaba muy sucia y era menester dragarla. Se dragaría: ¡vaya si se dragaría! D. Rosendo se alejó gravemente poseído de su omnipotencia; y al ver rodar á lo lejos las olas grandes y encrespadas, se preguntó si no sería oportuno dirigirles una excitación por medio de la prensa para que moderasen su impertinente agitación.

Como se llegase ya la hora de comer, dió la vuelta hacia casa meditando en la grave responsabilidad en que incurriría ante Dios y los hombres si, teniendo en sus manos aquel poder soberano, no lo emplease en la prosperidad y engrandecimiento de su pueblo natal. Al llegar á la Rua Nueva, se encontró en la acera con Gabino Maza. El bilioso ex-oficial le saludó muy finamente, le preguntó por toda su familia, y se fué enterando con amabilidad de la salud de cada uno de sus miembros; después le habló del tiempo, de la posibilidad de que aquel nordeste vivo se trocase pronto en vendaval cerrado, y no pudiesen salir

los barcos de la carrera de América; se quejó en seguida del polvo que había en los caminos, lo cual le impedía pasear; se enteró del precio del bacalao y de las noticias que había de la pesca en Terranova. D. Rosendo esperaba, como era natural, que le hablase del periódico. Nada: Maza no hizo la menor alusión á él. Esto comenzó á desconcertarle y á hacer violenta su situación. La conversación giraba de un punto á otro sin tocar en nada que se relacionase con la prensa. Al fin D. Rosendo, algo acortado y enseñando toda la pasta de sus dientes, le dijo:

—¿No ha recibido V. *El Faro?* Se lo he enviado de los primeros.

—Phs... creo que ayer lo han traido á casa; pero aún no lo he abierto—contestó Maza con afectada indiferencia.—Vaya, D. Rosendo, ¿gusta V. de comer conmigo?... Pues hasta la vista.

D. Rosendo quedó un instante clavado al suelo como si le echasen un jarro de agua fría. La sangre se agolpó con furia á su rostro, y emprendió de nuevo la marcha, vacilante, hacia casa. Como estaba tan desprevenido, aquel desprecio fué una puñalada que le llegó á lo más vivo. Después que cesó el aturdimiento, le acometió una ira inconcebible contra aquél... (no se contentaba con llamarle menos de malvado y miserable). Llegó á casa en un estado de agitación deplorable, y aunque se sentó á la mesa, hacien-

do esfuerzos por calmarse, el estómago, repentinamente turbado, no quería admitir los alimentos. Estuvo taciturno y silencioso durante la comida. De vez en cuando sus labios se contraían con una sonrisa sarcástica y murmuraba un ¡villano!

—¿Qué tienes, Rosendo?—se atrevió al fin á preguntarle su esposa, que ya estaba inquieta.

—Nada, Paulina; que la envidia produce grandes estragos en el mundo—se limitó á contestar con amargura.

Una vez vertida esta profunda sentencia, quedó en un estado de relativo reposo, se tendió en una butaca á pensar, y transcurrida media hora salió de casa otra vez en dirección al Saloncillo. Al entrar en el café oyó la voz de Gabino Maza que gritaba como siempre allá arriba. Se le figuró percibir desde la escalera que hablaba del periódico y que lo calificaba de «solemne payasada». El corazón le dió un vuelco y entró en la sala agitado y triste. Al verle Maza, que gesticulaba en medio de un grupo se calló, púsose el sombrero con ademán hosco y fué á sentarse en el diván. Los que le escuchaban, D. Jaime Marín, Delaunay, D. Lorenzo y D. Feliciano Gómez, le saludaron con cierto embarazo y como avergonzados, lo cual confirmó su sospecha. Disimuló cuanto pudo, y esforzándose en poner la cara alegre, comenzó á hablar de las noticias

que corrían. La conversación tomó el rumbo de todos los días, y la confianza volvió á reinar. Mas el ingeniero Delaunay, personaje tan listo como malévolo, sacó la conversación del periódico, preguntando á su fundador con una risilla irónica en el español chapurrado que usaba:

—¿Qué trabajitos prepara V. para el próximo número, D. Rosendo?

—Ya los verá V. cuando salgan—contestó secamente éste, que adivinó la burla escondida detrás de la pregunta.

—Aquí, en D. Feliciano—prosiguió el ingeniero con la misma sonrisa—tiene V. un defensor acérrimo.

—Si me defiende es que alguien me ha atacado—respondió D. Rosendo con más sequedad aún.

Nadie pronunció una palabra. El silencio se prolongó bastante tiempo, hasta que lo rompió el mismo Belinchón haciendo una pregunta indiferente á D. Jaime, con lo cual la conversación volvió á animarse. Pero no se había conjurado el choque sino momentáneamente; la pelota estaba en el tejado y no tardó en caer. Maza tenía vehementes deseos de decir á D. Rosendo que lo del periódico era «una mamarrachada». Éste no las tenía menos vivas de decirle á Maza que era un envidioso. Y en efecto, á la primera ocasión que se presentó, ambos la cogieron por los pelos pa-

ra comunicarse estas gratas noticias. La disputa duró más de dos horas. Maza procuraba reprimirse porque D. Rosendo era un caballero de más edad y le debía quince mil reales. El fundador del *Faro*, por razones de prudencia, tampoco se atrevía á soltar enteramente la lengua. Sin embargo, al cabo, en mejores ó peores términos, todo se dijo para edificación de los notables, que se dividieron en favor y en pro de los contendientes. Hay que confesar que de parte de Maza se pusieron los menos. Los indianos, indiferentes como siempre á estas peleas, se asomaban de vez en cuando á la puerta del billar con el taco en la mano, para escuchar las razones de los contendientes, é ilustrarse. Para ellos aquellas discusiones eran muy provechosas, pues les enseñaban una porción de términos y frases que no conocían, y se ponían al tanto, aunque fuese de un modo superficial, de ciertos problemas de la vida, enteramente cerrados para ellos... ¡Lástima que la afición al billar les impidiese escucharlas siempre!

El estado de agitación y de cólera en que salió D. Rosendo del Saloncillo, no puede ponderarse. Su gran carácter elevado y magnánimo, fué herido de un modo cruel por la ingratitud y la bajeza de aquellos falsos amigos. ¡Horrible tormento debe de ser vivir y morir en la oscuridad cuando se ha nacido para brillar en la cúspide de

la sociedad humana, y consumir las fuerzas recibidas del cielo en el vacío y la inacción! ¡Más fiero dolor todavía es ver despreciados los más nobles trabajos del espíritu, los esfuerzos generosos por el triunfo del bien y la verdad! Tal fué el caso de Sócrates, Colón, Galileo, Giordano Bruno, y tal también el de nuestro héroe. La primera mordedura de la envidia le causó el dolor agudo que debieron sentir estos grandes bienhechores del género humano, y su espíritu vaciló. Fué un instante nada más, un desmayo pajero que sirvió para acreditar mejor el temple admirable de su alma.

Sin embargo, aquella noche no pudo cenar, y tardó mucho tiempo en conciliar el sueño. ¡Á cuántas tristes consideraciones se presta este caso! Mientras la turbamulta de los sarrienses desprovistos de ingenio, de ilustración y de ánimo, dormía á pierna suelta, aquel hombre benemérito se revolcaba en su cama como en lecho de espinas, sin lograr las caricias del sueño reparador.

Á la mañana siguiente se levantó un poco pálido y ojeroso, pero firme y resuelto á proseguir su obra de regeneración, á despecho de todos los obstáculos morales y materiales que surgiesen en su camino. Aquella noche de insomnio, en vez de enflaquecer su ánimo y despegarle de su empresa, le confirmó en ella y le dió alientos para

llevarla á feliz remate. El fuego consume y hace pavesas la paja: al oro lo acendra.

Ocupóse, pues, con brío en trazar el plan del segundo número que habría de aparecer el jueves próximo. Y como siempre acontece, el éxito feliz trajo consigo la voluntad de ayudarle. Muchos fueron los trabajos que se le ofrecieron para el segundo número; mas la mayor parte no eran de paso, y la falta de espacio obligóle también á rechazar algunos que lo eran. Con esto hubo algunas murmuraciones y desabrimientos: segundo escollo con que tropezó su patriótica empresa.

Pero al publicarse el quinto número surgió otro de mayor cuenta que produjo en el pueblo honda sensación y arrastró consigo fuertes torbellinos. Sucedió que Álvaro Peña, firmemente convencido, como ya sabemos, de que todos los dolores é imperfecciones que padecemos los humanos dependen exclusivamente de la preponderancia del clero, propúsose aprovechar el arma del periódico para emprender contra él una activa campaña. Y para comenzar lanzó, á guisa de guerrilleros, unas cuantas gacetillas preguntando por los fondos de cierta cofradía del Rosario, que no parecían, hablando en términos irrespetuosos de las Hijas de María, y diciendo chuscadas á propósito de la novena, de las confesiones y de los escapularios con que se adornaban las jóvenes beatas de la villa. Pero á quien

iban particularmente dirigidos los tiros era á don Benigno, el teniente párroco, director de las conciencias femeninas de Sarrió, y caudillo de todos aquellos combates librados contra el pecado. El párroco era un hombre apático, viejo ya, que pasaba la vida en una casita de campo que poseía cerca de la población, dejando de buen grado á su teniente el cuidado del rebaño místico. Y D. Benigno cumplía su cometido como pastor vigilante y celosísimo, rondando el rebaño noche y día, para que el lobo no le arrebatase las ovejas, y criando algunas con esmero y á la mano para ofrecerlas al esposo bíblico. Nada puede igualarse al ardor con que D. Benigno procuraba esposas al Altísimo. En cuanto una joven se arrodillaba á sus piés para confesarse, se creía en el caso de insinuarle que el mundo estaba corrompido, que no había por dónde cogerle, el condenarse facilísimo, el amor terrenal una inmundicia, los mismos afectos de hija y de hermana despreciables, el tiempo para merecer la salvación muy limitado; en su consecuencia lo mejor, abandonar este mundo terrenal (D. Benigno era muy aficionado á este adjetivo), y correr á entregarse á Jesús, penetrar en la gruta deleitosa de que habla San Juan de la Cruz, y dejar allí olvidado su cuidado. Conocía él un rinconcito feliz, un verdadero pedacito del cielo, donde se gozaban anticipadamente las

delicias que Dios tiene reservadas á sus siervas. El rinconcito era un convento de Carmelitas que acababa de fundarse en las afueras de la villa, y del cual era el teniente grande y decidido protector. Por cierto que esto tenía un poco desabrido á D. Segis el capellán de las Agustinas, aunque no osaba manifestarlo, porque no le convenía ponerse mal con su compañero.

La insinuación producía efecto unas veces, otras no. Rara la dejaba caer D. Benigno en los oídos de una vieja, no sabemos si porque calculase que á Jesús le gustaban más dos de quince que una de treinta, ó porque las hallase más reacias y desconfiadas que las niñas. De todos modos, aquella cacería espiritual tenía episodios interesantes. En cierta ocasión el teniente fué víctima de la agresión de un joven á quien había arrancado su hermana para el convento. En otra, después de haber buscado dote para una muchacha y haberla provisto de ropa, la futura de Cristo se escapó de la noche á la mañana con un oficial de sastre. D. Benigno acostumbraba á conducir él mismo las esposas á la morada del Esposo. Cuando había dificultades que vencer por parte de la familia, se portaba con la habilidad y la osadía de un consumado seductor; organizaba y llevaba á cabo el rapto de la virgen con una astucia que para sí la quisieran muchos tenorios mundanos.

De esto sacó pretexto Álvaro Peña para hablar en una gacetilla de cierto sacerdote aficionado á «cazar palomas.» Ahora bien; como ya conocemos la afición de D. Benigno á la cría de pichones, la gacetilla iba directamente á él y con una intención diabólica. Los lectores así lo comprendieron, y se comentó y rió no poco el dañino suelto.

Al verse de aquel modo en berlina, el excusador, que tenía un temperamento susceptible y bilioso, como todos los artistas, se enfureció terriblemente.

—¿Ha leído V. el *papelucho* de D. Rosendo?—preguntó por la noche en casa de la Morana á D. Segis.—Es de advertir que desde la primera gacetilla irreligiosa D. Benigno no volvió á llamar de otro modo al *Faro de Sarrió.*

—Sí, lo he leído esta mañana en casa de Graells.

—¿Y qué le parece á V. de aquella indignidad?

—¿Cuál?—preguntó con sosiego el capellán.

—¿Hombre, no ha leído V. las infamias que dicen de mí?

D. Segis levantó el vaso á la altura de los ojos, examinó detenidamente el dorado líquido, lo acercó á los labios y bebió con pausa. Después de toser y desgarrar un poco, y limpiarse la boca con un pañuelo de yerbas, dijo gravemente:

—Phs... la intención no es buena que diga-

mos... Pero vale más tomar las cosas con calma. Nada se adelanta con alterarse.

El teniente, que esperaba que D. Segis participase de su indignación, recibió un nuevo golpe, y calló, devorando su enojo. En esta ocasión fué cuando se manifestó la sorda enemiga del capellán de las Agustinas por la injustificada preferencia que D. Benigno otorgaba al convento naciente. El teniente se volvió entonces hacia el señor Anselmo y D. Juan el Salado, los cuales tuvieron la atención de manifestarse disgustados por la gacetilla, aunque sin hacer tampoco extremos. Ya sabemos que esto no se acordaba con la naturaleza de aquella templada y patriarcal reunión.

Pero al jueves siguiente, Álvaro Peña dejaba descansar á D. Benigno y «se metía» con el capellán de las monjas, publicando de él una semblanza en verso, en que se hacía muy graciosa mención del matrimonio de las copas de ginebra con los cuarterones de vino blanco. Le tocó entonces enfurecerse á D. Segis, y tomarlo con calma á D. Benigno. Mas el sosiego de éste era aparente, y sólo para vengarse del de D. Segis: en realidad, su herida manaba sangre todavía. Así, que no tardó en realizarse la conciliación, poniéndose ambos con inusitado ardor á quitar el pellejo á todos y cada uno de los que escribían en el «papelucho de D. Rosendo,» principiando

por éste, su ilustre fundador, y concluyendo por el dueño de la imprenta. No se les ocultaba que el autor de las chufletas era Álvaro Peña; pero como toda la vida habían tenido á éste por un desalmado *masón*, capaz de beberse la sangre toda del clero de Sarrió, por no repetirse, le dejaron pronto para cebarse principalmente en Sinforoso. Las razones que tenían para ello, eran que éste había sido seminarista; por consiguiente, un traidor; luego procedía de la misma cepa, porque su padre era carlista y su abuelo lo había sido también; además podía dispensarse hasta cierto punto que D. Rosendo Belinchón, D. Rudesindo, Álvaro Peña y D. Rufo, todos hombres que significaban algo en la villa, se despachasen á su gusto... ¡pero aquél petate!... ¡aquél hambrón!

Excitado por la murmuración D. Benigno, bebió algunos cuarterones más de los acostumbrados, y el capellán no quiso quedarse atrás. Cuando los tertulios salieron de la tienda formando la clásica cadena, D. Segis advirtió con satisfacción, que la pierna entumecida le pesaba menos, y se lo hizo observar á D. Benigno, que le dió por ello la enhorabuena. Luego, cuando á los pocos pasos se desprendieron todos para desalojar el ácido úrico de su cuerpo, frente á las tapias de las Agustinas, el mismo D. Segis manifestó en voz alta que aquella noche no tenía deseos de irse á la cama, y les acompañaría; mas el teniente le

dijo al oído que deseaba hablar con él en secreto, y ambos se quedaron delante del convento.

—Amigo D. Segis, ¿qué le parece á V. de ir á limpiar los mocos al hijo del Perinolo?

—¡Grave! ¡grave! ¡grave!—murmuró D. Segis.

—Si pudiéramos darle una sopimpa, sin escándalo, se entiende...

—¡Grave! ¡grave!

—A las once ú once y media sale del café. Podemos esperarle por allí cerca y alumbrarle algunos coscorrones.

—¡Grave! ¡grave! ¡grave!

—¿Es V. hombre ó no lo es, D. Segis?

La pregunta, aunque inocente, causa honda perturbación en el espíritu del capellán, á juzgar por la serie de muecas y ademanes descompuestos á que se entrega antes de pronunciar una palabra.

—¿Quién? ¿Yo?... ¡Parece mentira que un amigo y un compañero me diga una cosa semejante!

Y dió la vuelta muy conmovido y se llevó el pañuelo á los ojos, de donde brotaban algunas lágrimas.

—Pues los hombres se portan como hombres. Vamos á castigar la insolencia de ese pelgar.

—¡Vamos!—profirió con firmeza el capellán, echando á andar en dirección á su casa.

—Por ahí no, D. Segis.

—Por donde V. quiera.

Los dos clérigos se cogieron del brazo y empezaron á caminar, no sin ciertas vacilaciones explicables, en dirección al café de la Marina. No será de más decir que ambos vestían de seglar por las noches, con sendas levitas negras de largo faldón y manga apretada, botas de campana y enormes sombreros de felpa.

Un buen cuarto de hora invirtieron antes de llegar á las cercanías del café. Una vez allí, ofuscados por las luces como cándidas mariposas, quisieron caer, y retrocedieron.

—Lo mejor será esperarle hacia su casa. Aquí hay todavía mucha gente—dijo D. Benigno.

Don Segis se mostró humilde también esta vez, siguiendo el impulso de su compañero.

En la calle de Caborana, esquina á la del Azúcar, que la pone en comunicación con la Rua Nueva, se situaron ambos como punto estratégico por donde el enemigo había de pasar, dado que su casa estaba situada al final de la calle de Caborana. Los dos clérigos tenían la firme voluntad de los navarros en el desfiladero de Roncesvalles. Así que soportaron con heróica impavidez, durante media hora de espera, la lluvia menuda que estaba cayendo, sin que el temor del reumatismo ni otra consideración temporal les hiciese moverse una pulgada del puesto que ocupaban.

Al fin, descuidado y satisfecho, después de haber sostenido larga y acalorada discusión en el

café, se retiraba el redactor en jefe del *Faro* hacia su casa, cuando inopinadamente le sale al encuentro el irritable teniente, que le dice con su voz chillona:

—Oiga V., mocito, ¿quiere V. repetirme ahora las insolencias que ha dicho en el papelucho de D. Rosendo? Tendría mucho gusto en ello.

La sorpresa, el acento sarcástico y amenazador del clérigo, y la vista del bulto de D. Segis, que permanecía á algunos pasos, inmóvil, como fuerza de reserva, infundieron tal pavor en Sinforoso, que en algún tiempo no pudo articular palabra; y solo cuando el teniente avanzó hacia él un paso, logró decir:

—Tranquilícese V., D. Benigno. Yo no le he nombrado á V.

—¡Hola!—exclamó el clérigo con sonrisa feroz,—parece que ya no cantas tan alto... ¿Qué tiene el gallo que no canta? ¿Qué tiene el gallo que no canta, guapito?

Don Benigno avanzó un paso, y Sinforoso retrocedió otro.

La reserva de D. Segis avanzó también para conservar la distancia estratégica.

—¡Tranquilícese V., D. Benigno!—gritó Sinforoso con terror.

—¡Si estoy muy tranquilo, guapo! No deseo más que oir otra vez aquello de las palomas, que me ha hecho mucha gracia.

—¡Yo no lo he escrito!—exclamó con angustia el hijo del Perinolo.

—¿De veras no lo has escrito, guapo?... ¡Pues para cuando lo escribas!

Y descargó una bofetada en la pálida mejilla del redactor.

—¡Sosiéguese V., D. Benigno!—exclamó el desdichado retrocediendo, y extendiendo hacia adelante las manos.

—No te digo que estoy muy tranquilo, majo. ¡Toma otra palomita!

Y le dió otra bofetada.

—¡Por Dios, D. Benigno, sosiéguese V.!

—¡Allá va otra palomita!

Nueva bofetada.

Digamos ahora, antes de pasar adelante, que de las que se dieron en Sarrió en los dos años siguientes á la aparición del *Faro* (y sabe Dios que el número es incalculable), lo menos una mitad fueron á parar á las mejillas de este joven distinguido.

No pudiendo calmar con sus ruegos al enfurecido excusador, y sospechando que el bando de palomas iba á ser numeroso, el redactor en jefe del *Faro* gritó con todas sus fuerzas:

—¡Socorro, que me matan!

Y trató de dar la vuelta para huir: pero los dedos acerados del clérigo le retuvieron por un brazo. Al mismo tiempo D. Segis creyendo lle-

gado ya el momento de entrar en fuego, le descargó con su bastón de ballena, un garrotazo en las espaldas.

—¡Socorro!—volvió á gritar el desdichado.

Es el caso que en aquel momento llegaba de la tienda de Graells, donde acostumbraba á pasar las noches, el invicto ayudante de marina Álvaro Peña, que tenía su domicilio en la calle del Azúcar. Al escuchar los gritos de su amigo, echó á correr hacia el sitio, diciendo:

—¿Qué pasa Sinforoso, qué pasa?

—¡Auxilio D. Álvaro, que me matan!

—Fijme, Sinforoso, que allá va socojo!—le volvió á gritar acercándose rápidamente.

Los clérigos, oyendo la voz de aquel odioso y terrible enemigo de la Iglesia, soltaron la presa; pero enardecidos por el combate, trataron de hacerle frente poniéndose en línea de batalla con los bastones en alto. Al divisarlos Peña, se estremeció de ira y de gozo al mismo tiempo.

—¡Son cujas!

Vibró el bastón en su mano y el enorme sombrero de D. Benigno saltó veinte varas lejos. El teniente retrocedió. D. Segis avanzó y trató de alcanzar con el palo la cabeza del ayudante; pero antes que pudiera hacerlo, un garrotazo le había caído sobre el cogote, dejándole mal parado.

—¡Debiera suponejlo, caramba! Sólo estas

aves noctujnas son capaces de esperaj traidoramente á un hombre indefenso, alterando el ojden público y tujbando el sueño de los vecinos... Es menestej concluij con esta jaza de alimañas que chupan la sangre del pueblo, y aspiran á tenejlo siempre sumido en la bajbarie... ¡Estos son los ministros de Dios! ¡Los apóstoles de la caridad! ¡Los etejnos perjtujbadores del ojden social!...

Ni aun en estos críticos instantes podía el ayudante prescindir de aquella retórica anti-clerical que acostumbraba á usar, y de sus frases campanudas. A cada una acompañaba un garrotazo. Los clérigos, no pudiendo sostener su rabioso empuje, volvieron grupas, y emprendieron desaforadamente la carrera. El teniente pronto se vió fuera del alcance del palo, más el pobre don Segis, con el peso extraordinario de su pierna izquierda, se quedó rezagado, y tuvo que sufrir las caricias del bastón de Peña un buen rato. A lo lejos se oía la voz de éste, gritando con chistosa corrección:

—¡Hipócritas! ¡Sepulcros blanqueados! ¿Es esto confojme con el espíritu del Evangelio, canallas? ¡Predicáis la paz y el amoj entre los hombres, y sois los primeros en bajenaj los textos sagrados! ¡Cuándo sacudiremos vuestro yugo, y nos emanciparemos de la esclavitud en que nos tenéis desde hace tantos siglos!

Cualquiera imaginaría al escucharle que estaba

pronunciando un discurso en algún club democrático, y no administrando una soberana paliza.

Así terminó aquella refriega.

A la mañana siguiente el ayudante recibió la visita del párroco de Sarrió que venía á suplicarle encarecidamente que no se hablase de aquel incidente desagradable en el periódico, prometiendo en cambio todo género de satisfacciones por parte del teniente y D. Segis, lo mismo á él que á Sinforoso. Peña no quiso ceder á su demanda. La ocasión era admirable para abrir brecha en los enemigos de la libertad y del progreso, y en efecto, el primer número del *Faro* insertó una relación circunstanciada escrita en estilo jocoso de todo lo ocurrido.

Con esto los ánimos del clero y de las personas timoratas de la villa quedaron grandemente sobrexcitados.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

Páginas

CAPÍTULO I.—Se levanta el telón, por esta vez sin metáfora..... 1
CAP. II.—Del feliz arribo de la *Bella-Paula*..... 27
CAP. III.—En que la pareja enamorada comienza á pensar en el nido..... 55
CAP. IV.—Cómo los particulares de Sarrió se congregaban en un recinto nombrado el *Saloncillo* y lo que allí se platicaba..... 75
CAP. V.—¡¡¡Ladrones!!!..... 111
CAP. VI.—Que trata del equipo de Cecilia..... 133
CAP. VII.—Que trata de dos traidores..... 161
CAP. VIII.—De la reunión que los próceres de Sarrió celebraron en el teatro con asistencia del cuarto estado..... 191
CAP. IX.—Historia de una lágrima..... 219
CAP. X.—De la gloriosa aparición de *El Faro,* de Sarrió, en el estadio de la prensa.—Primeros fuegos de la batalla del pensamiento..... 251

LS.
47509
P1536c
Author Palacio Valdés, Armando
Title El cuarto poder. Vol. 1

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU